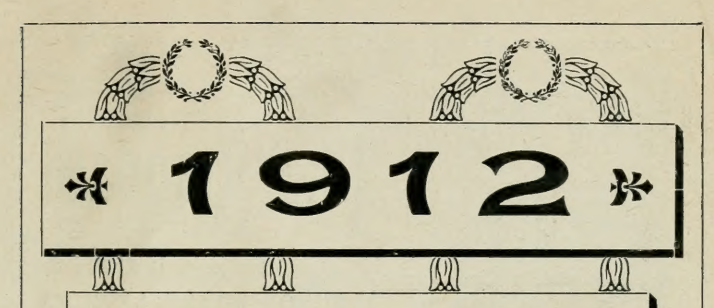
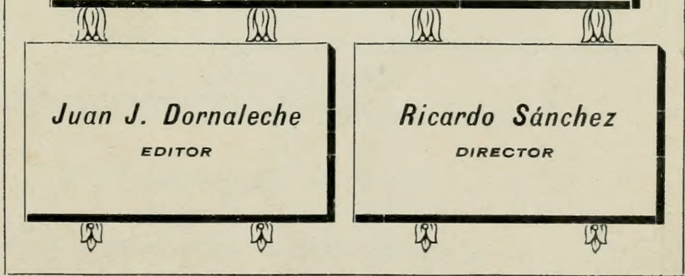
A Carlos Blixen,
en testimonio de
aprecio intelectual
y personal.

ALMANAQUE
ILUSTRADO
DEL URUGUAY

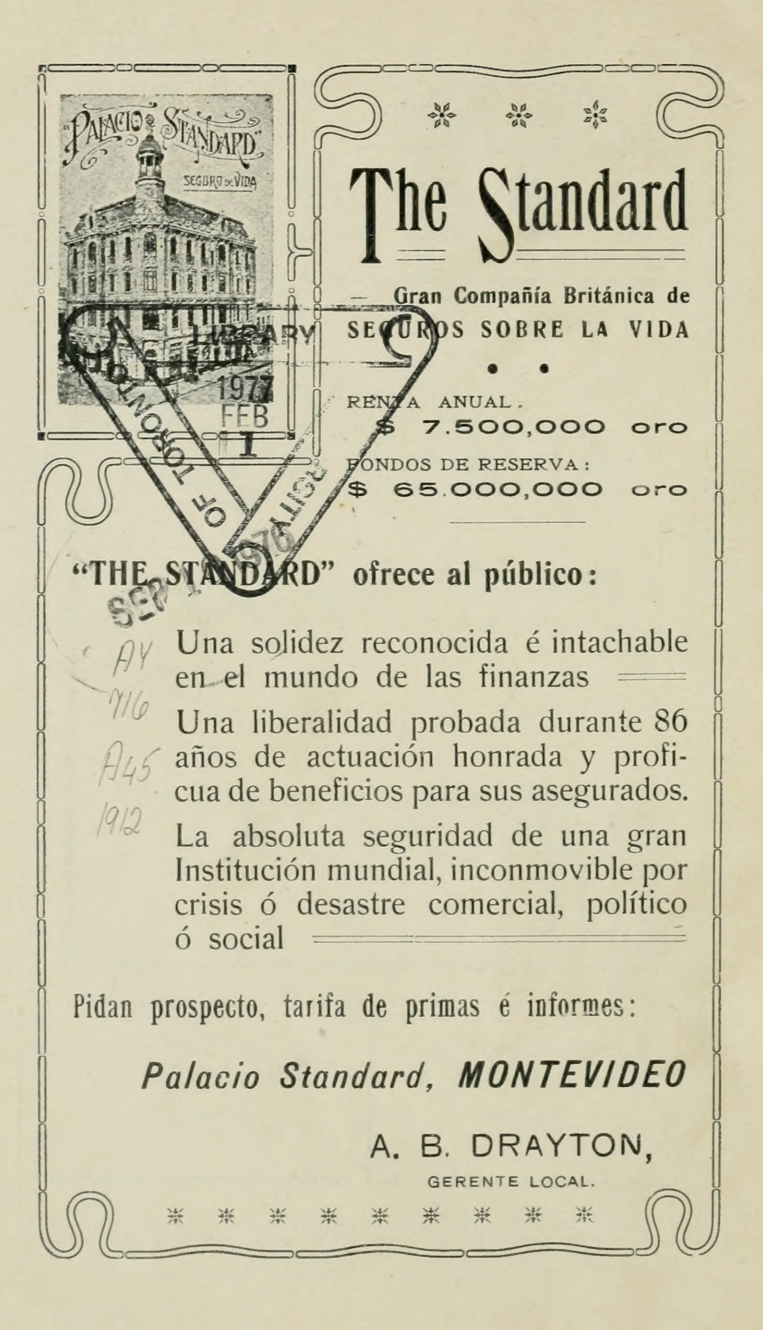
Recuerdo de su
amigo
Ricardo Sánchez

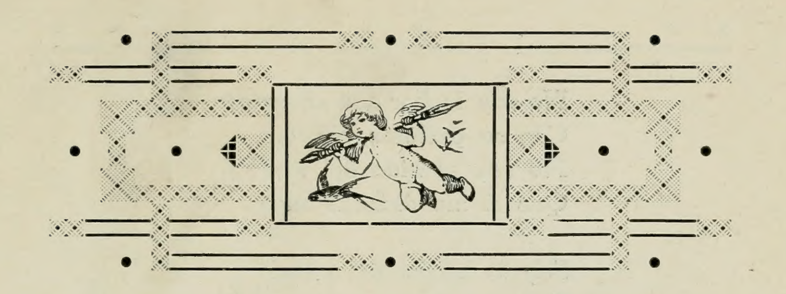


ALMANAQUE ILUSTRADO DEL URUGUAY



Imp. Astística y Encuadernación, Cerro Largo, 40 y 42


Palacio Standard
Seguro de Vida
The Standard
Gran Compañía Británica de
SEGUROS SOBRE LA VIDA
RENTA ANUAL.
$ 7.500,000 oro
FONDOS DE RESERVA:
$ 65.000,000 oro
"THE STANDARD" ofrece al público:
Una solidez reconocida é intachable en el mundo de las finanzas
Una liberalidad probada durante 86 años de actuación honrada y proficua de beneficios para sus asegurados.
La absoluta seguridad de una gran Institución mundial, inconmovible por crisis ó desastre comercial, político ó social
Pidan prospecto, tarifa de primas é informes:
Palacio Standard, MONTEVIDEO
A. B. DRAYTON,
GERENTE LOCAL.
LIBRARY
1977
FEB
SEP 1976
AY
716
A45
1912



El musgo de la roca

A Ricardo Sánchez.

Sombreado musgo nací,
No tuve ni blanda cuna;
Obscura noche sin luna,
Sólo penas recogí.

Fatal simiente caída
Del saco del labrador,
En el surco gemidor
Del camino de la vida.

Salvaje, agreste crecí,
Como un amor solitario,
Y triste como el sudario
Que llevo dentro de mí.

No soy la flor que adormece
Con su perfume süave,
No soy el nído del ave
Que el ala díchosa mece.

Soy la híerba del pesar
Que se engasta y víve unída
A la roca combatída
Por los tumbos de la mar.

Largos síglos de dolor
Llevo á la sírte amarrado,
Donde rueda despeñado
El torrente asolador.

Nada espero. Aquí, la mar
Gíra, se retuerce, choca...
No se conmueve la roca,
Ní á mí me puede arrancar!

. . . .

Así, del agua al olear
Un musgo se lamentaba,
Míentras la luna plateaba
Lo horríble y negro del mar.

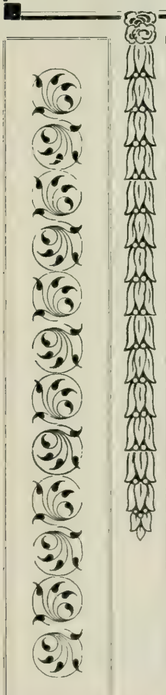
ALEJANDRO TOMÉ



ENERO

1	Lunes	† **La Circuncisión del Señor**
2	Martes	stos. Isidoro, Siridión y Argeo
3	Miércoles	santa Genoveva y san Florencio
4	Jueves	santos Gregorio, Aquilino y Tito
5	Viernes	san Telésforo papa y mártir
6	Sábado	† **La Adorac de los Sts. Reyes**
7	Domingo	s. Julián—*Abrense las velaciones*
8	Lunes	stos. Luciano, Severino y Eladio
9	Martes	san Marcelino y santa Basilisa
10	Miércoles	stos Nicanor y Guillermo arz.
11	Jueves	santos Anastasio é Higinio
12	Viernes	santos Benito y Victoriano
13	Sábado	san Gumersindo.—*Duelo nacional*
14	Domingo	stos Hilario y Eufrasio *El D. N de*
15	Lunes	stos. Pablo y Mauro [*Jesús*
16	Martes	stos Marcelo y Honorato
17	Miércoles	stos. Antonio ab. y Fortunato
18	Jueves	La Cátedra de san Pedro en Roma
19	Viernes	santos Canuto, Mario y Ponciano
20	Sabado	santos Fabián y Sebastián
21	Domingo	santos Fructuoso é Inés virgen
22	Lunes	santos Vicente y Anastasio
23	Martes	s. Ildefonso—*La Sagrada Familia*
24	Miércoles	santos Timoteo y Feliciano obispo
25	Jueves	sts. Máximo y Donato. —*Abse. los*
26	Viernes	santos Policarpo y Paula { *Tribun.*
27	Sábado	stos. Juan Crisóstomo y Mauro
28	Domingo	santos Julián, Valerio y Tirso
29	Lunes	san Francisco de Sales
30	Martes	santa Martina
31	Miércoles	santos Pedro Nolasco y Saturnino

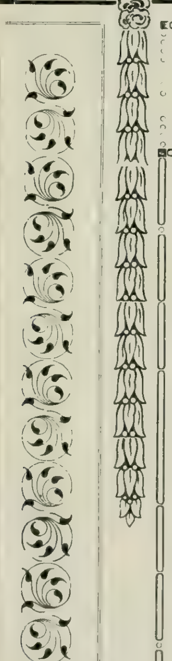




FEBRERO

1	Jueves	santos Severo, Ignacio y Cecilio
2	Viernes	* *La Purifi de N. Sra.*—s. Cornelio
3	Sábado	san Blas. -- **Fiesta Cívica**
4	Domingo	*Septuagésima*—san Andrés
5	Lunes	sts. Agueda y Felipe de Jesús
6	Martes	santos Dorotea, Tito y Saturnino
7	Miércoles	sts. Romualdo y Ricardo
8	Jueves	sts. Juan de Mata, Lucio y Carlota
9	Viernes	santos Apolonia y Alejandro
10	Sábado	stos. Escolástica y Guillermo
11	Domingo	*Sexagésima* —sts. Lucio y Severino
12	Lunes	santos Damián y Eulalia
13	Martes	stos. Gregorio II, Benigno y Maura
14	Miércoles	stos Valentín, Apolonio y Moisés
15	Jueves	stos Faustino, Gregoria y Jovita
16	Viernes	santos Gregorio, Isaías y Jeremías
17	Sábado	santos Silvino ob y Constancia
18	Domingo	*Quincuagésima.* — santos Eladio y Claudio—**Carnaval**
19	Lunes	s. Gabino *Duelo nacional*-**Carnaval**
20	Martes	san Eleuterio—**Carnaval**
21	Miércoles	stos. Félix y Severino—CENIZA
22	Jueves	sts. Pascasio y Leonor
23	Viernes	stos. Policarpo y Marta
24	Sábado	stos Fabián, Matías y Modesto
25	Domingo	stos. Donato, Victorino y Justo
26	Lunes	N. Sra. de Guadalupe
27	Martes	san Baldomero—*Témpora*
28	Miércoles	santos Cayo y Mauricio mártires —**Fiesta Cívica**
29	Jueves	san Macario


Champagne
"Les Goisses"
Genuino de "Champagne" de la antigua y acreditada casa
BOUCHÉ
FILS & Co de EPERNAY
El mejor tipo que se introduce en Sud-América
Así lo declaran los gourmets que lo han gustado
Sírvase Vd probarlo y se convencerá
La Casa BOUCHÉ fué fundada en 1821 y es, además, propietaria de los famosos viñedos "LES GOISSES" en MAREUIL sur AY — (Champagne)
Agente exclusivo en el Uruguay
J. ANDREU
MONTEVIDEO



MARZO

1	Viernes	sts. Rosendo y Eudoxia—*Témpora*
2	Sábado	*El Angel Custodio de la República*
3	Domingo	santos Emeterio y Celedonio
4	Lunes	santos Casimiro y Lucio
5	Martes	santos Adrián y Eusebio
6	Miércoles	santos Basilio y Olegario
7	Jueves	santo Tomás de Aquino
8	Viernes	San Juan de Dios
9	Sábado	sta. Catalina de Bolonia
10	Domingo	sts. Melitón y Macario
11	Lunes	sts. Eulogio y Zacarías
12	Martes	san Maximiliano
13	Miércoles	santos Leandro y Amelia
14	Jueves	santas Matilde y Florentina
15	Viernes	santos Longino y Aristóbulo
16	Sábado	santos Agapito Ciriaco y Julia
17	Domingo	santos Patricio y Gertrudis
18	Lunes	san Gabriel arcángel
19	Martes	*san José*
20	Miércoles	sts. Braulio y Alejandrina—**Otoño**
21	Jueves	santos Benito y Filemón
22	Viernes	santos Basilio y Deogracias
23	Sábado	santos Victoriano y Fidel
24	Domingo	san Dionisio mártir
25	Lunes	La Anunciación de Nuestra Señora
26	Martes	san Braulio
27	Miércoles	santos Ruperto y Leopoldo
28	Jueves	stos Sixto, Doroteo y Prisco
29	Viernes	*De Dolores*--stos Segundo y Sixto.
30	Sábado	santos Clímaco y Margarita
31	Domingo	*De Ramos* sts. Benjamín y Balbina





ABRIL

1 Lunes *santo*—stos. Venancio y Bonifacio
2 Martes *santo*—san Urbano ob.
3 Miércoles *santo*—santos Benigno y Ricardo
4 Jueves **santo**—sts. Isidoro ar. y Ambrosio
5 Viernes **santo**—santos Vicente y Zenón
6 Sábado **santo**—stos. Celestino y Sixto p
7 Domingo **Pascua de Resurrección**
8 Lunes stos. Alberto y Dionisio m
9 Martes santos Demetrio é Hilario
10 Miércoles santos. Ezequiel y Daniel
11 Jueves s. León p. y sta. Florencia
12 Viernes santos Julio I y Constantino
13 Sábado san Hermenegildo mártir
14 Domingo santos Valerio y Máximo
15 Lunes stos. Eutiquio y Teodoro
16 Martes san Pateano
17 Miércoles stos. Aniceto y Fortunato
18 Jueves stos. Eleuterio y Apolonio
19 Viernes stos. Vicente y Expedito.—**Fiesta Cívica.**
20 Sábado santa Inés y san Teófilo
21 Domingo santos Silvio y Anselmo
22 Lunes stos. Teodoro y Sotero
23 Martes stos. Jorge y Gerardo márt
24 Miércoles stos. Fidel Eusebio y Honorio
25 Jueves san Marcos evangelista
26 Viernes stos. Cleto y Marcelino
27 Sábado stos. Toribio y Pedro Armengol
28 Domingo santos Prudencio obispo y Vital
29 Lunes santos Pedro mártir y Paulino
30 Martes santa Catalina de Sena

MAYO

1	Miércoles	† **S. Felipe y Santiago,** *Patronos*
2	Jueves	san Anastasio [*de esta República*
3	Viernes	* *La Invención de la Santa Cruz*
4	Sábado	santa Mónica y san Ciriaco
5	Domingo	santos Pío V, Eulogio é Hilario
6	Lunes	El mart. de san Juan Evangelista
7	Martes	stos. Estanislao obispo y Augusto
8	Miércoles	La aparición de san Miguel
9	Jueves	santos Gregorio y Geroncio
10	Viernes	santos Nicolás y Antonino
11	Sábado	san Mamerto obispo y confesor
12	Domingo	santos Dionisio y Epifanio
13	Lunes	stos. Segundo, Gervasio y Lucio
14	Martes	santos Bonifacio y Pascual
15	Miércoles	santos Isidro labrador y Cecilio
16	Jueves	*La Ascensión del Señor*
17	Viernes	santos Pascual Bailón y Aquilino
18	Sábado	santos Félix, Venancio y Eurico
19	Domingo	san Pedro Celestino
20	Lunes	san Bernardino de Sena
21	Martes	* santos Secundino y Hospicio
22	Miércoles	stas. Rita de Casia y Quiteria
23	Jueves	La aparición de Santiago ap.
24	Viernes	Ntra. Sra Auxilio de los Cristianos
25	Sábado	san Gregorio—**Fiesta cívica**
26	Domingo	*Pentecostés*--san Felipe de Neri
27	Lunes	santos Julio y María Magdalena
28	Martes	santos Germán, Justo y Agustín
29	Miércoles	santos Maximiano y Máximo
30	Jueves	san Fernando
31	Viernes	san Cancio y santa Petronila

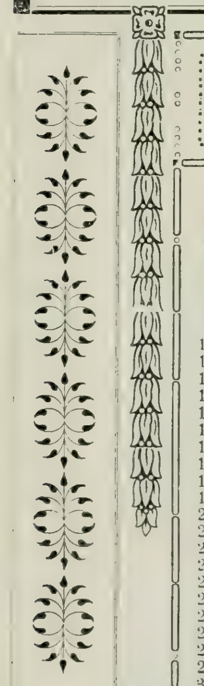


JUNIO

1 Sábado stos Juvencio mártir — *Témpora*
2 Domingo *La Santísima Trinidad*
3 Lunes stos Claudio, Luciano y Paula
4 Martes san Francisco Caraciolo
5 Miércoles santos Bonifacio y Marcelino
6 Jueves † **Corpus Christi** — san Norberto
7 Viernes santos Pedro, Pablo y Roberto
8 Sábado santos Salustiano y Medardo
9 Domingo santos Primo y Feliciano
10 Lunes sta Margarita reina
11 Martes san Bernabé
12 Miércoles sts. Juan de Sahagún y León
13 Jueves stos Antonio de Padua y Luciano
14 Viernes *El Sagrado Corazón de Jesús*
15 Sábado santos Víctor y Modesto
16 Domingo san Juan Francisco Regis
17 Lunes santos Manuel, Ismael y Teresa
18 Martes santo Marcelino y Ciriaco
19 Miércoles stos. Gervasio y Gaudencio
20 Jueves santos Silverio y Macario
21 Viernes san Luis Gonzaga — **Invierno**
22 Sábado santos Paulino y Juan obs.
23 Domingo santa Agripina
24 Lunes *La Natividad de San Juan Bautista* — Stos Fermín y Orencio
25 Martes sts. Guillermo, Próspero y Eloy
26 Miércoles santos Juan, Pablo y Pelagio
27 Jueves santos Zoilo, Juan y Ladislao
28 Viernes stos. León y Pablo — *Ay. y abst.*
29 Sábado † **Santos Pedro y Pablo,** apóst.
30 Domingo La conmemoración de san Pablo

JULIO

1	Lunes	stos. Secundino, Casto y Leonor
2	Martes	*La Precios. Sangre de N. S. J.*
3	Miércoles	santos Trifón, Jacinto y Eulogio
4	Jueves	sts. Laureano y Flaviano obs.
5	Viernes	san Miguel de los Santos
6	Sábado	santos Jenaro pbro. y Rómulo
7	Domingo	santos Fermín y Victorino
8	Lunes	santa Isabel y santa Máxima
9	Martes	santos Cirilo, Zenón y Alejandro
10	Miércoles	sts. Felicitas y Rufina
11	Jueves	sts. Pío, Abundio y Amalia
12	Viernes	santos Juan Gualberto y Epifanía
13	Sábado	sts. Anacleto papa y Eugenio
14	Domingo	sts. Buenaventura, Mario y Justo
15	Lunes	san Enrique y san Camilo
16	Martes	*N. S. del Carmen* — san Fausto
17	Miércoles	santos Alejo y Arnaldo
18	Jueves	san Camilo—**F. cívica**
19	Viernes	san Vicente de Paul y sta. Justa
20	Sábado	sts. Elías, Liberata y Margarita
21	Domingo	sta. Práxedes y san Daniel
22	Lunes	sta. María Magdalena y s. Teófilo
23	Martes	sts. Liborio c. y Apolinario m.
24	Miércoles	stos. Francisco Solano y Cristina
25	Jueves	* Santiago ap. y sta. Valentina
26	Viernes	* sta. Ana, madre de Ntra. Sra.
27	Sábado	sts. Pantaleón y Gregorio
28	Domingo	sts. Inocencio papa y Víctor
29	Lunes	santas Marta mártir y Serafina
30	Martes	sts. Julia, Abdón y Senén mrs.
31	Miércoles	san Ignacio de Loyola fundador



AGOSTO

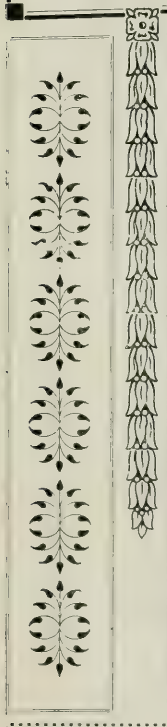
1	Jueves	Los siete Macabeos y san Leoncio
2	Viernes	Nuestra Señora de los Angeles
3	Sábado	La Invención de san Esteban
4	Domingo	santo Domingo de Guzmán fund
5	Lunes	Nuestra Señora de las Nieves
6	Martes	La Transfiguración del Señor
7	Miércoles	sts. Cayetano, Donato y Alberto
8	Jueves	sts. Ciriaco y comp mártires
9	Viernes	sts. Román, Justo y Marcelino
10	Sábado	santos Lorenzo mártir y Paula
11	Domingo	santos Tiburcio y Alejandro
12	Lunes	santa Clara virgen y san Aniceto
13	Martes	santos Hipólito y Casiano mr.
14	Miércoles	sts. Eusebio, Demetrio y Marcelo
15	Jueves	† **La Asunción de Nt a. Señora**
16	Viernes	stos. Jacinto, Ambrosio y Roque
17	Sábado	santa Juliana y san Pablo
18	Domingo	santos Agapito, Lauro y Floro
19	Lunes	santos Ludovico, Magno y Tecla
20	Martes	*S. Joaquín p de N S*
21	Miércoles	santa Juana Francisca Fremio
22	Jueves	santos Timoteo é Hipólito
23	Viernes	santos Flaviano y Felipe Benicio
24	Sábado	santos Román y Bartolomé
25	Domingo	san Luis, rey -- **Fiesta Cívica**
26	Lunes	san Ceferino papa y mártir
27	Martes	*El Purísimo C de María*
28	Miércoles	sts. Agustín ob. y Pelagio mr
29	Jueves	La Degollac de san Juan Baut
30	Viernes	*S Rosa de Lima*, p de América
31	Sábado	san Ramón Nonato confesor


Los Dos Teléfonos
La Paz
Registrada
Marca
Armados


Los Dos Teléfonos
Montevideo
La Paz
Manufactura de Cigarrillos
Especiales
Domingo Fernandez
Plaza Independencia Nos 27 29 y 31 Norte
Montevideo

SETIEMBRE

1	Domingo	santos Gil abad y Terenciano
2	Lunes	santos Antolín y Concordio
3	Martes	santos Sandalio y Ladislao
4	Miércoles	santos Marcelo ob. y Máximo
5	Jueves	san Lorenzo Justiniano
6	Viernes	santos Eugenio, Eleuterio y Leto
7	Sábado	santa Regina v. y mártir
8	Domingo	* *La N. de María Santísima* y Nuestra Señora de Aranzazú
9	Lunes	stos. Doroteo y Pedro Claver
10	Martes	*El D. N. de María*—san Clemente
11	Miércoles	sts Proto y Jacinto hnos., ms.
12	Jueves	santos Leoncio, Lesmes y Amato
13	Viernes	santos Amado, Felipe y Eulogio
14	Sábado	La Exaltación de la Santa Cruz
15	Domingo	santos Nicomedes y Emiliano
16	Lunes	stos. Cornelio y Cipriano
17	Martes	*Los dolores de Nuestra Señora*
18	Miércoles	santos Metodio ob. y Sofía
19	Jueves	stos. Jenaro, Félix y Constancio
20	Viernes	santos Eustaquio y Agapito
21	Sábado	santos Mateo apóstol é Isacio
22	Domingo	sts. Tomás y Mauricio
23	Lunes	s. Lino-*Duelo Nacional*-**Primavera**
24	Martes	Nuestra Señora de las Mercedes
25	Miércoles	santos Fermín y Aurelia
26	Jueves	santos Cipriano y Justina
27	Viernes	santos Cosme y Damián
28	Sábado	san Wenceslao mártir
29	Domingo	La dedicación de san Miguel arc.
30	Lunes	santos Jerónimo y Víctor



OCTUBRE

1	Martes	san Crescente y santa Máxima
2	Miércoles	Los Santos Angeles Custodios
3	Jueves	santos Cándido y Maximino
4	Viernes	san Francisco de Asís
5	Sábado	santos Froilán y Plácido
6	Domingo	*N. S del Rosario*—san Bruno fun.
7	Lunes	san Marcos y santa Justina
8	Martes	santa Brígida
9	Miércoles	santos Dionisio y Eleuterio
10	Jueves	stos. Francisco de Borja é Irene
11	Viernes	stos. Germán, Anastasio y Ginés
12	Sábado	N. S. del Pilar y san Serafín
13	Domingo	*La Maternidad de Nuestra Señora*
14	Lunes	stos. Calixto I p y Gaudencio
15	Martes	santa Teresa de Jesús
16	Miércoles	santos Ambrosio y Florentino
17	Jueves	stos. Víctor, Eduviges y Mariano
18	Viernes	santos Lucas ev. y Justo
19	Sábado	stos. Pedro de Alcántara y Lucio
20	Domingo	*La P. de María*—san Feliciano
21	Lunes	stos Hilarión abad y Úrsula
22	Martes	sta. María Salomé — *Duelo Ncnal.*
23	Miércoles	sts. Servando y Germán
24	Jueves	sts. Rafael, Marcos y Pascual
25	Viernes	sts. Gabino, Crispín y Bonifacio
26	Sábado	santos Evaristo y Servando
27	Domingo	santa Sabina y san Vicente
28	Lunes	sts. Simón, Judas y Honorato
29	Martes	san Narciso ob. y sta. Eusebia
30	Miércoles	sts. Claudio, Marcelo y Saturnino
31	Jueves	san Quintín mártir

NOVIEMBRE

1	Viernes	+ **La Festiv. de todos los Santos**
2	Sábado	*La conm. de los fieles difuntos* — santos Mauricio y Ambrosio
3	Domingo	Los innum. márt. de Zaragoza
4	Lunes	santos Carlos Borromeo y Vital
5	Martes	san Zacarías y santa Isabel
6	Miércoles	santos Leonardo, Severo y Félix
7	Jueves	santos Herculano y Amaranto
8	Viernes	sts. Severino, Mauro y Claudio
9	Sábado	santos Teodoro y Orestes
10	Domingo	*El Pat. de N. Señora*—san Trifón
11	Lunes	sts. Martín ob., Menas y Valentín
12	Martes	san Diego de Alcalá
13	Miércoles	san Estanislao de Kostka
14	Jueves	santos Josafat y Filomeno mrs.
15	Viernes	san Eugenio y santa Gertrudis
16	Sábado	santos Rufino y Marcos
17	Domingo	san Gregorio y santa Victoria
18	Lunes	san Máximo y san Román
19	Martes	santa Isabel y san Ponciano
20	Miércoles	sts. Félix de Valois y Edmundo
21	Jueves	*La Presentación de N. Señora*
22	Viernes	santa Cecilia y san Filemón
23	Sábado	san Clemente y santa Lucrecia
24	Domingo	santos Juan de la Cruz y Flora
25	Lunes	santa Catalina y san Gonzalo
26	Martes	*Los Desposorios de N. Señora*
27	Miércoles	santos Facundo y Primitivo
28	Jueves	sts. Gregorio papa y Esteban m
29	Viernes	santos Saturnino y Filomeno
30	Sábado	sts. Andrés apóstol y Constancio

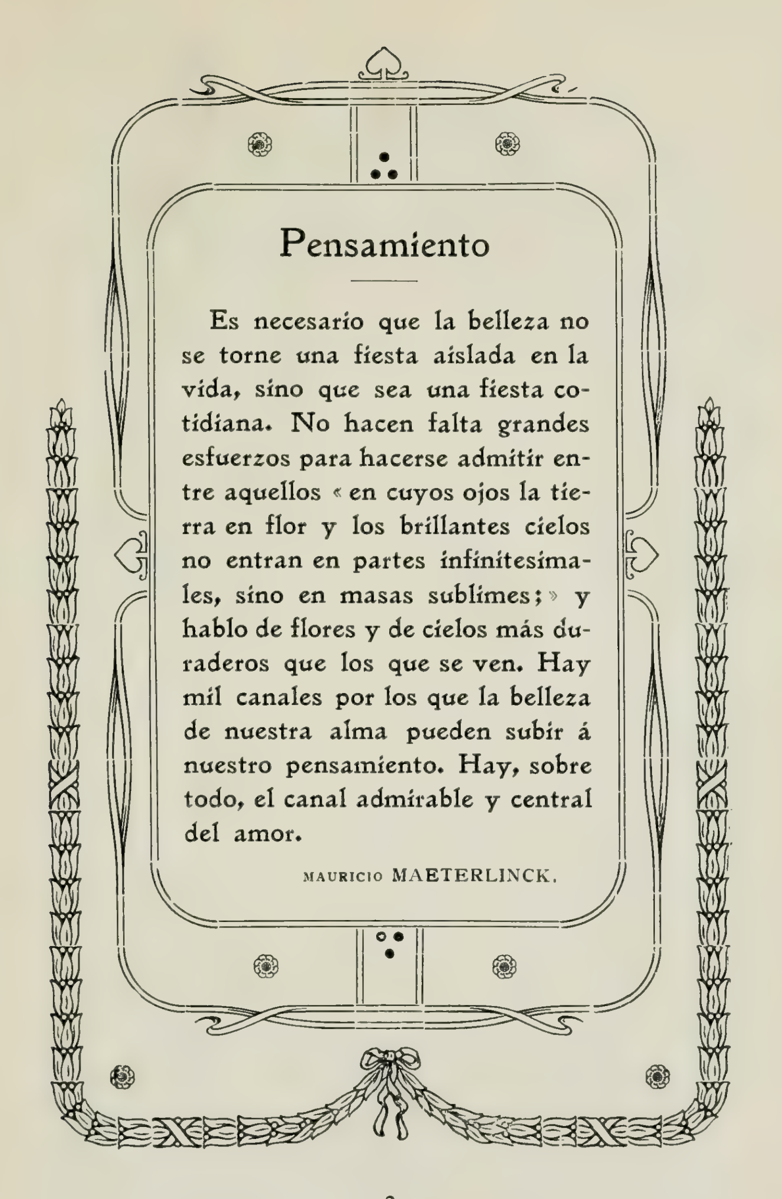
DICIEMBRE

1	Domingo	1.° DE VIENTO—san Lucio
2	Lunes	stos. Severio, Bibiana y Elisa
3	Martes	san Francisco Javier
4	Miércoles	santos Clemente y Melecio
5	Jueves	sts. Sabas abad y Grato mártir
6	Viernes	sts. Nicolás ob. y Emiliano
7	Sábado	santos Ambrosio y Martín
8	Domingo	† **La Inm. Conc. de N. Señora**
9	Lunes	santas Leocadia y Valeria
10	Martes	santa Eulalia
11	Miércoles	sts. Dámaso, Sabino y Eutiquio
12	Jueves	Nuestra Señora de Guadalupe
13	Viernes	santos Antíoco y Eugenio
14	Sábado	stos. Nicasio y Justo
15	Domingo	3.° DE ADVIENTO—san Eusebio
16	Lunes	sts. Valentín y Adelaida
17	Martes	san Lázaro
18	Miércoles	Nuestra Señora de la Esperanza
19	Jueves	sts. Nemesio, Urbano y Darío
20	Viernes	sts. Domingo y Liberato mártires
21	Sábado	santo Tomás ap. y Anastasio mr.
22	Domingo	4.° DE ADV.—s. Demetrio—**Verano**
23	Lunes	sta. Victoria—Ciér. los Tribunales
24	Martes	santos Gregorio y Adela
25	Miércoles	† **La Nativ. de Ntro. S. Jesucristo**
26	Jueves	* santos Esteban y Mariano
27	Viernes	* santos Juan Evang. y Máximo
28	Sábado	La degoll. de los santos Inocentes
29	Domingo	santo Tomás Cantuariense
30	Lunes	La Traslación de Santiago ap.
31	Martes	san Silvestre y santa Meliana

NUESTROS COLABORADORES



Mauricio Maeterlinck



Pensamiento

Es necesario que la belleza no se torne una fiesta aislada en la vida, sino que sea una fiesta cotidiana. No hacen falta grandes esfuerzos para hacerse admitir entre aquellos « en cuyos ojos la tierra en flor y los brillantes cielos no entran en partes infinitesimales, sino en masas sublimes; » y hablo de flores y de cielos más duraderos que los que se ven. Hay mil canales por los que la belleza de nuestra alma pueden subir á nuestro pensamiento. Hay, sobre todo, el canal admirable y central del amor.

MAURICIO MAETERLINCK.



Una trilogía de Maeterlinck

Amigo Sánchez. Para usted estas páginas. Desde que fueron escritas, muchas rosas hánse marchitado en los rosales de mi huerto. — Fueron escritas en horas antiguas, de lirismos falaces. — Hoy, al leerlas de nuevo, primeramente he sonreído, luego he pensado: si lo que escribimos á los 25 años no es lo menos malo, es, sí, lo más bellamente sentido, lo más sinceramente expresado. Por eso, para usted estas páginas: poeta: amigo.

SHAKESPEARE. IBSEN. MAETERLINCK.

Shakespeare nos asombra con la gigantesca psicología de su teatro. Ibsen, sociólogo, triunfa en una obra hecha de fuerza y de verdad, como la vida. Y, como es don del genio imponer su arte, Maeterlinck nos impone también su teatro: un teatro casi sin acción ni trama, sugerente, introspectivo, visionario. En él el silencio

habla, y los personajes expresan más en lo que callan que en lo que dicen. Y cuando les es forzoso hablar, dijérase un dialogar de almas en una región de misterio y de sombra, á veces intermitida de luz.

¿Sobre qué hablan estos personajes? — Sobre hechos insignificantes y graves, vulgares y trascendentes... Una puerta que se abre ó cierra; los ruiseñores que cantan, ó enmudecen; la rumorosa queja de las hojas en la noche; los cisnes que, medrosos, huyen á la orilla opuesta de un lago; una rosa que se deshoja... He aquí lo que preocupa á los personajes de Maeterlinck. Observémoslos.

Mas advirtamos que, antes de penetrar al teatro de Maeterlinck, es necesario despojarnos de toda carnal envoltura. Porque tenemos que cruzar « el lago de las grandes serenidades », que separa el mundo de la realidad del misterio, y la barca que ha de conducirnos — como la de Caronte — no admite más que espíritus.

Tres son las obras más *maeterlincknianas* del autor de « Le Trésor des Humbles » : « La Intrusa , « Los Ciegos » y « El Reino Interior ».

He aquí la primera nombrada.

Sentados al rededor de una mesa hállanse un anciano ciego, su yerno, un hermano de éste y tres hijas del primero, nietas del anciano. Estos personajes, más que verse, se adivinan en el pequeño círculo de luz que proyecta una lámpara. El resto de la estancia inmérgese en la sombra.

Y en medio de una angustiosa expectativa, en que se

presiente el cumplimiento de fatales destinos, comienza el diálogo de estas seis almas.

Hablan de la parturiente que reposa en la pieza contigua.

Todos, excepto el anciano, expresan su contento por la mejoría de la enferma.

— Yo creo que no está mejor... he oído su voz, — dice el anciano.

Y es en balde que su yerno le diga que no debe temer por la vida de la enferma, pues según le han dicho los médicos, se halla ya fuera de peligro. Estas palabras no tranquilizan al abuelo. Al contrario, la inquietud del anciano aumenta, como si tuviera la certeza de que fuera á cumplirse un terrible presentimiento.

— ¡ Oh ! — exclama — no sé lo que tengo, no estoy tranquilo. ¡ Quisiera que hubiera pasado ya esta noche ! Quisiera que nuestra hermana estuviera ya aquí.

— ¿ No ves venir nada, Úrsula ? — pregunta el esposo á una de sus hijas.

— *La niña* (acercándose á la ventana que da al jardín). — No, padre.

El padre. — ¿ Y en la alameda ? ¿ Ves la alameda ?

La niña. — Sí, padre. Hace luna y se ve la alameda hasta el bosque de los cipreses.

El abuelo. — ¿ Y no ves á nadie, Úrsula ?

La niña. — A nadie, abuelo.

El tío. — ¿ Qué tiempo hace ?

La niña. — Muy hermoso. ¿ Oyen ustedes los ruiseñores ?

El tío. — Sí, sí.

La niña. — Se mueve un poco de viento en la alameda.

El abuelo. — ¿Un poco de viento en la alameda, Úrsula?

La niña. — Sí, los árboles tiemblan.

El tío. — Es extraño que mi hermana no esté ya aquí.

El abuelo. — Yo no oigo los ruiseñores, Úrsula.

La niña. — Me parece que alguien ha entrado en el jardín, abuelo.

Y este alguien que entra en el jardín es la Intrusa...

Primero se oye el fatídico de su guadaña segando en la solana. Al poco rato se la oye subir las escaleras. Luego el anciano la siente sentarse á su lado, y después levantarse y dirigirse al aposento de la parturiente.

El tío. — ¿No se ha levantado nadie?

El padre. — ¡Yo no me he levantado!

Las tres niñas. — ¡Ni yo! ni yo! ni yo!

El abuelo. — Alguien se ha levantado de la mesa.

El tío. — Encender la luz.

En el mismo instante se oye el llanto aterrecido de un niño.

El padre. — ¡Escuchad!... ¡El niño!

El tío. — ¡No había llorado nunca!

El padre. — ¡Vamos á ver!

El tío. — ¡Luz! ¡luz!

La puerta del cuarto de la parturiente se abre. La Hermana de Caridad que cuidaba á la enferma aparece y exclama: — ¡Ha muerto!...

El drama, como se ve, es de una intensa emotividad. Y para causarnos esta emoción, se vale Maeterlinck de un arte hasta ahora empleado por autor alguno.

Porque en todos sus antecesores encuentra una concepción «sencilla, seca y brutal» de la vida. «Una

mujer que envenena á su amante, un hijo que venga á su padre, un padre que inmola á sus hijos, hijos que dan muerte á su padre, reyes asesinados, vírgenes violadas, burgueses apresados » . . . — El hecho, siempre el hecho, dice.

Y en verdad: nada hay que pueda impresionarnos tanto como el drama mudo que se desarrolla en una conciencia ó en un espíritu.

Hay algo que nos impresiona más que Orestes matando á su propia madre: el remordimiento de Orestes. Hay algo que nos impresiona más que Otelo estrangulando en su lecho á Desdémona: los celos de Otelo. Y más que todos los horrores que ensombrecen el último acto de « Hamlet », nos impresiona la duda de Hamlet. Porque el acto libra á la psiquis de la causa que lo impulsara. « Echad al mundo el ser que os atormenta, y os juro que no os dolerá más en las entrañas. » Esta vez tiene razón Goethe como psicólogo.

« Delante de mí la noche... Detrás de mí la noche... » Es la ceguedad del espíritu lo que angustia el alma, atormentada y doliente, de Hamlet.

En « Los Ciegos » es la ceguedad Física, la desesperación de las pupilas muertas creando en el espíritu terribles y escalofriantes visiones.

En el fondo de un sombrío bosque se hallan los ciegos esperando el regreso del anciano sacerdote que ha de volverlos al asilo. Pero el guía tarda, y los ciegos empiezan á inquietarse. Se hallan en una isla desierta, cercados por las dobles sombras de la noche y las de

sus ojos. ¿ Cómo, pues, poder regresar sin guía al asilo? Lo mejor es seguir esperando, dice uno de ellos.

Y á medida que el tiempo transcurre, aumenta el temor de los ciegos. El menor ruido los sobrecoge de espanto: el fulgurar de una estrella, las palpitaciones de la naturaleza, en su incesante generar de vida, y esos *nadas* que *vemos* agitarse en la sombra y *escuchamos* en el silencio...

« ¿ Oís ? Algo ha pasado entre nosotros y el cielo. — No adivino qué puede ser ese ruido. — ¿ Oís, oís ? No estamos solos. Hace rato que me temo algo: nos escuchan. — Alguna cosa cae á nuestro alrededor. — Eso cae de arriba, no sé lo qué es. — ¿ Oís el rumor de las hojas ? Alguien se acerca. — Oigo pasos á lo lejos. — Yo sólo oigo las hojas. — Repito que alguien se acerca. »

Y en vez de ser el sacerdote que esperan, es la muerte quien llega.

Aquí la muerte no nos impresiona como en « La Intrusa »: nos hace reflexionar. Al terminar de leer el drama nos preguntamos: ¿ Ha querido Maeterlinck presentarnos un símbolo de nuestro destino ? ¿ El porvenir nos traerá la conquista de los ideales de hoy, ó, como en « Los Ciegos », sólo la muerte vendrá en nuestra busca ? ¿ Jamás la humanidad llegará á descubrir esa « línea de luz » que falta para unir los trazos del templo, visionado por Maeterlinck en la « augusta calma de los cielos » ?

Seamos optimistas. La época presente lo es. La ciencia, futuro Dios del hombre, nos dice su palabra de afirmación y de fe. Y ya nuestras frentes — abatidas otrora por infecundos pesimismos — yérguense para escuchar

los triunfales himnos que, tras el horizonte del porvenir, entonan nuestras esperanzas...

Entretanto, esperemos, como el abuelo de «La Intrusa», viendo en nuestro interior las grandes claridades que llegan.

He aquí ahora el último drama de esta trilogía.

Una familia pasa la velada al amor de la lumbre. La felicidad, como un dios lar, dijérase que habita en aquel hogar, protegiendo á sus dueños. Pero la desgracia se cierne fuera. Y la ley fatal, el tributo á la «reina negra», va á cumplirse.

La hija mayor acaba de ahogarse en un lago. Los portadores de la noticia han llegado á la casa. A través de los cristales de las ventanas observan lo que la familia hace, á fin de deducir por los actos el estado de espíritu en que se encuentra, y poder hallar así el momento psicológico en que la noticia pueda serle menos dolorosa.

— Yo creía — dice uno — que todo consistiría en llamar á la puerta, entrar sencillamente, buscar algunas frases y decirlas. Pero los he visto vivir felices, agrupados bajo la lámpara...

— ¡Pobres! — exclama otro; — tienen demasiada confianza en este mundo! Creen que nada puede sucederles, porque han cerrado la puerta, y no saben que sucede siempre alguna cosa en las almas, y que el mundo no acaba en el umbral de las casas. Cuando tantos conocemos su desgracia, ellos no dudan siquiera. Y yo, pobre viejo, tengo aquí, á dos pasos de su puerta, toda la felicidad de esa familia entre mis arrugadas manos que no me atrevo á abrir.

Pero es menester que el anciano abra sus manos... La comitiva que trae á la muerta se aproxima... Se halla en las últimas colinas. Óyense sus rezos... Han llegado ya al saucedal que rodea la casa... El anciano penetra á la estancia en que se halla la familia y da á ésta la noticia.

Es todo el drama. Un drama sin drama. Una serie de diálogos que relatan un vulgar episodio de la vida real.

Pero es necesario no considerarlo así. El autor nos repite lo que en otra parte nos dice: que somos determinados por una misteriosa potencia que teje y decide nuestro destino, y puesto que « no hay destino feliz », la felicidad es un estado negativo del humano existir.

Como en los demás místicos, el pesimismo es en Maeterlinck el ambiente moral en que florece la flor divina y letal del misticismo. Y este misticismo, en su trasunto estético, es el que le inspirara la posibilidad de un « teatro extático ». Tal fin ha intentado realizar en esta trilogía. Como lo vemos, no hay en ella casi acción, ni trama. Sus personajes son vagarosos seres de sueño: ancianos que, más que por sus nevadas barbas saben por sus ojos ciegos... Son niños « más sabios que Marco Aurelio », porque ignoran *nuestra* vida. Son mujeres tan inmateriales, que casi inadvertimos su presencia. Seres dolientes y mudos, no viven la vida: la sufren. No andan: flotan. Pasan como esos blancos sueños que el estío sueña en el silencio de las noches azules. Al lado de tales criaturas, resultan vulgares las más ideales heroínas de Shakespeare.

Es claro que el elemento conceptual de este teatro es inaceptable. El misticismo espiritualista es hoy una

concepción «aberrante». Sus brumosas abstracciones son imposibles: avanzamos por caminos de sol, hacia horizontes de luz.

Lo que admiramos en Maeterlinck es la originalidad de su arte, su ponderada creación de belleza. Ante su obra — repetimos con el personaje de Goethe — nos parece que al través de nuestra alma se derrama á torrentes la fuente de la belleza pura.

Horacio FRAGA.
(Myself.)



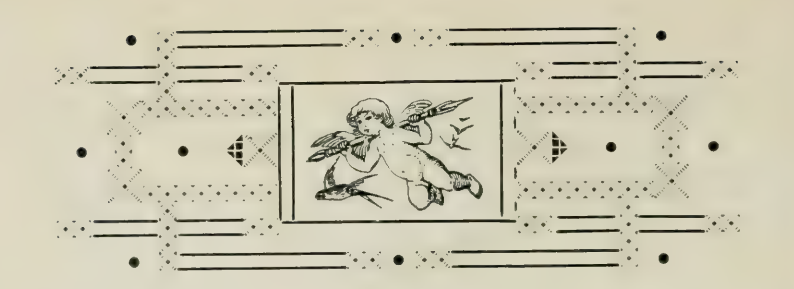
Serenata

En la penumbra de tus pestañas
hallé el reflejo de un bien querido;
la poesía de las montañas
y los vergeles donde he nacido.
¡Oh! ¡Quién me diera por sus umbrías
vagar contigo soñando amores,
cielos, y cumbres, y lejanías
viendo en tus ojos encantadores!

Moisés NUMA CASTELLANOS

Buenos Aires.





Regreso al hogar

¡Cuántos años hace que salí llorando
de este inolvidable, cariñoso hogar.
¿Fué hace veinte, treinta? Ni lo sé ya cuándo.
Aya de mi infancia, que me estás mirando,
canta, y tus canciones me harán recordar.

Dí la vuelta al mundo, la vuelta á la vida:
tan sólo hallé engaños, decepción, pesar...
Tengo el alma ingenua toda alicaída...
Aya de mi infancia, que estás arrecida,
canta, y tus canciones me harán suspirar.

Vengo de cansancios y dolor deshecho;
en mi cara hay surcos de tanto llorar...
¡Nunca me saliera de mi nido estrecho!
Aya de mi infancia, que me diste el pecho,
canta y tus canciones vuélvanme á arrullar.

Díóme Dios, otrora, viático hechicero,
oro de astros, velo de claror lunar;
pero me robaron á medio sendero.
Aya de mi infancia, soy un pordiosero;
canta tus canciones que me hacían llorar.

De nuevo como antes, en tu seno amado
(¡vengo muerto, muerto!) déjame ocultar.
¡Ah! tu rapazuelo llega tan cambiado,
aya de mi infancia, tan atribulado,
que anhela esos cantos que me hacían soñar

Cántame canciones, reposadamente,
tristes, tristes, como la luna y el mar...
Canta, á ver si logro que el alma doliente
se me haya dormido, cuando, finalmente,
la Muerte piadosa me venga á buscar!

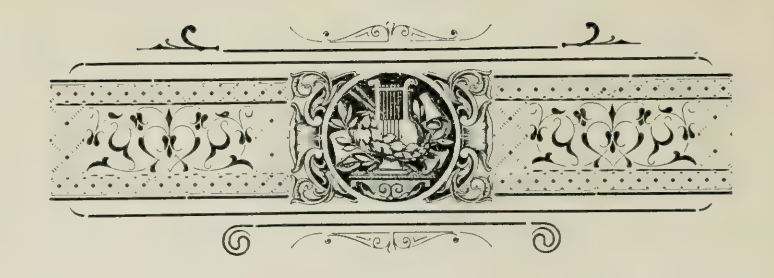
Abilio Manuel GUERRA JUNQUEIRO



Epigrama

Usa disfraz de tigre más de un gato,
cuervos hay que presumen de palomas,
y vestidas de orgullo y de recato
¡cuántas fragilidades nos dan bromas!

Manuel DEL PALACIO.



El regalo de los Reyes

Había oído decir que los Reyes Magos eran muy complacientes; tanto, que, al niño que observaba buena conducta durante el año, le traían como recompensa, de allá, de Oriente, el juguete que más hubiera deseado. Nolita había obedecido en todo á su mamá cariñosa, había soportado con resignación de pequeña mártir varios pellizcos propinados por la criada al tiempo de vestirla, sus planas ostentaban notas honrosas: méritos todos más que suficientes para obtener la muñeca anhelada. Queríala parecida á ella, así la consideraría como una hermanita menor; «con cabellos y ojos castaños, muy linda,» eran las principales recomendaciones que hacía á su madre todas las noches para que la pidiera así á los Reyes, porque ella, *estando dormida, no los vería.*

—Mamá: que tenga lindos ricitos, la boca chiquita, que cierre los ojos, que diga «Papá y Mamá», que

traiga en las orejitas rosetas, que tenga un vestido celeste, que llore cuando yo me enoje, que...

Y la buena madre cerraba con muchos besos la boca de Nolita, que tenía el candor de la de los ángeles y el rojo de la de las poupées.

Llegó la ansiada noche: Nolita no durmió; al menor ruido prestaba atención, segura de que los Reyes andaban por sus balcones trayendo la muñeca tan largo tiempo esperada. Apenas amaneció estuvo en pie. Corrió, presa de ansiedad loca, y halló por fin el objeto de sus desvelos. Su sueño estaba realizado: tenía una hermanita de porcelana, con *celeste traje, boca chiquita y ojos y cabellos castaños.*

. . . .

¡Qué rápidos han pasado los años! Doce veces la campiña ha ostentado sus galas de primavera desde que Nolita recibió de los Reyes Magos la muñeca deseada, y hoy, como en aquella noche memorable, coloca su zapato en el balcón. El capullo de ayer es hoy flor fresca y lozana; la crisálida se ha convertido en delicada mariposa; la niña de pasados años es la joven que encanta y seduce; algo queda de aquélla, sin embargo: su encantadora ingenuidad. Hoy, como ayer, corre hacia donde colocó sus zapatos; pero el presente de los Magos ha variado: ansiosa y llena de rubor lee unas líneas escritas por una mano querida; encuentra, entre tules delicados, flores, muchas flores, símbolo de las del alma. ¡Un mundo de ensueños y de esperanzas halagadoras!

. . . .

Desde el comedor donde está reunida la familia, se oye el quejido del viento que todo lo arrasa allá fuera.

El tema es el de todos los hogares: la cabalgata de los Magos. El nieto más pequeño, sentado en las rodillas de la abuela, arreglando y desarreglando con mano nerviosa su pañolón de lana, quiere que le indiquen por dónde vendrá. Y hábil, á fuerza de costumbre, en urdir mentirijillas la abuela de hoy, la Nolita de otros tiempos indica con mano temblorosa:

—Por allá...

Multitud de recuerdos se agolpan á su imaginación: evoca la ansiedad y la fe con que en años pasados, muy lejanos, esperaba el presente de los Magos. Sus ojos adquieren un brillo desusado; toda la vida que la animó á los veinte años parece brillar en su mirada. Se siente de nuevo joven: el recuerdo la transforma; y ágil y fuerte como en tiempos mejores, coloca, al acostarse, su chinela en el balcón. ¡Algo guardarán para ella aquellos Reyes que tanto la obsequiaron!

Las campanas de la iglesia cercana le recuerdan sus ensueños de la víspera. Corre al balcón; allí está el regalo de los Magos: herido por los primeros rayos del sol, brilla en medio de su calzado un puñado de copos de nieve.

MARÍA CLOTILDE ARTIGALÁ.

Agosto de 1911.



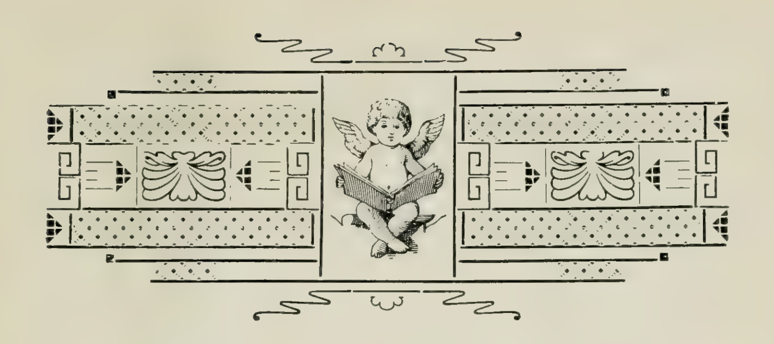
Un abate ingenioso decía de un hombre que solía comer casi siempre de gorra y que era además gran murmurador:

— *Ese hombre no abre jamás la boca sino á costa ajena.*

NUESTROS COLABORADORES



RUBEN DARÍO



Estival

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada á trechos,
está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
de un ribazo al tupido
carrizal de un bambú; luego á la roca
que se yergue á la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
Por el ramaje obscuro
salta huyendo el kanguro.

El boa se infla, duerme, se calienta
á la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
á reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana,
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira á pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de una roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con el rabo puntiagudo
de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. En seguida
abre las anchas fauces, altanera
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera
exhala algo á manera
de un suspiro salvaje.
Un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno á otro lado,
y chispeó su ojo verde y dilatado

cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.

El tigre se acercaba. Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el hijar, robusto el cuello,
era un don Juan felino
en el bosque. Anda á trancos
callados; ve á la tigre inquieta, sola,
y le muestra los blancos
dientes y luego arbola
con donaire la cola.
Al caminar se veía
su cuerpo ondear; con garbo y bizarría,
se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chaflaba
la yerba verde y muelle;
y el ruido de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
Él es, él es el rey. Cetro de oro
no, sino la ancha garra,
la que se hinca en el testuz del toro
y las carnes desgarra.
La negra águila enorme, de pupilas
de fuego y corvo pico relumbrante,
tiene á Aquilón; las hondas y tranquilas
aguas, el gran caimán; el elefante,

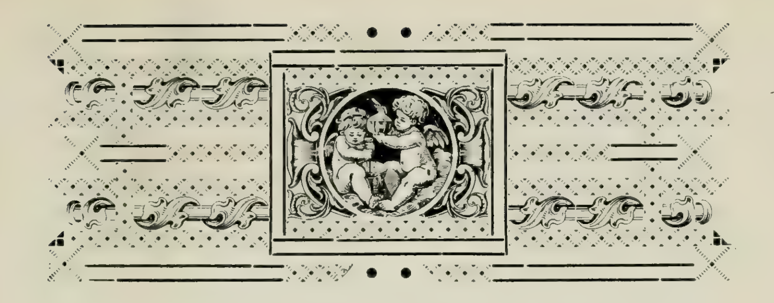
la cañada y la estepa;
la víbora, los juncos por do trepa;
y su caliente nido
del árbol suspendido,
el ave dulce y tierna
que ama la primera luz. Él, la caverna.

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
el casco, ni al membrudo
hipopótamo el lomo corpulento,
quien bajo los ramajes del copudo
baobab, ruge al viento.

Así va el orgulloso, llega, halaga;
corresponde la tigre que le espera,
y con caricias las caricias paga
en su salvaje ardor la carnicera.

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las musas de las blandas horas
suaves, expresivas,
en las rientes auroras
y las azules noches pensativas,
sino el que todo enciende, anima, exalta:
polen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran naturaleza!

RUBEN DARÍO.



Los Peregrinos de Piedra

Por Julio Herrera y Reissig.

Ha callado la Crítica, esa mala suegra de los poetas, ante este libro egregio y desconcertante, que soñó el gran lírico de « La Torre ».

Un gran silencio respetuoso, ha cuajado en nuestro ambiente, donde los cascabeles retóricos resonaban hasta ayer. Un gran silencio, que, en el caso, es un comentario efusivo de almas sobrecogidas de inefables asombros.

En buena hora persista sobre la luminosidad sonora de « Los peregrinos », ese sabroso homenaje. En buena hora la oficiosidad didáctica silencie en esta aurora inviolada del Ritmo; y que, junto á los dómines, calle la verba de los rimeros metropolitanos, flor de sepelios.

Sea sólo la voz de los que fraternizaron en las horas laboriosas del Cenáculo, quien haga un comentario de

alma á este nuevo libro, ya que su excelsitud lo coloca muy por encima del elogio profano y de la exégesis profesoral. Porque este libro tiene su razón de eternidad en sí mismo. Porque este libro no pertenece á una época, ni está sometido al oleaje de las ideas y de las pasiones variables. Porque este libro, de absoluta belleza, ni se acomoda á un exclusivo gusto de escuela, ni es aspecto de una vida común, ni condensación de la psicología lírica del momento.

En sus ritmos late esa única armonía que no es posible definir, armonía de espíritu y de forma que hace las obras maestras: estrellas de orientación de las literaturas, que parecen clavadas en el cielo del arte por la mano de Dios.

« Los Peregrinos de Piedra », es resumen de ritmos inauditos, es alfa y omega de nuestra poesía actual, es piedra miliaria en la ruta estética, es brújula de buen gusto, exedra de todas las exquisiteces, singular teoría que canta en frases melódicas sus letanías á Nuestra Señora de la Belleza, es compendio de gay saber y de gay sentir, es evangelio artístico, es, en fin, breviario sumo donde culminan todos los misterios, todas las epifanías y todas las liturgias del rito poético.

« Los Peregrinos de Piedra » salvará las riberas del Olvido, desarzonará al caballero de la Muerte, aterrará al Tiempo, monstruo insaciable, y á la Indiferencia, espantosa quimera. Porque sobre todos los egoísmos y sobre todos los cálculos y sobre todos los celos de los « acaparadores de gloria », está la excelsitud de la obra del Poeta magnífico, que irradia más allá del hoy y del mañana. Porque sobre la trompeta de la

Fama, prostituída como en el poema de Baudelaire, está la balanza de Temis: sobre las rosas de las orgías, el gajo de laurel inmortal y definitivo, y sobre los « túmulos de espuma », la eterna vigilia del mármol y del bronce.

Porque este libro no es la improvisación de un momento más ó menos feliz, el salmo de un minuto iluminado, el producto de un idealismo ocasional, el latido único de un corazón en sobresalto, sino la realización plasmática de una vida de sufrimiento y de ideal, la resultante de una existencia dolorosa y estudiosa, la inspiración de mil horas de ensueño, el diario confidente de un espíritu en continuo parlamento con el infortunio y con la gloria. Por eso « Los Peregrinos de Piedra » no se prestan á la interpretación fría ó al comentario erudito. Es un libro inclasificable; está por encima de todos los casilleros y de todas las glosas: hay que vivirlo con amor, penetrarlo sin desconfianzas, frecuentarlo con cordialidad. En sus páginas de sencilleces virgilianas, ó de complicaciones siglo XIX, en sus ritmos lánguidos ó nerviosos, en las bizarrías enfermas de su estro ó en las confidencias balsámicas de su estilo, en el malabarismo de las metáforas ó en la efusión cándida de los poemas rurales, Julio Herrera y Reissig revela siempre la misma maestría del decir, el mismo horror á la vulgaridad, el impecable dominio del verso, el refinamiento quintaesenciado de la forma, el « mens divinior » y el privilegio de hacer sentir con intensidad « el eterno canto de la belleza » de que hablara el filósofo Plotino.

PABLO DE GRECIA.



El ruiseñor

Á mis hijos.

Hijos: sé de un ruiseñor
que arpegia de tarde en tarde
y que jamás hace alarde
de sus dones de cantor.

Canta, desde entre las hojas,
el rey de los trovadores:
si está alegre, sus amores;
si está triste, sus congojas.

Y con su lengua arpegiada
sinfoniza la pradera
y vierte en la selva entera
de notas una cascada.

Intentaré trasladar
al débil lenguaje humano
lo que el arte soberano
del ave logra expresar:

« Con ser de raza canora,
desde que apenas nací
ímpetus y ansias sentí
de ave audaz y luchadora.

« Soñé con garras buitreras
y con aquilinas alas;
del colibrí con las galas,
y con cazas halconeras.

« Natura quiso otorgarme
una garganta de oro,
que, aunque es de por sí un tesoro,
nunca ha llegado á halagarme.

« Altivez y rebeldía
fueron mis inclinaciones,
y, por ello, en mis canciones
hay tanta melancolía.

« ¡ Quién creyera! Mis afanes
no se han cifrado en cantar,
sino en vivir y luchar
al modo de los titanes.

« La acción heroica me atrajo,
la epopeya me sedujo;
del cóndor sentí el influjo,
y tuve en menos al grajo.

« Siempre he deseado ser,
más que Lamartine, Hesíodo,
y, ante todo y sobre todo,
un vibrante Chantecler.

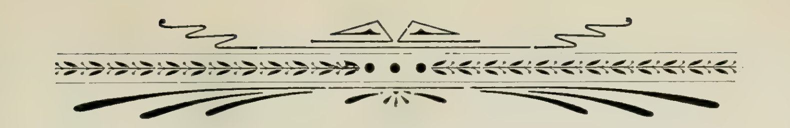
« Aunque á la envidia reacio,
la envidia quiere anularme,
y hasta pretende mancharme
con su babeo el batracio.

« Altivez y rebeldía
fueron mis inclinaciones,
y, por ello, en mis canciones
hay tanta melancolía! »

Así el ave se expresó;
y, al extinguirse en el viento
su canto, se oyó un lamento
que la selva estremeció.

Era una voz abismal,
entre trinada y rugiente,
mezcla de ruego ferviente
y de blasfemia infernal.

Junio de 1910. DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.



Ananké

« .. Todas las divinidades — incluso Júpiter — estaban sometidas á la ley del destino. »

. . . .

«... Estos Dioses del Olimpo, sensibles á la alegría y al dolor, y siempre en comunicación — por medio de los oráculos — con los hombres, tenían todos los defectos de la naturaleza humana, abrigaban en sus pechos todas nuestras pasiones: la cólera, el odio, la violencia, y hasta participaban de nuestras miserias. »

Victor Duruy: *Historia de los Griegos.* — Tomo I, págs. 110 y 117.

. . . .

«.. Le silence est recommandé dans la plupart des opérations magiques. Celui qui veut jeter un sortilège ou se préserver d'un charme, doit agir sans parler personne ; les rites qu'il accomplit perdraient leur vertu s'il lui arrivait de proférer une seule parole pendant qu'il est à l'œuvre. »

Revue Archéologique. Tomo I. — (Estudio á propósito de una inscripción en un vaso griego.)

I

El templo de Harpócrates fué rodeado desde entonces de sagrados bosques.

Los agoreros que conocían las virtudes ocultas de las plantas y de las piedras preciosas, los que sabían

encontrar la Alectoria roja, que resiste los hechizos, y las hojas de Anacampseros, que renuevan el amor, veneraron al Dios del Silencio.

Por todas las comarcas había cundido el mito, que contaban los ancianos pastores á los pastores jóvenes, mientras los rebaños pacían en los prados floridos y ellos al borde de una fuente que guardaran las ninfas, hacían sonar la flauta del Dios Pan.

Y así pasó de boca en boca la leyenda que todos repetían con el mismo cándido fervor con que otrora repitieran los rapsodas, las hazañas de Hérakles ó las aventuras de aquellos navegantes que fueron en pos del vellocino de oro!

. . . .

. . . .

II

Lysias, descendiente de un rey de estirpe atrida, era bello como Adonis. Por eso la Diosa Demeter se prendó de su hermosura.

Cierta vez — á la hora en que Apolo lanza desde lo alto sus dardos de fuego — Lysias acertó á internarse en la espesura de un bosque de mirtos y laureles, que las mujeres del país habían consagrado al culto.

Rendido por las fatigas de la caza, no tardó en conciliar el sueño bajo la sombra propicia de un laurel.

La Diosa — que en aquellos instantes recorría el bosquecillo — tropezó con el cuerpo del joven príncipe y quedó maravillada de su belleza.

En inefable contemplación aguardó á su lado, hasta

que Lysías, despertando de su sueño, se aprestaba á la marcha.

Entonces Demeter, reteniéndole, quiso atraerlo á su amor.

Mas su intento fué vano: el príncipe amaba á la bella Myrtala, de blonda cabellera y ojos serenos como las aguas dormidas!

Inútil fué que, desde entonces, la Diosa revelándosele á cada instante, bajo diversas formas, tratase de inspirarle su pasión, porque el alma de Lysías no vibraba ya más que para su amada!

Desesperada al fin de tales desdenes, imaginó quitarle el *don de muerte*, que tenemos todos como redención suprema de nuestros sufrimientos, y obtener así, algún día, del ser inmortal, lo que no le era dado obtener del hombre efímero.

Al efecto consultó con Anfíarao, cuya ciencia en encantamientos y sortilegios era profunda.

Aconsejóle el mago que, para despojar al príncipe de su envoltura terrena, expusiera su cuerpo durante el tiempo de una luna á la lumbre del hogar, que el fuego lo purifica todo!

Olvidó, sin embargo, prevenirle que el hechizo debía ser cumplido en el más riguroso silencio.

Noche á noche, mientras el joven descansaba, Demeter hacía llegar hasta su lecho un hipnal que vertía en los labios del príncipe el veneno mágico que provoca el dulce letargo.

Se allegaba entonces cautelosa, y tomando el cuerpo tibio del amado, cumplía los ritos del encantamiento.

¡Quién sabe obedeciendo á qué obscuras razones, á cada nueva prueba Lysías cobraba más y más belleza!

Sucedió, sin embargo, que la última noche en que terminaba el hechizo, el hado fatal dispuso que la reina Deyanira penetrara en la estancia donde la Diosa realizaba el postrer conjuro.

Al ver el cuerpo de su hijo envuelto en llamas, no pudo contener un grito de terror.

Una estrella fugaz rasgó la bóveda luminosa y se apagó, como se apagan las vidas.

El encantamiento quedó roto, y el cuerpo del joven fué al instante consumido por el fuego.

Vanos fueron los esfuerzos de la Diosa para salvarle, y vanos los lamentos de la madre.

Su alma había volado, como la estrella, hacia la región lejana é infinita, donde reinan el frío y las sombras!. . . . .

. . . .

Por eso los agoreros que conocían las virtudes secretas de las plantas y de las piedras preciosas, los que sabían encontrar la Alectoria roja, que resiste los hechizos, y las hojas de Anacampseros que renuevan el amor, veneraron al Dios del Silencio.

Y desde entonces también el templo de Harpócrates fué rodeado de sagrados bosques, simbolizando el silencio y el misterio de los conjuros, con el silencio y el misterio de las frondas!

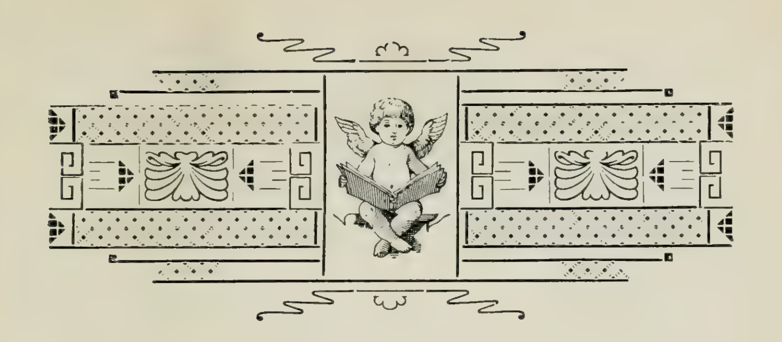
DANIEL CASTELLANOS.

1911





Don Leopoldo Lugones



Prosa bohemia

Ya estoy en un fértil paisaje con lagos;
recuerdo los versos del Byron de Haydée,
ya tengo los sueños tranquilos y vagos
que exhala el caliente vapor del café;

que exhalan las pipas de corte chinesco,
la copa de ajenjo que es filtro de amor.
Aquí una acuarela, el cuadro más fresco
que han visto los meses del viejo Ecuador.

Surge del silencio de fríos vestigios.
En su candorosa boca de vestal
arde el rojo alegre de los gorros frigios:
un carmín ferviente de sangre arterial.

Como en un florero duerme en su garganta
la pálida nieve de un ideal jazmín;
y la risa lírica que en sus labios canta,
afina su aguda cuerda de violín.

Arriba el crepúsculo, cual pálida escena.
Sus ojos, que enciende reciente pasión,
brillan como fondo de noche serena,
con hondos fulgores de constelación.

Es una obsesora visión. Si la arranco
del alma en que vive, anochece en mí.
Es rubia... la veo vestida de blanco...
Todas las camelias se visten así.

LEOPOLDO LUGONES.



En un examen de historia le preguntaban á un estudiante muy audaz, pero que conocía poco la materia:

— Diga, señor: ¿Quiénes eran los Hunos?...

— *¿Los unos?* — contestó rápidamente el ignorante, — fueron los enemigos de *los otros*.



Jesu - Cristo

¡Oh! lirio inmaculado,
de alma blanca y de cuerpo marfileño;
lirio santificado
por la Visitación del Gran Ensueño ...
¡Oh! Cristo, ven á nos!
¡Oh! carne atormentada, sólo el leño,
tan sólo el sufrimiento te hizo Dios.

¡Ah! por ti únicamente
fueron los brazos de la Cruz como alas ...
Tú fuiste el Paraíso de la carne
casta y brillante, cual la zarza ardiente....
Desde la idealidad de tu leyenda,
como un olor á santidad exhalas;
y, así, con ese santo olor, aromas
de cielo nuestra senda.
Tú refrescas la Vida
de aquellos que se acogen á tu amor:

¡das los rocíos de tu Ensueño Nuevo
á las bellezas de cada alma en flor!

Fué tu cuerpo tan blanco y tan divino
como un cáliz de plata religioso.
Fué tu sangre indulgente, como un vino;
y mi plegaria es una sed sagrada
que desea ese vino doloroso.

Jesús, resurrecciona
con la aureola en lugar de la corona;
con la madurez de oro
del trigal de tus rizos constelados....
Vuelve, Cisne canoro,
que cruzaste sin mácula las aguas
de todos los pantanos y pecados....
¡Vuelve á mi noche, Ruiseñor sonoro!
¡Vuelve, y cruza los lagos torturados
de aguas benditas que derrama el lloro!

De tu barca de luz,
¡oh! místico piloto,
sean remos los brazos de la Cruz.

¡Oh Jesu-Cristo, pálido Profeta
oloroso en olor de alma florida!
Fué tu melena de oro alucinante
con leyendas de sol y de los Ángeles,
tu yelmo en luz de Soñador Andante.

En el mar y el camino
tu cuerpo era una lámpara sagrada

que, al irradiar de su interior divino,
alumbraba su cutis de alabastro . . .
¡Por donde iba tu voz, se oía un trino!
¡Por donde iban tus pies, brillaba un astro!

El rosal del martirio
te dió rosas sangrientas; y también
te dió espinas... ¡á ti, que merecías
el beso en flor de un amoroso Edén!

Tú fuiste un Solitario,
por único en la Pena y el Consuelo;
fuiste de Dios el augural Oráculo
y fuiste el Tabernáculo
de las llaves angélicas del cielo.

Porque aún te veo Artista de lo Puro
y flor de maravilla,
luminosa substancia,
milagrosa fragancia,
moldeando al alma, así, como á una arcilla,
moldeándola en la forma de tus Éxtasis,
eres la joya de mi Fe; y te guardo,
tal como en un arcón, en el Recuerdo . . . .
Cuando yo abro ese arcón, ¡qué olor á nardo!
¡Y en qué camino tan azul me pierdo!

Te columbro en la dulce lontananza
de mi primera edad y de mi aldea,
¡oh mi Niño-Jesús! como en los juegos
de mi infancia jugaste á la esperanza!

Aún repican en mí sus locas dianas
con que llamaban mi villorrio á misa
las ingenuas campanas
de la Capilla en que la Serenísima
lucía un manto azul lleno de estrellas.....
¡Aún repican en mí sus bronces viejos!
Las campanas aquéllas
yo las llevo en mí alma, y me parece
¡que repican tan lejos!

¡Oh mi Niño-Jesús! ¡oh nacarado
amigo de mi cuna;
hermanito sagrado
envuelto como en un pañal de luna!

¡Oh Niño del Pesebre!
En vano dejo abierta la cancela:
ya no vienen tus Magos, ¡ay! aquellos
de las noches de reyes y de fiebre;
los Magos que en los cuentos de la abuela
cargaban con ensueños sus camellos.

Huyó mi infancia, y tu niñez gloriosa
huyó también... ¡y cuál nos encontramos,
al correr de los tiempos y la Vida
(¡ay! la Vida, esa Máter Dolorosa),
sin domingos de ramos
en la aldea querida! ...
¡Oh! Cristo; ¡tú en la Cruz, y yo en el Alma!
¡Tú en la cosa que hiere, y yo en la herida!

¡Jardín de los Milagros! ¡Oh Profeta!

De tu cuerpo la mística escultura
era, así, como etérea en su blancura;
era como del mármol de la estrella;
y como del Ideal era en lo pura;
y como de la flor era en lo bella;
como un Ángelus eras en los valles;
como una zarza ardiente en la montaña;
y en las trágicas calles,
entre las plebes del hostil tumulto,
aromaba tu alma á las Marías
cual si llevaras algún lirio oculto
con un rocío de melancolías.

¡Vuelve á nos, como espléndido querube!
¡Vuelve á nos, con tu rostro de azucena!
Para tus pies hay una santa nube:
el cabello auroral de Magdalena.

Por él ya más no tocarás el suelo,
que irán tus pies en esa nube de oro,
como si fuesen en un lento vuelo....
¡Vuelve con tus pupilas
azules y tranquilas
como dos gotas del azul del cielo!

La Muerte, la Suprema Tentadora,
la de labios silentes y sombríos
te dió un beso; y el beso se hizo aurora;
y con tu último llanto hizo rocíos.

El beso de la Póstuma Hechicera
fué como luz en flor. Y el cuerpo pulcro,

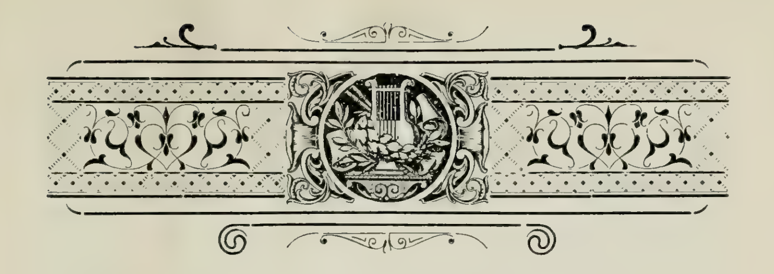
el cuerpo del Gran Casto, angelizado
por su Amor y Perdón, en el Sepulcro
se hizo polvo de estrellas; y espaciado
en el azul por milagroso vuelo,
fué como una imprevista vía láctea
que, en forma de ala, se tendió en el cielo.

¡Blanca y difusa polvareda de astro,
cual las cenizas de algún Dios difunto!
Por su vago y espléndido conjunto,
fué como una gloriosa polvareda
en una carretera de los Ángeles
levantada por ellos . . .

Y Dios se hizo su santo palio de oro
con el oro que Cristo florecía
en el paisaje á sol de sus cabellos.

¡Oh! Cristo, Cristo mío,
por tu triste dulzura de paloma;
por el místico aroma
del azahar de tu cándida hermosura;
por tu santa blancura,
cual de lirio del cielo;
¡oh! Cristo, ritornelo,
sagrada apoyatura
de mi lírica y honda letanía;
¡oh! Cristo, ¡ven á nos!
¡Danos un poco azul de poesía,
al darnos mucho Dios!

GUZMÁN PAPINI.



El collar maldito

(CUENTO)

El reloj colocado en la lujosa sala dejó oír tres campanadas, anunciando que habían transcurrido iguales horas del nuevo día. Al oirlas, Amanda despertó del estado semi morboso en que se encontraba, y otra vez la pena que la había dejado libre por breves instantes, la dominó por completo. Desde las diez de la noche, desde hacía cinco largas horas, aguardaba con impaciencia la llegada de su esposo, de aquel ser que en otro tiempo le había hecho vislumbrar un paraíso de dichas eternas y que al poco tiempo de unir á ella sus destinos la hacía sufrir, con su conducta inexplicable, penas infinitas. Durante los seis primeros meses de su matrimonio, su vida se había deslizado en medio de un ambiente de felicidad, con sus días claros y sus cre-

púsculos azules. Su esposo se mostraba amante, apasionado, complaciente hasta en sus caprichos más raros. Vivía tan sólo para ella. Durante ese lapso de tiempo había gozado dichas superiores á las soñadas y, mecida por los halagos de esa vida placentera, nunca imaginó que un día pudiera finalizar y, menos aún, que en su esposo pudiera operarse una transformación tan completa como la que tanto daño le hacía en esos momentos. Ella imaginaba cuanto puede concebir la mente de una mujer enamorada que con toda fe se entrega á su ídolo, en esa amalgama incomprensible de pasión y de inocencia, para responder á la dicha que le proporcionaba el ser, de experiencia sana y energías morales, que un día abandonó familia y amigos, para unir su alma á la de ella, para hacer de dos seres incompletos uno grande, feliz, ávido de caricias y de amores ... Aquellos meses se deslizaron rápidamente, de manera fugaz, vertiginosa, como pasan todas las cosas buenas de la existencia. Después ... después aquel cielo se fué cubriendo de negros nubarrones y la paz había desaparecido de su alma disipando todos sus sueños de ventura. De cariñoso que era su esposo, se había convertido en indiferente, pero sin llegar nunca á ser grosero; su pasión ardiente de otro tiempo parecía ahora cubierta por el hielo; su hogar, su esposa, habían dejado de ser su santuario, su único anhelo, su visión constante de otrora. Pero en medio de todo esto, la pena que la mataba, que la aniquilaba por completo, era la de ignorar el porqué de esa transformación. Ella había sido siempre la misma: no había tenido nunca otro ideal que su esposo; fiel como Artemisa, hubiera preferido morir antes que mancillar, aunque

fuese tan sólo con el pensamiento, su nombre querido. Y en estas investigaciones pasaba las horas, mientras su llegada se retardaba más y más.

El nuevo día seguía avanzando y aún lo esperaba ansiosa, como lo aguardó aquella noche que por vez primera tuvo que separarse, para regresar instantes después más enamorado que cuando la había dejado. En el reloj volvieron á vibrar cinco campanadas acompasadas, perezosas... Por la ventana se deslizaban las primeras y tenues claridades de la aurora, esparciendo, al reflejarse en los tapices de la sala, un tinte de variados colores en el rostro de Amanda, hermosa como un sueño de amor, aun más que la purpúrea rosa de Idumea; en el cielo las estrellas, con su raudo titilar, semejaban asustadas luciérnagas; de la torre de la Catedral emergieron los tañidos de las campanas, entonando el Ave María —tañidos que á ella parecieron toques funerarios —y, como si ésa fuera una señal convenida, en todas las iglesias y capillas se oyó un repiqueteo de alegría, de Resurrección, que duró unos minutos; en el firmamento, nubes de armiño se amontonaban en pequeños copos, semejando una bandada de aves volando sobre un mar cerúleo; de lo lejos llegaban los marciales acordes de las dianas, y todo advertía que la ciudad volvía de nuevo á la vida después del paréntesis impuesto por la noche. El conjunto de esas notas de animación movía á soñar, inundando el aire de célica armonía, convidando á vivir feliz, á gozar en toda su plenitud de aquella aurora de primavera con su tren de esmeraldas y fragancias. Sin embargo, todo eso servía para hacer más profunda la pena que la embargaba en su orfandad de amores, mientras

afuera la tierra se agitaba en su luna de miel: la estación de los amores....

De pronto, como presa de un ataque de histerismo, se llevó las manos al cuello. Sintió que un nudo la ahogaba. Con el alma transida lloró lágrimas de hiel. Sus manos tropezaron entonces con el collar de perlas, regalo de su esposo en aquellos hermosos tiempos de los cuales en el espacio intangible de su alma tan sólo quedaba el recuerdo. Al rozar sus dedos aquellas joyas, un relámpago pareció brillar en su mente, como si una idea salvadora hubiera acudido á su cerebro fatigado por el dolor.

—Sí, eres tú,—exclamó de pronto;—eres mi desgracia ...

Y al decir esto, de un golpe se arrancó la joya.

Durante largo rato la estuvo contemplando con miedo, con horror ... Recordó lo feliz que había sido hasta el día en que su marido se lo había regalado, y que á contar de ahí, la dicha se había trocado en tristezas, el bienestar en un continuo martirio, que todo el pasado se había esfumado rápidamente, como se esfuman todos los momentos gratos de la vida. Entreabrió el balcón y una ráfaga fresca le acarició su rostro febriciente. Miró una vez más aquella joya que consideraba maléfica, y con actitud resuelta la arrojó á la calle.

Consumada su obra, después del postrer momento de vacilación sostuvo su blonda cabeza entre sus manos, inmutable de belleza, donde el cabello era palio, bajo el cual dos ojos magníficos lloraban lágrimas de acíbar.

Cuando después de aquel día se sentó á la mesa junto á su esposo, nada le dijo por su ausencia de la



Montevideana

noche anterior. Despacio, muy despacio, se acercó á él, y como lo había hecho otras veces, buscó con sus labios los suyos y los unió en un beso ardiente, de esos que á veces valen toda una vida, mientras que de sus ojos se desprendían dos gruesas lágrimas, hijas de la misma alegría que siente todo ser humano cuando vuelve á ver una persona amada que creía perdida para siempre. Él le devolvió de igual modo la prueba de cariño, y á ella le pareció notar en ese beso todo el fuego, toda la vehemencia de aquellos días pasados que tan feliz la habían hecho. Al sentir tan grata impresión, recordó el collar y se regocijó de su acción. Como si en realidad la prenda arrojada fuese la causa de su desgracia, desde aquella mañana en la que la echó lejos de sí, como á una cosa maléfica, su esposo empezó á reaccionar, fué más cariñoso y atento con su mujer de lo que lo había sido antes.

Un día, cuando Amanda se creyó de nuevo dueña del amor de su marido, le dijo:

—¿Te acuerdas de aquel collar de perlas que me habías regalado? Él era mi desgracia, nuestra desgracia, puesto que había separado á dos seres que nunca podrán ser felices si no marchan juntos. Mi amor por tí es imperecedero: ha venido del cielo y al cielo volverá. Tú eres para mí como el agua cristalina que corre al pie del árbol añoso: me das vida. Sin tu cariño no quiero la existencia.

—Sí, amor mío, nunca me debí separar de tí. Dejé mi nido de amores para acudir á un mercado donde se compra la fiebre y se vende la conciencia, donde se busca el placer y se aniquila la vida... Existía una cosa maldita que me hizo olvidar cuán grande era tu

amor por mí. Tu cariño, tu consecuencia, tu proceder de esposa honesta, me regeneraron. Aquellas atracciones malditas han muerto para mí. Tú sola lo eres todo... Vuelvo como el hijo pródigo al nido puro que la ley consagra y la iglesia santifica...

Y cerró aquella frase con un beso tierno, largo, muy largo...

—El collar...—murmuró luego él—no tiene la culpa... Te compraré otro...

—¡No, no!—exclamó nuevamente Amanda.—El único collar que yo quiero es el que me acabas de ceñir al cuello, el más hermoso, el más deseado, el único que me devuelve la felicidad: el collar que tus brazos forman...

ARTURO SCARONE.

1910



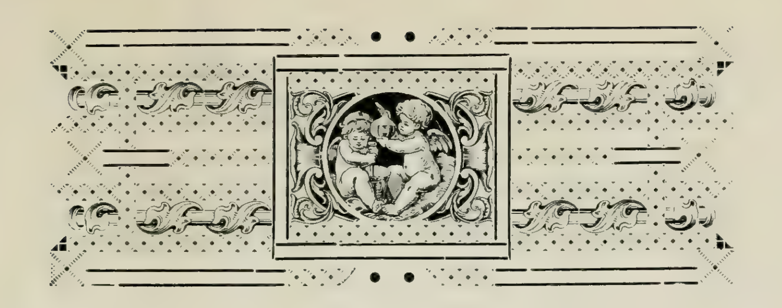
Casamiento por poder

Con un viejo rico ausente
casaron á Irene bella
por poder, sin que él ni ella
se hayan visto mutuamente.
Bienaventurada Irene,
que hambre y sed va á padecer,
pues se casa por poder
con hombre que no lo tiene.

FRANCISCO A. DE FIGUEROA.



DON ANTONIO D. LUSSICH



Fragmentos

De una carta al doctor Américo Ricaldoni, en París

Punta Ballena, Diciembre de 1909.

¡Salve doctor, artista, literato!
tipo genial de numen vigoroso,
amigo irreprochable, nunca ingrato,
modelo como padre y como esposo.

Noble, caballeresco, humanitario,
apóstol de la ciencia que ejercitas,
que para ti es la gloria, es el calvario,
de ilusiones brillantes y marchitas.

Tu carta, que gozoso he recibido,
llena de amor filial y de poesía,
me ha dejado feliz, enternecido.
y á mi hogar desbordante de alegría.

Tú mentas de la Italia, de la Suiza
los insignes, soberbios panoramas,
el poético Rhin que tanto hechiza
y con justa grandeza los aclamas.

Glorificas sus lagos y sus montes,
y la alegre hermosura de sus valles,
á sus bellos, variados horizontes,
sin olvidar elogios ni detalles.

Y hasta á sus cumbres por la nieve envueltas,
de las que ni aún el sol disuelve el hielo,
y que parecen desafiar resueltas
las altas nubes en el alto cielo!

También sus bosques de verdor brillantes
que hacen marco á la nieve de las cumbres,
donde surgen palacios arrogantes
de artesonadas, mágicas techumbres.

Tienes razón! Es eso tan sublime,
tan sorprendente, tan inolvidable,
que el alma henchida su placer exprime
al mirar tanto cuadro incomparable!

Mas ¡ay! tú olvidas nuestro gran estuario
que lame, azota y orgulloso encierra
dos naciones de aliento extraordinario,
grandiosas en la paz como en la guerra!

Son las cunas de Artigas, de Lavalle;
de campeones de insigne nombradía;
de Suárez, San Martín, Berro y Del Valle,
patricios de abolengo y bizarría.

Son las cunas de excelsos pensadores,
de mártires y de héroes inmortales;
son las tumbas de nobles soñadores
que cayeron con magnos ideales!

Son los hijos del suelo americano,
quienes un día enseñarán al mundo
que el poder de su raza es sobrehumano
y en el bien dejarán surco fecundo!

Ese cielo es acaso como el nuestro,
de purísimo azul, nunca igualado?
Á cantar su esplendor no alcanza el estro
del poeta más grande é inspirado.

Dónde hay allí horizontes tan preciosos
en que la vista absorta se dilata,
como los tiene América radiosos,
cual los que adornan anchuroso el Plata?

Tiene la humanidad cosas tan grandes
cual las que el suelo americano tiene?
Hay algo más grandioso que los Andes,
que tanto con el alma se encadene?

Tienen de Europa acaso las naciones,
en medio á sus cuantiosas maravillas,
cataratas del Niágara y Misiones,
do hay que postrarse absorto de rodillas?

Y qué diré de esta mansión celeste,
para mí sin igual sobre la tierra,
llamada con razón « Jardín del Este »
por los prodigios que en su seno encierra?

Envuelta por el mar, arroyos, lagos,
sierras y grutas, médanos inmensos,
Natura derramóle sus halagos
prodigándoselos puros é intensos.

Días sublimes, noches seductoras
bañadas por el Plata con sus brisas,
y extasiados gozamos las auroras
que inefables nos brindan sus sonrisas.

¡Qué admirable el furor de los pamperos
cuando azota estas playas asombrosas,
ver los níveos oleajes altaneros
dar bramidos de rabias tenebrosas!

Y en pos de esas borrascas imponentes
que aterran con sus ráfagas de furias,
nos trae el ígneo sol, resplandecientes
desbordes estupendos de lujurias!

¡Qué admirable es oír en la alborada
las aves en bandadas tumultuosas
saludar al rey-astro en su llegada
con notas sin iguales, armoniosas!

Y al absorber su brillo el occidente,
tragándolo del mar los horizontes,
despídenlo las aves tiernamente,
ahogándose sus trinos en los montes.

Tú conoces muy bien las hermosuras
de este edén oriental, por Díos bendito,
donde existen abismos de verduras
y cerros tapizados de granito.

Se abrazan aquí en lazos fraternales
del ecuador y el polo los plantíos,
y enrédanse las lianas tropicales
en árboles que viven con los fríos.

Y crecen en sus selvas solitarias
flores bellas de clases infinitas:
las suaves trepadoras pasionarias
mezcladas con las frescas margaritas!

Del ceibo los racimos escarlatas,
el fragante espinillo y las aromas,
el arazá silvestre en tiernas matas
y espinas de la cruz sobre las lomas.

Laderas tapizadas de chircales,
bañados entre juncos y entre breñas,
do anidan los festivos cardenales,
los sabiás, las calandrias, las cigüeñas.

Perfumes delicados de las frondas
embalsaman suavísimo el ambiente,
y al aspirar el néctar de sus ondas
vigoriza las fuerzas y la mente.

É inspiran al poeta los cantares
que arroban con sus nítidos acentos,
sahumados de violetas y de azahares
que endulzan los amargos pensamientos.

Y allá al fondo, surgiendo entre las dunas,
se admiran en agrestes confusiones,
montañas variadísimas de tunas,
de arueras y frondosos canelones.

Cautiva y muellemente reclinada
sobre el albo arenal, tersa y radiosa,
por las blancas rompientes coronada,
destácase la playa majestuosa!

Y termina el espléndido paisaje
avanzando hacia el mar, de encantos llena,
entre el ronco fragor del oleäje,
la grandiosa y feraz Punta Ballena.

Antonio D. LUSSICH.



Epigrama

Doña Rosa de Molinas,
cuarentona muy hermosa,
le dice al doctor Herosa:
— «Mi salud se encuentra en ruinas.»
Al mirar sus carnes frescas,
el doctor, que es muy sincero,
responde: — «Las considero
unas ruinas pintorescas.»

Ricardo SÁNCHEZ.



DOCTOR CÉSAR MIRANDA



El poeta escribe á su amada

Harto de actividades nocivas, quiero ahora
hacer una existencia tranquila, y tú, señora,
en quien mis ojos puse en un feliz momento,
debes hacer de modo que persista en mi intento.
Quiero acogerme al lar apacible, quiero
dejar una existencia de amor aventurero,
por el vivir tranquilo, en paz conmigo mismo,
en paz con Dios, en un buen vivir de optimismo;
levantarme á la aurora después de haber dormido
un sueño sin ensueños; relegar al olvido
el fardo de recuerdos de mis últimos años;
explorar con mis besos tus cabellos castaños;
beber tu aliento fresco; reclinarme en tu seno;
sentirme entre tus brazos más amante y más bueno;
trabajar largo tiempo con amor mis poemas

• • • • • •

que me producirán alegrías extremas;
hacer cuentos ingenuos de pastores sencillos
y zagalejas rubias, de rosados carrillos,
que entre la ordeña y el cuidado del aprisco
gustan de la dulzura del amante mordisco.

Quiero hacer una vida de amor sin sutilezas.
Quiero ser en un reino ajeno á las tristezas.
Quiero ir hacia las viñas y morder las pintonas
uvas, como en el tiempo de infancia y de rabonas;
y mancharme la boca con el licor dionisio
que da la alegría sana; ó al amor del alisio
que sople en el velamen de mi bajel, ir por
el océano lleno de jazmines en flor.
¡Qué feliz existencia esa que te dibujo
y que Julio pintara con su pincel de brujo!
Familiarmente unidos en un afán gemelo,
los labios en los labios ó los ojos al cielo,
iríamos, querida, á perezoso paso,
hacia la fuente bajo el ámbar del ocaso.
¡Qué cosechar de besos! ¡Qué felices arrimos
llenos de travesura, de azúcar y de mimos!
¡Cuánta ingenua malicia! ¡Cuánta ilusión y cuánta
constelación de besos pusiera en tu garganta!
Bellamente olvidados de las cosas odiosas;
coronados de pámpanos, de mirtos y de rosas,
gustando del granado la codiciada poma
y de la acacia el milagro de la aroma...
En las noches de estío, cuando la luna clara
diera á tu adolescencia un albor de Carrara
y nimbara el estanque con su lumbre hialina,
bajo tu cabellera de sombra adamantina,

daría yo en soñar en cosas de leyenda,
y pensara, querida, en una errante tienda
de peregrino donde, cual esclava sumisa,
me brindaras la gracia rosa de tu sonrisa.
¡Oh! ¡qué vivir de dicha en un mundo sin penas,
bajo la protección de las estrellas buenas,
aspirando tu aroma mezclado á la fragancia
de las rosas, mediando entre ambos la distancia
de un beso, que diría don Leopoldo Lugones,
temblando la emoción en nuestros corazones
como una corderita miedosa ó como una
abuela que velara el sueño de una cuna!...
Y la gracia del sol en la verde campiña
acaso renovara tus caprichos de niña:
« César, quiero volar, » dijeras como antaño;
« las espinas del suelo me están haciendo daño. »
« César, quiero volar para coger la estrella
« de los pastores; » y yo, al verte triste y bella,
con un gesto infantil de reproche en los ojos,
buscara ansiosamente de nuevo en los rastrojos,
los gusanos de luz que tú, con cruel aliño,
ultimabas á objeto de adornarte el corpiño.
¿Pero á qué proseguir, si tú, señora mía,
tienes buena memoria? — Ven, sírveme de guía
que muchas lindas cosas que yo he dado al olvido
involuntario, tienen en tu corazón nido.
¡Oh! ven, señora mía, que don Cronos se apura,
á beber á mi lado el vaso de ventura
que la vida nos debe... Ven, y seremos sabios.
¿No se aburren de estar haraganes tus labios?

CÉSAR MIRANDA

Montevideo, 1909.

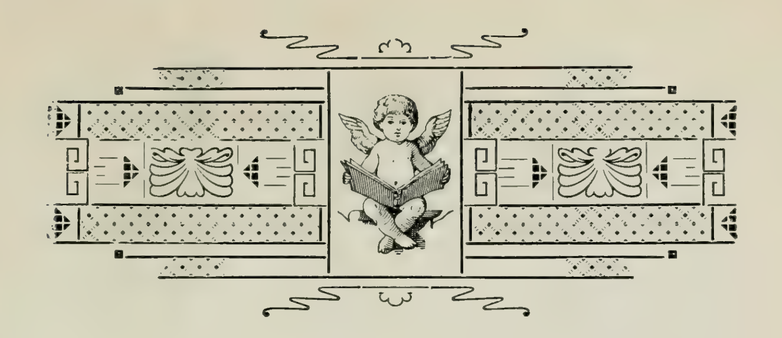


Amor

Para aliviar á aquellos que destierra
y darles la esperanza y el consuelo,
Díos puso las mujeres en la tierra
y derramó los astros en el cielo.

Dió luz al valle y á los montes bruma,
nieve á los montes y á los soles llama;
á la entreabierta flor dijo: perfuma!
y al corazón de las mujeres: ama!

Gutiérrez NÁJERA.



Por la región de los sueños

¡ACUÉRDATE DE MÍ!...

Al poeta *Francisco Villaespesa*, desde lejos, con cariño y admiración.

Es la hora de la meditación crepuscular.

La tarde agonizante va infundiendo aflicción en el alma de Rolando, y al gemir la brisa, al dirigir sus miradas al fondo del Prado, un temblor convulsivo se apodera de Él.

¿Qué aguarda?... ¿Cuáles son sus pensamientos?... ¿Qué sombras, en aquel instante, nublan su espíritu?...

El Prado está ornado de flores y flotan sus efluvios en el ambiente: son los efluvios de las flores de una Primavera luminosa, de una Primavera de mañanas augurales, de tardes cálidas, de ocasos de púrpura.

Y Rolando recorre del Prado las largas avenidas, y tras un acedo sollozo, exclama:

« ¡ Es la hora del crepúsculo !... ¿ Llegará mi amada ?... ¡ Oh !... Ayer, cuando estreché sus gráciles manos, ¡ cómo tembló mi corazón !... Gloria: ¿ será por largo tiempo que mis ojos te han de contemplar ?... No te marches todavía al reino de la muerte, pues que tu mirada constituye para mí salutífero consuelo... »

De pronto oyó rumor de pasos lentos.

Era la amada enferma de Rolando, la virgen de sus sueños de poeta, la princesa que su corazón cautivara.

Las miradas de los amados se encontraron, y en un silencio prolongado, contempláronse con translúcido mirar....

Él, palpitante y heróico.

Ella, temblorosa, con aire de sublime dignidad.

Rolando, con ademán ingente, tomó luego una de las manos trépidas de Gloria, y murmuró:

— Así, junto á tí, conquistaré mi redención. Dí, princesa amada: ¿ por qué, ayer, te despediste de mí con expresiva angustia ?... No inclines, Gloria, tu frente. Oye: cuando me remonto al pasado, yo recuerdo tus palabras, las únicas expresiones eróticas que yo escuchara en mi vida, y al recordar que te sientes enferma, antes que tí quisiera sucumbir, por no ser víctima de mis sueños y de mis esperanzas...

— ¿ Y tus sueños y esperanzas hiciéronte presentir derrotas ?...

Él no respondió.

Sufría horriblemente.

Un silencio acerbo imperaba sobre aquellos dos seres que se amaban.

Y Él, recordando luego, de la víspera, la sonrisa triste de los labios de su amada, su mirada reclamante de cariño, las rosas blancas que con candor le ofrendara, trémulo, exclamó:

— Princesa amada: yo evoco de contínuo tus níveas rosas de amor... ¡El polvo de tus rosas, en mi sosiego, cuántas cosas me recordará!...

Ella permaneció ensimismada, aflictiva, pálida... Luego, levantó su mirada y contempló en la lejanía del horizonte el incendio del ocaso y replicó dulcemente:

— Motivos tienes, Rolando, para conservar siempre el polvo de mis rosas: él, perpetuo, trascenderá el perfume de mi amor inmaculado...

— Amada mía, — agregó Rolando, — tus palabras traen claridades á la noche de mi espíritu... ¿Recuerdas, Gloria, cuando te conocí?...

— Sí, Rolando, lo recuerdo bien... Estabas entre las flores múltiples del Prado dialogando con ellas, que se columpiaban con la brisa de aquella tarde gris, cuando el eco nostálgico de tus palabras, como bajo palio de ensueños, llegó á lo hondo de mi ser... Me acerqué á tí... ¿Verdad?... Nos dirigimos eróticas palabras..., nos comprendimos..., nos amamos después con amor estuoso..., y fué cuando supe, por tí mismo, que eras un bohemio errante, sin padres, ni hermanos, ni amigos, y fué entonces cuando más te amé, y, todas las tardes, bajo la sombra de los árboles en flor, oyendo yo tu discantar, consolaste mi aflicción, en tanto señalábasme, como indicio de conquistas y de sueños, con tus blancas manos, los cárdenos tramontos, el morir de las tardes y el inclinar de las azucenas...

— ¡Oh evocaciones amadas de mi vida!... — interrum-

• • • • • •

pió Rolando emocionado. — Gloria, no me abandones todavía, puesto que hay en tí célicos ensueños.

— Sí, poseo ensueños, — replicó Ella en un soplo; — mas, cuando los ensueños van llegando á su ocaso, ¡para qué las ansias del vivir!...

— ¡Gloria, quién te hubiera conocido antes!...

— ¿Conocerme antes?...

Y tras un minuto de reflexión, amargamente, continuó:

— ¿Para qué?... ¿No eras acaso venturoso, sin conocerme, aun cuando fueras un errático bohemio?...

— Princesa Gloria: yo he pasado mi juventud desdeñado de todos, y, desencantado, quedé largos meses en el refugio de mi hogar por no vivir entre los hombres que desdeñan el imperio del ensueño. ¡Cuántas veces, Gloria, en noches silenciosas del Estío, contemplando absorto el caminar de la luna, esta princesa de la noche iluminó mi frente pensativa, en tanto presentía mi despertar al amor!... ¡Cuántas, al tener yo miedo de mi soledad prolongada, al no encontrar en torno mío una alma que mitigara la amargura de mis horas, soñé con un ángel semejante á tí, ataviado con el ropaje de mis blancas ilusiones... De entonces, ¡ah!, ¡cuánto tiempo pasó ya!...

Él, conmovido por tantos recuerdos, suspiró.

Ella, en medio de su cardiálgico dolor, extendió su mano sobre la frente lívida del amado y balbuceó:

— ¡Qué cruel para mí recordar que esta tarde me abandona y que la sombra ha de envolverme!...

— ¡Horror! estalló Él en un sollozo.

— No te turbes, Rolando, pues he de hablarte sinceramente... Quiero, por breves minutos, estar sola á fin de purificarme más...

— ¡ Oh, gran Dios ! ... — replicó Él levantando su frente. — Responde, por piedad: ¿ Qué tenías que decirme en ésta tu visita de hoy ?...

— ¡ Ah !, cierto es... Perdona... Llegué, cual te lo había predicho ya, á recobrar ánimo á tu lado, aun cuando haya intentado permanecer sola...

— Valor, princesa Gloria: las almas que se aman, unidas, no pueden nunca sufrir... ¿ También tienes miedo junto á mí ?...

— Junto á tí, no Rolando, — arguyó Ella clavando su mirada en el semblante de su amado. — En mi mansión, huérfana de padres y de afectos delicados, siento miedo de morir... Ve, ahí se distingue mi sólido alcázar, contémplalo iluminado débilmente; sus luces pálidas, cual lámparas de sepulcro, parecen darme su despedida... Sí, quiero morir aquí, bajo el manto del firmamento que luego ha de ser astrífero, entre el rumor apacible del follaje, anhelo morir tranquila como mueren los lirios, quiero desplomarme bendiciendo tu memoria... Rolando, ¡ oh Rolando del alma !...

Él permanecía impasible, mudo de estupor. Con las declaraciones de su amada creía ya descender á los antros de un abismo. Su compasión por Gloria era inexpresable. En su conciencia desarrollábase la siniestra lucha de su amor contra la horrenda verdad cual era la muerte de Gloria. No había salvación posible para Ella. Sus ojos zarcos veláronse de lágrimas, lágrimas que presto enjugó.

Gloria prosiguió:

— ¡ Rolando !... Yo, junto á tí he sentido vivir la vida aprendiendo á soñar contigo...

Un acedo presentir, después de estas palabras pro-

nunciadas con acento trémulo, hirió su corazón, y entreviendo el acercamiento de su muerte, con profunda angustia, levantó sus brazos y entonó entornando sus párpados:

—¡Cuán temprano mi morir!...

—Acaso has de vivir... —la interrumpió el amado.

—No, Rolando, no trates de quimerizar mis breves instantes de vida...

... Reinaban ya las sombras...

Ni un rumor en la soledad inmensa de aquel crepúsculo de adiós.

Gloria intentó acrisolar más el estado de su alma y dijo á los oídos del amado:

—Llega la noche, Rolando... ¿La ves?... No olvides que á Aelís le agrada imperar sobre los que soñamos victoria, y recuerda que mi vida fué un soplo fugaz de incomprendida...

Sus manos delicadas sostuvieron su cabeza, que se inclinó de súbito para hundirse en la meditación...

Rolando entonces vaciló.

Temblaba.

Era aquél el temblor inaudito del hombre que ama y ve perderse, por siempre, ante su vista, en espantosa confusión, al objeto de su amor.

—¡Por ti, Gloria, —murmuró después, —rodaré por el mundo y sufriré en mis noches toledanas.

—¡Tú sufrir por mi!... —repitió Ella.

Gloria sintióse desfallecer. Ante un recuerdo instantáneo, un relámpago de esperanza iluminó la tristeza de su faz marmórea ya, y, cayendo bruscamente de rodillas, con entonación entrecortada, susurró:

—Amado mío, atiende mis palabras: quiero que se

graben en tu memoria y que no se borren nunca... No temo por mi vida... Lo he reflexionado instantes ha... Viviendo, acaso, sería infeliz...

—¿Qué quieres decir?... —interrogó Él como fulminado, retrocediendo tres pasos.

—Silencio, Rolando... —insistió Ella. —Acércate... ¿Qué es la vida?... El cruzar de una sombra, el rugir de un dolor, el transportar de un sueño á lo Incognoscible... Los ensueños terrenos rápidos se van de nosotros... Di, poeta de mis sueños: ¿Me has de amar más allá de la tumba?...

—¡Sí, te amaré con toda el alma!... —replicó Él como herido por un rayo. —Tu egregio nombre será eviterno para mí!...

—Entonces oye, por vez última, quizá... Acuérdate de mí cuando el Prado, colmado de penumbra, te incite á las hondas abstracciones, y te refugies, después, en el sosiego de su sombra... Acuérdate de mí cuando te reclines sobre ese árbol que ha de ser testigo inmutable de nuestras idílicas cuitas, en tus sólitos paseos por estos contornos, al presentir acedas tristezas... Acuérdate de mí cuando ni un eco terrenal turbe la quietud de tu cámara, al agolparse en tu memoria los recuerdos del ayer, cuando sueñes, cuando cantes, cuando llores... Acuérdate de mí cuando bese tu rostro el beso inmaculado de la aurora con sus caricias de gloria y de esperanza, al divisar tus ojos la clámide purpúrea del poniente, al arrancar, con tremulantes manos, las rosas blancas de este Prado tan amado... Y cuando la noche sin luna impere sobre tí, ensimismado, levanta tu mirada en dirección al reino de los astros, sueña con el cielo, con el país de las inmor-

tales claridades y, orando al Eterno..., ¡ay, acuérdate de mí!...

Inclinó su frente.

Lágrimas de amor surcaban sus párpados bellos. En su faz marfilina había un tinte de sublime poesía. Era, en aquel hórrido minuto de angustia, la personificación del heroísmo.

— Si algún día — continuó más emocionada — la ola, el viento, las noches, las flores descubrieran tu aflicción y te interrogaran misteriosas su porqué, con tu alma, respóndeles: « Estoy aflictivo por mi blanca amada, que murió en la sombra... »

— ¡Gloria, Gloria!... — arguyó Él transido de dolor —Yo te diré...

— Ni una palabra más, Rolando...

De pronto, violentamente, palpitante de emoción, Gloria condujo á Rolando á un rincón del Prado, y una vez allá, pensativa, le dijo:

— No tiembles, amado mío... Aquí quiero reposar... ¿Entiendes? Y que sobre mi cárcava broten rosas, lirios y violetas... Pero... ¡gran Dios!... La muerte llega para mí tranquila... La veo..., con níveas vestimentas..., con sutiles caricias..., con mirada pensativa..., se acerca..., ¡ah!... sí, viene risueña..., porque... soy... una virgen..., ¡una eterna virgen de Gloria!...

Y con acento postrero, después de un álgido silencio, tosegosa, agregó:

— ¡Adiós Rolando, adiós sueños amados de mi vida!...

Y se desplomó, en cruz de bendición...

Él, al adquirir la percepción de que Gloria estaba muerta, retrocedió espantado y un rugido de desesperado dolor estalló en su pecho; sus ojos inyectáronse

en sangre, su corazón palpitó con violencia y, jadeante, tempestivo, sombrío, espumante, como iluminado por tartáreos resplandores, en el paroxismo de su desesperación, cabizcaído, caminó desorientado por el Prado, hundiéndose en las tinieblas...

. . . .

... Horas después, la noche fué poblándose de rumores invisibles...

La cortina del infinito, enguirnaldada de estrellas titilantes, parecía custodiar, á manera de un áurico manto, el cadáver de la que dormía su sueño, el largo sueño de la muerte, en tanto la princesa nocturnal, lentamente, levantábase sobre las copas de los árboles, iluminando, con débiles lampos, la gélida frente de la virgen muerta...

. . . .

. . . .

PEDRO PARRABÈRE.

Montevideo, Aguada, 1911.



Un autor poco leído, tenía entre sus manos la diestra de una dama muy linda. Sorprendidos por un indiscreto, á tiempo que ella retiraba la mano, le dijo al autor:

— Ved ahí la mejor obra que ha salido de vuestras manos.



La ruptura

Érase una cadena fuerte como un destino,
Sacra como una vida, sensible como un alma;
La rompí simplemente... y sigo mi camino
Con la frialdad suprema de la Muerte... Con calma

Curiosidad mi espíritu se asoma á su laguna
Interior, y el cristal de las aguas dormidas,
Refleja un dios ó un monstruo, enmascarado en una
Esfinge que parece testigo de otras vidas.

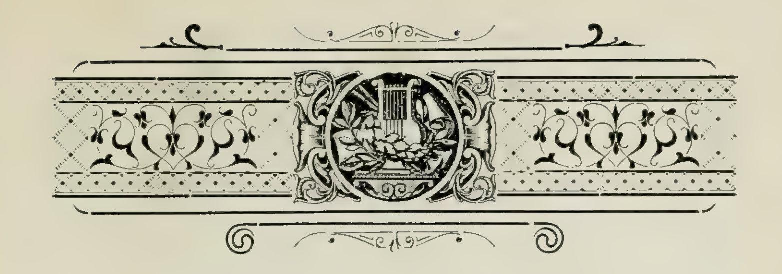
Delmira AGUSTINI.





DOCTOR SAMUEL BLIXÉN

† el 22 de Mayo de 1909



Un cuento del tío Marcelo

(Tomado del boceto teatral en un acto que lleva el mismo título)

ESCENA XI

Dichos, ENRIQUE (Por el fondo.)

ENR. *(Aparte á Marcelo.)* Y bien: ¿has descubierto?

CLARA. *(Idem.)* ¡Por Dios! ¡no diga Vd. nada en mí presencia!

ENR. *(Idem.)* ¡Habla! ¿no ves que me consumo?

CLARA. *(Idem.)* ¡Marcelo! ¡que me muero de vergüenza!

MARC. *(Aparte á Enrique.)* ¡Despacio, despacio! *(Aparte á Clara.)* ¡Tu suerte está en mis manos... déjame hacer!... *(Alto.)* Siéntense Vds... *(Marcelo se apoya*

en el velador. A su derecha, Clara, en un sillón, se tapa la cara con las manos. Á su izquierda, Enrique, de pie.) ¿Les agradan los cuentos?

CL. y ENR. *(Sin comprender.)* ¿Los cuentos?

MARC. Sí, los cuentos de hadas. Supondremos que les gustan. Voy á relatar uno, interesantísimo, que no se parece ni á la Caperucita Roja, ni á Pulgarcito, ni á la Bella Dormida, ni á Piel de Asno. Es de un repertorio exclusivamente mío.

ENR. *(Aparte.)* ¡Pero tío!...

MARC. ¡Calla y atiende! *(Alto y con tono enfático.)* Pues señor, érase una vez un rey muy poderoso y muy bueno, casado con una reina tan amable como hermosa; los dos esposos parecían destinados á ser muy felices: la suerte les había concedido riquezas, dominio y poder. Sin embargo, su dicha no era completa; figúrense Vds. que les faltaba precisamente lo que más deseaban: un heredero. Después de cierto tiempo, tantas buenas obras hizo la reina para propiciarse los favores del cielo, tanto suplicó, tanto rezó, que compadeciéndose de ella una buena hada, fué á visitarla en su carro aéreo, todo hecho de piedras preciosas, y le dijo: «Ve á tal parte, que encontrarás lo que deseas.» Fué efectivamente la reina adonde le indicó la hada amiga, y sobre un jergón de paja, y envuelta en miserables harapos, encontró á una mujer moribunda, que puso en sus manos á la princesita más linda que se puede imaginar: *(Mirando á Clara)* blanca, rubia, con unos ojos divinos, con una boquita de rosa; en fin, un ángel. Imposible pintar el regocijo de la reina al verse

dueña de tal preciosidad. La recogió, la llevó á su palacio en el mismo carro de la hada bienhechora... (*Enrique muestra impaciencia.*) No te impacientes, que ahora viene lo interesante... Pasaron años, y la princesa Amable, — que así la llamó la reina, — creció en gracias y donaire, hasta que un día la vió el príncipe Generoso, quien, como es natural, se enamoró perdidamente de ella, y la pidió en seguida en matrimonio. Ya iban á realizarse las bodas, cuando una hada enemiga, llamada *Curiosidad,* indujo á la princesa á escuchar detrás de una puerta lo que conversaban un día en secreto el rey y la reina. ¡Cuál no fué la desesperación de la pobre niña al averiguar que, en vez de ser de regia estirpe y nacida en un palacio, era de origen bajo é ignorado, y que había sido recogida en una choza miserable! Desesperada, fuera de sí, temerosa de que el príncipe Generoso, al saber la verdad, desistiera de su empeño y olvidara su amor, se adelantó ella misma á pedirle que no volviera á presentarse á su vista; pero (*Mirando fijamente á Enrique*) el príncipe Generoso, por intermedio de su tío... quiero decir, de un mago amigo, supo poco después el secreto que afligía á la princesa Amable, y como era (*Lentamente*) noble, leal y hombre de honor, no vaciló un instante: buscó á la princesa, se arrojó á sus pies, y la dijo...

ENR. (*Comprendiendo, se arrodilla á los pies de Clara.*) ¡Os quiero más que nunca, princesa mía, ahora que conozco vuestro secreto!... ¡os adoro, os adoro, os adoro!

MARC. Sí, poco más ó menos fué eso lo que dijo, aunque no sé si con tanto fuego. Y tú, Clara, ¿sabes lo que hizo la princesa?...

CLARA. *(Sonriendo á través de las lágrimas y alargando su mano á Enrique.)* Soy una pobre huérfana; pero si me amáis, ¡oh príncipe! mi corazón es vuestro.

MARC. ¿Y conocen Vds. el desenlace?

ENR. *(De pie y teniendo en la suya la mano de Clara.)* Fué muy sencillo: se casaron, como sucede en todos los cuentos de hadas.

MARC. Pues si sabían Vds. el cuento, ¿por qué diablos me han obligado á referirlo?

SAMUEL BLIXÉN.

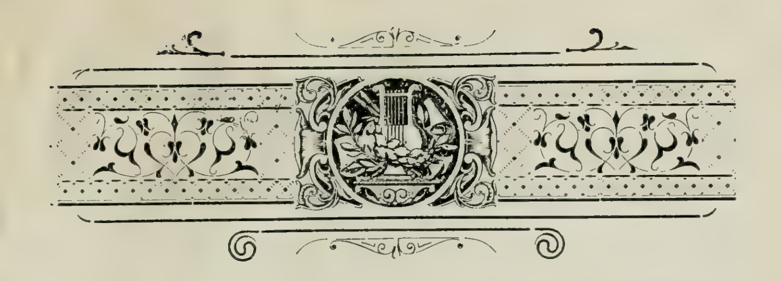


Ante una joyería

DIÁLOGO

—Mira esa perla, Oscar, atentamente;
¡verás qué bello oriente!
—Y tú contempla mi bolsillo escaso;
¡verás qué hermoso ocaso!

CASIMIRO PRIETO.



Siempreviva

(ANTE EL CADÁVER DE SAMUEL BLIXÉN)

Hay seres indomables cuya pujanza es mucha
porque nacieron fuertes, para la vida armados;
su fe es cota de malla y vencen en la lucha
por la intuición que tienen de ser predestinados.

Para ellos es el mundo palenque de combate,
su viaje es una mezcla de Ilíadas y Odíseas;
y nunca se acobardan, y nada los abate,
ya hieran las espadas ó choquen las ideas.

Y hay otros que llevando el faro del talento
enhiesto en el cerebro, para alumbrar abismos,
y músculos potentes como el discernimiento,
esquivan las borrascas, son dueños de sí mismos.

Y haciendo de su tiempo, tranquilos, dos mitades,
sin grandes entusiasmos, ni padecer tristezas,
esculpen con la pluma, que brota claridades,
y gozan de la vida bohemia y sus bellezas.

Samuel Blixén fué de éstos; su atlética figura,
en sí, no era el reflejo, la luna de Venecia
de su intelecto claro, de helénica cultura,
de su espíritu artístico de un hijo de la Grecia.

En cambio retrataba con precisión lo afable
de su íntimo carácter, que ameno traducía,
en la frase escultórica de su palabra amable,
hilada de arabescos, — la más honda ironía.

A nadie sombra él hizo; de nadie sintió celos,
ni se alistó en las filas de tristes muchedumbres;
jovial su pensamiento, volaba hacia los cielos,
buscando, como el cóndor, lo alegre de las cumbres.

Por eso, en su camino jamás fué detenido;
siguiera por el valle, trepara por la cuesta,
de la suerte mimado, de la dicha elegido,
perpetuamente estaba su corazón de fiesta.

Cargó su fardo, á veces, de escepticismo sano
que no tradujo en odio, ni cuando la perfidia
le hizo volver los ojos hacia el sitio cercano
donde ladraba agudo el lebrel de la envidia.

Tan sólo fué implacable, feroz, con su persona;
la castigaba siempre, creyéndose muy fuerte,
y su oculto enemigo, ese que no perdona,
piedad ni amor le tuvo y aceleró su muerte.

Mayo 23 de 1909. RICARDO SÁNCHEZ.



Doctor Pablo De-María

Fragmento

(Del Álbum de autógrafos de Ricardo Sánchez)

¡La virtud!... ¿Cuál espléndido tesoro
puede igualar al de ser justo y bueno?
¿Qué son sin ella gloria, y fausto, y oro?
—Son un fugaz y pálido meteoro
que apenas brilla, cae y se hace cieno.

Vivir del bien al culto consagrado,
sólo á su ley prestando vasallaje;
mirar el vicio con desprecio airado,
como mira la roca, desmayado,
á sus plantas romperse el turbio oleaje,
ésa la gloria es, ése el consuelo
de los que, en medio al mal que les azota,
prefieren, con la frente alzada al cielo,
á erguirse por la infamia sobre el suelo,
por el honor rodar en la derrota!

. . . .

¿Qué importa al ave en la desierta altura
ver que el bravío vendaval aumenta,
si alcanza el nido, herida, pero pura,
y salva de sus alas la blancura
del fango que salpica la tormenta?

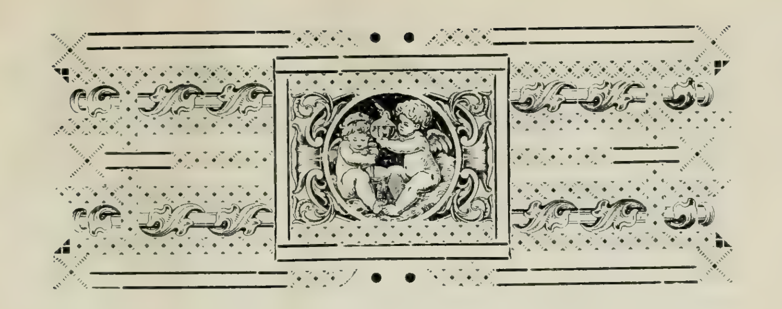
Así, ¿qué importa al alma inmaculada
que doquiera que tienda la mirada
contemple vicio, crimen, impudencia,
si para refugiar, austera y viva,
la dignidad altiva
tiene un santuario al menos: la conciencia?...

Pablo DE-MARÍA.

Setiembre 4 de 1883.

(Inédito.)





El retrato de Catalina Strozzi

En el Museo de Pinturas de X... hay un retrato, señalado en el catálogo con el número 1013, que se titula «El hechizo». Es una pensativa cabeza de mujer, atribuída á Van Dyck, que sonríe con melancolía á través de la pátina. Dice el catálogo que aquella dama, cuya belleza misteriosa y marchita perturba un poco, es Catalina Strozzi, y que en su tiempo el retrato figuró en la galería del palacio que Benedetto de Mafano construyó para la poderosa familia florentina.

Como yo manifestara interés hacia aquella pintura desvanecida, cuya imprecisión produce un raro efecto de lejanía, mi cicerone me hizo su historia más ó menos así:

— «Un Van Dyck muy característico. Observe usted la nota un poco sombría que predomina en el cuadro,

el aire que envuelve la cabeza y la manera como están tratados los encajes del cuello. Fíjese usted en el primor de las manos y cómo *salen* de adentro de las mangas de terciopelo.»

En tanto él hablaba con fastidiosa volubilidad, yo observaba los ojos del retrato encendidos por una mirada lejana y atormentada, y la enigmática expresión con que aquella hermosa mujer sonríe hace siglos dentro del marco florentino desvencijado por el tiempo.

—«El maestro flamenco,—seguía el cicerone,—lo pintó para Catalina Strozzi en Florencia, cuando ya había sentido el prestigio de las suntuosas escuelas italianas. Las últimas pinceladas del retrato se mezclaron con palabras de amor. Ya conoce usted los salvajes celos de aquellos señores florentinos del Renacimiento: Catalina Strozzi fué apuñaleada por su dueño frente al caballete donde descansaba el retrato recién terminado por el pintor. Esas manchas oscuras del fondo son la sangre de la enamorada patricia. Este cuadro ingresó en el museo en forma bastante extraña. Había sido adquirido en Florencia por Capental, un caballero que cierta mañana se presentó aquí y pidió hablar con nuestro conservador. Traía el cuadro consigo, y lo que propuso aquel caballero fué bastante singular; pero á la institución le convino el negocio desde que se trataba de un Van Dyck, como usted ve.

«Aquel caballero, que aquí, entre nosotros, creo que tenía sorbido el seso, pidió que el cuadro fuera conservado en el museo en este mismo sitio que ahora ocupa, con la sola condición de que se le permitiera diariamente visitarlo. Agregó, además, que á su muerte lo legaría al establecimiento.

« Pero debo declararle que el retrato aquél traía desgracia y que el propio Capental había sido víctima del peligroso hechizo. Sin embargo, el extraño contrato fué aceptado y cumplido religiosamente. Capental venía todas las tardes al museo, sentábase frente al Van Dyck y permanecía en muda contemplación frente á esa dama, que al fin y al cabo no creo sea para tanto. La cosa duró mucho tiempo, y aquel buen señor no olvidó un solo día su visita. Después de todo, era una manía inofensiva. Le aseguro á usted que á veces nos conmovía la ternura con que Capental miraba el retrato; pero, por lo general, habituados como estábamos á verlo en el museo, no nos preocupábamos de observarle. Todos aquí le llamábamos « el hechizado », y el nombre prosperó, pues ahora lo ha heredado el cuadro.

« Le confesaré que la expresión del Van Dyck alguna vez me ha preocupado más de lo conveniente, y que al principio, sobre todo, me era muy difícil permanecer en esta sala sin volver involuntariamente á cada instante los ojos hacia el retrato; pero, aparte de que creo que esas son niñerías ó nerviosidades, la costumbre de verlo á diario me lo ha hecho indiferente. Sin embargo, no me sería grato pasar una noche á solas con él.

« Como usted puede observar, la incómoda mirada de esa noble señora es implacable y no hay medio de evitarla. Dondequiera que usted se coloque, el retrato girará hacia usted los ojos, y puedo asegurarle que al cabo de algún tiempo de soportar esa mirada que acecha, usted se sentiría mal. Nuestro conservador, que tenía su pupitre en la sala del fondo del corredor,

tuvo que trasladarlo, pues cada vez que se abría la puerta se encontraba con la mirada del retrato fija sobre él.

« Además, y esto se lo digo á usted con algún temor, pues nunca hablamos de ello, desde que el cuadro ingresó en el museo pasaron aquí cosas muy raras. Gaskín, es verdad que Gaskín tenía 62 años, murió repentinamente en esta sala; Burget enfermó de melancolía y todos los compañeros padecimos durante algún tiempo un inexplicable azoramiento.

Aquí todos estuvimos algo hechizados por el retrato. Por otra parte, será coincidencia, pero la mañana que encontramos al Van Dyck caído en el suelo, nos trajeron la noticia de la muerte de Capental, producida esa noche en la fonda. Al levantar el cuadro para volver á colgarlo del muro, creo que á todos nos latía el corazón. Pero desde entonces, y hace ya varios años que pasaron estas historias, nada nos ha sucedido, ni nada tenemos que reprochar á esa tela, que es el orgullo de nuestra galería. »

Calló el cicerone, y yo, que me sentía invadido por un vago malestar, me alejé sin volverme, temeroso, á pesar de mi escepticismo, de experimentar la influencia del peligroso hechizo de Catalina Strozzi.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.





DON JULIO HERRERA Y REISSIG

† el día 18 de Marzo de 1910



De Julio Herrera y Reissig

Queremos honrar nuevamente la memoria del genial poeta, dando cabida á su último retrato, á dos sonetos inéditos, — que debieron aparecer en « Los Peregrinos de Piedra » último libro del malogrado joven, — y al juicio crítico de Pablo de Grecia, á propósito de la obra antedicha, que se inserta en este mismo libro.

PRIMAVERA

Con sus livianos trece años iba
Detrás mío, y crispándome de abrojos.
Su clara risa, entre sus labios rojos,
Triscaba como un chorro de agua viva...

De pronto, huraña — sin que hubiera enojos —
Tornóse hostil y á mi inquietud esquiva.
Se replegó como una sensitiva
Y un llanto de oro se agolpó en sus ojos.

• • • • • •

Fué brusco amor, fué pubertad, fué instinto,
Fué una perturbación de primaveras ?...
Vuelta al hogar, me pareció distinto

Su encanto y harto graves sus maneras,
Con un misterio nuevo en sus ojeras
Brumadas de un crepúsculo jacinto!...

• • •

EL GALARDÓN

A punto de apremiarla en mi embeleso,
Me sonreía como á un pobre amigo...
Y denigróme tanto, que del beso
De un rival insolente fuí testigo.

Ya derrotada, se franqueó conmigo,
Llorando al « otro » con instinto avieso...
Y yo, siempre á su sombra á pesar de eso,
Fiel como un perro, y como un vil mendigo!

Fugaron tristes años... Cierto día
La ingrata iba á partir. El mar gemía...
— « Perdón! » — clamó de pronto, — « antes que huya. »

— « Te amo, te adoro, » — en actitud de loca,
Con un gran gesto, prosiguió; « soy tuya! »
Y sollozando se volcó en mi boca!...

Julio HERRERA Y REISSIG.



¿Para qué?

(Á mi amigo don Ricardo Sánchez)

¡Versos! y para ti, dulce Ricardo,
para ti, que ambicionas
la recompensa mísera del bardo:
lágrimas y coronas!

Y en horas de amargura,
sin luz, ni poesía,
¿tú quieres traducir lo que murmura
el son del arpa mía!...

Déjala muda y quieta,
virgen de mis amores, olvidada
en esos horizontes de poeta,
en ese rosicler sin alborada;

en esos juveniles devaneos
y mundos de ilusiones,
que ya no volverán con sus gorjeos,
que ya no volverán con sus canciones;

que ya no volarán en torno mío,
en la noche desierta,
cuando el ábrego frío
mis ateridos párpados despierta...

¡Ay del alga dormida
y por el ancho piélago llevada,
como llevan los mares de la vida
los cánticos del alma enamorada!

¡Ay de las arpas mudas!
¡Ay de los lirios yertos,
de las selvas desnudas,
de los campos lejanos y desiertos!...

¡Y el alma no envejece...
y el corazón latiendo apresurado,
que revive parece
al evocar los sueños del pasado!

¡Oh! inefable deseo,
numen y luz de la esperanza humana
que inspiras mis canciones y que veo
surgir, con el albor de la mañana,

poblado de promesas
como el beso furtivo, de ternuras;
como las sombras de la selva espesas
de aromas y verduras...

¡Bendito seas, postrimer consuelo!
Si en torno de las noches de agonía
brilla esa luz en el oscuro cielo,
es el fulgor de la esperanza mía.

Es nívea como el nardo,
es agua cristalina en el desierto,
es la estrella del bardo,
cuyos matices pálidos no han muerto.

Soñar quiero con ella, en la tristeza
mortal en que me abraso,
sintiendo la calor de su tibieza
al inundar mi sombra en el ocaso.

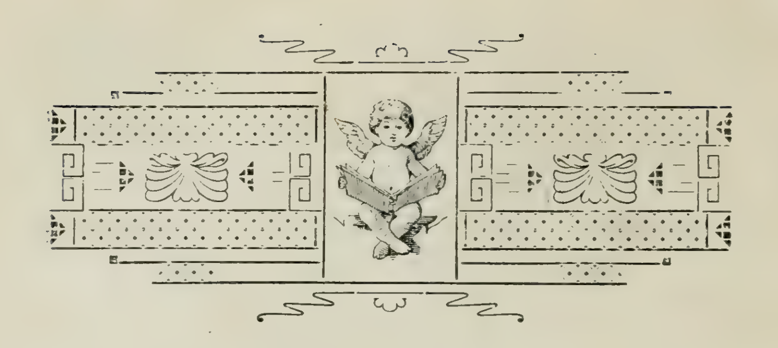
Morir, mirando al cielo,
sin brumas ni celajes;
morir con la ilusión, con el anhelo
de descubrir incógnitos paisajes...

En horas de dolor y de amargura,
sin luz, ni poesía,
mírala dulce y pura
brillando en la memoria todavía.

Joaquín de SALTERAIN.

1908. (Inédita.)





La prueba del jardín

Mauricio Maeterlinck, en el prólogo de unos «Cuentos y leyendas» de su amigo Jorge Maurevert, asegura la bondad del libro por haberlo sometido á la «prueba del jardín». Esta prueba consiste en leer á pleno sol y en pleno aire; «á la implacable luz de una espléndida primavera,» dice M. Maeterlinck. Y añade: «Esta prueba es siempre decisiva para un libro, y muchas veces más dolorosa y desconcertadora que las pruebas del agua y del fuego de los antiguos torturadores. Pocos libros la resisten, y yo no me atrevo á someter á ella más que los versos ó la prosa que desde las primeras líneas me han inspirado confianza. ¿Para qué hacer padecer á un buen libro que, aun con no ser muy bueno, es siempre una obra de buena voluntad?» ¡Ah, y qué bien dice M. Maeterlinck! La prueba del jardín es terrible. ¿Ha probado M. Mae-

terlinck con sus obras? Yo sí: con su «Aglavanne» y «Selysette». Y el jardín no era un jardín urbanamente cultivado: era un jardín rústico, rodeado de un campo de trabajo y de pena. La prueba se agravaba. Como en una Exposición de pinturas basta la proximidad de una planta cualquiera para destruir el efecto del paisaje mejor pintado, pocas obras literarias resisten el contacto directo con la Naturaleza. Son obras cerebrales y necesitan ir de cerebro á cerebro, sin airearse al pasar, como plantas delicadas de invernadero. Libros que en la ciudad, en aquella vida artificiosa, parecen la misma vida, en el campo no son más que flores de trapo. ¡La vida es tan sencilla! Lo que ella pone es lo que no envejece nunca en la obra de arte... Lo demás... es literatura, como dijo Verlaine. Yo no aconsejaría á M. Maeterlinck que sometiera sus obras á la prueba del jardín, excelente para las obras de los amigos.

JACINTO BENAVENTE.

* * *

Una dama sentimental se enternece ante un cuadro que representa á Cupido, que, á más de la venda, tiende la mano como pidiendo algo; y le dice á una amiga:

—¡Pobrecito! ¡Reducido á pedir limosna!...

—Es claro. ¿No ves que han dado en la gracia de decir que el amor sin dinero es comida sin sal?



¡Patroncito enfermo!

—¡Una taba cargada no tiene más suerte qu' este animal de Polidoro!

—Y más haragán que un gato mimoso. Llenar la panza y echarse á dormir, es lo único que hace, porque hasta pa hablar tiene pereza ese cristiano.

—No es verdá: ¿dónde dejás su mancarrón? Pa cuidar su matungo no le pesa el mondongo...

—Cierto. Pero ¿pa qué lo cuida?... Ni dentra en ninguna penca, ni lo empriesta pa que otros dentren, ni lo luce en nada: sólo lo monta pa dar una güeltita por el campo, al tranco, cuando ha bajao el sol. ¡Indio sinvergüenza!...

—¡Así está, hinchao como una chinche!

* * *

Esta conversación se repetía todos los días, diez veces al día, entre los peones de la estancia Grande. Todos odiaban y envidiaban á Polidoro; y, sin embargo, nadie, ni el mismo patrón, se atrevían á increparlo por su holgazanería. Polidoro era sagrado. Polidoro no sufría los fríos de las madrugadas de «recogidas», ni las fatigas de las hierras, ni el tormento de las tropeadas. Á montear no iba nunca; á alambrar, tampoco; en la esquila comía pasteles, tomaba mate y jugaba al *güeso*. En cuanto á trabajo... ni comedirse á alcanzar una manea.

¿Que quién era Polidoro?... Un gaucho aindiado, petiso, retacón, casi lampiño. No era peón de la estancia, pero vivía allí, allí comía, allí dormía y allí le daban todo el dinero que necesitaba para sus vicios. ¿Quién se lo daba?... «Patroncito», el tirano.

Polidoro era el amigo, el primado de Patroncito. Toda su vida se consagraba á cuidar su bayo, su bayo amarillo como si fuese de oro puro, y á complacer al pequeño déspota. Polidoro hacía facones de palo, caballitos de cartón y muñecos de guampa pa Patroncito. Y éste, cada vez que se amasaba, elegía el mejor pan y la torta más linda para su amigo.

En las «paradas de rodeo», Polidoro no podía trabajar, pues que llevaba por delante á Patroncito; en el esquileo no podía trabajar porque, mientras tomaba mate, tenía á Patroncito sentado en una de sus piernas, exigiéndole cuentos, tironeándole la melena, golpeándole sin cesar con sus patitas inquietas. A veces pegaba ex profeso en el mate, para que el gaucho se quemase los dedos y se hiciera el furioso: entonces reía y palmoteaba hasta enfermarse. De pronto sal-

taba de las rodillas, penetraba brincando en la «cancha», pedía una «lata» á un esquilador, otra á otro, y á otro, y regresaba con un puñado de pasteles y bizcochos que repartía alegremente con su favorito.

Polidoro salía al campo todos los días y en ninguno regresaba sin una nidada de perdiz ó de terutero, ó algún pichón vistoso, un patito implume, un principio de nutria, un «charabón» ridículo ó un airoso cervatillo. Dádiva por dádiva, se entendían siempre. Polidoro, que no soportaba nada á nadie, le soportaba todo al mocoso. Polidoro adoraba la siesta. Tirarse sobre unos cojinillos, á la sombra de la enramada, en las caliginosas tardes estivales, panza arriba, la boca abierta desafiando al «mosquerío»... ¡lindo al igual de un jarro de apoyo de vaca con ternero grande!... Polidoro y Patroncito se acostaban juntos á dormir la siesta y el pequeño saltaba, cosquilleaba, tironeaba los cabellos del hombretón, le metía los dedos en los ojos, le soplaba en los oídos, le escarbaba en las narices con una pajita, y reía, reía hasta que su cabecita rubia caía rendida, mezclándose los pelos cerdudos del gaucho, los pelos dorados del chico y las lanas sedosas del cojinillo.

* * *

Una mañana, Patroncito amaneció muy enfermo. Boca arriba en su lecho, ardiendo en fiebre, muy tristes los ojitos azules, entreabierta la boca en respiración anhelante, sufría, sufría el pobrecito. A un lado de la cama estaba el padre; del otro lado, el perro *Talevar*,

sus mejores amigos. Por la pieza, varias personas afligidas. El padre dijo mirando al capataz:

—Hay que ir á buscar un médico al pueblo.

—¡Yo!—respondió simplemente Polidoro.

Patroncito, con una mirada llena de cariño, le tendió su manecita pálida y ardiente.

—Ensillá mi malacara parejero,—indicó el patrón.

—Mi bayo,—respondió con sequedad el gaucho.

En cinco minutos el bayo estuvo ensillado. Polidoro le palmeó el cogote diciéndole:

—¡Patroncito enfermo!...—y la bestia enarcó el cuello y sacudió la melena de oro como contestando:

—¡Comprendido!

Cinco minutos después, ya no se veían de las casas el caballo y su jinete. Quince leguas se estiraban de la estancia al pueblo; treinta leguas á galopar en el día, en un día abrasador de verano, en un flete «sin rebajar».—¡No importa! ¡Patroncito enfermo!—decía el gaucho; y el bayo, como si comprendiese, clavaba la uña, se estiraba, volaba, sudando por todos los poros y resoplando fuerte. «Pa las ocasiones son los amigos: ayudame aura, bayito; agradeceme aura el maiz y l'alfalfa que t'he dao: ¡Patroncito enfermo!»—decía Polidoro dialogando con su pingo. ¡No hay cuidao!—parecía contestar en sus testereos el bayo, el perezoso bayo que jamás salía del tranco y que ahora, gacha la cabeza, «escarceando abajo», se iba, se iba en frenético galope. La espuela y el rebenque no tenían nada que hacer...

* * *

En tanto, en la estancia, la gente desesperaba ante la rápida marcha del mal. La difteria trataba de estrangular al pequeño enfermo antes de que su amigo llegara con el remedio salvador. El padre consultaba frecuentemente el reloj: —«A esta hora —murmuraba— estará por «el Sauce».—Más tarde: —‹Ahora irá pasando «los Talas .—Luego:—‹Ya irá llegando al pueblo!»...

El enfermito seguía muy mal, muy mal. Todos rodeaban su camita y el padre exclamaba lagrimeando:

—¡No llegará á tiempo Polidoro!... ¡Ahora estará saliendo del pueblo!...

Sintióse en eso un tropel afuera. Un chico corrió gritando:

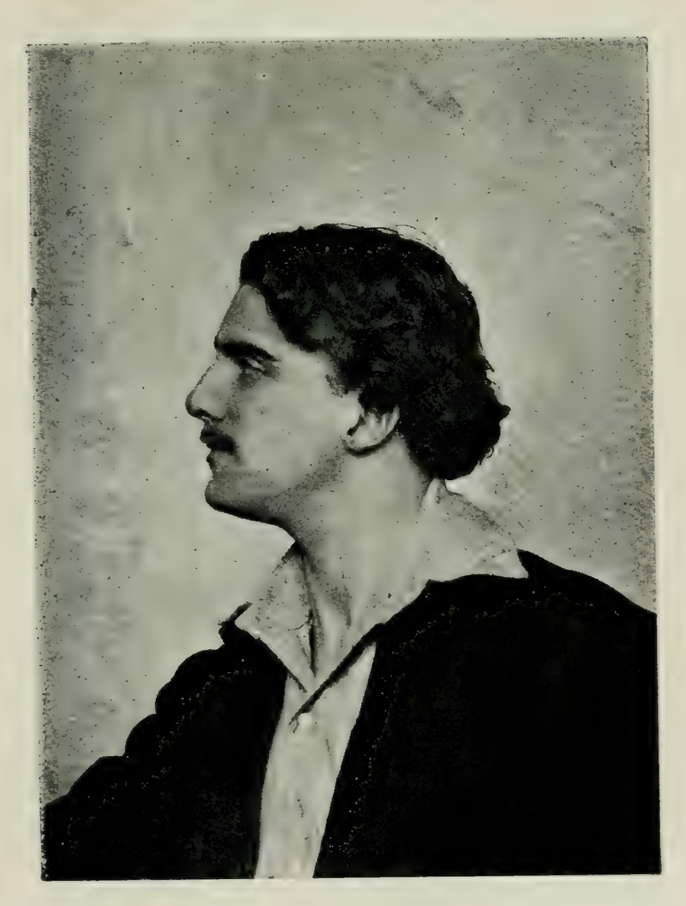
—«¡Polidoro!... ¡Patrón, ahí viene Polidoro!»

Todos salieron al patio y apenas tuvieron tiempo de ver en una nube de polvo un grupo épico. Sofrenado junto á la puerta, el bayo se desplomó muerto. Polidoro, radioso, sublime de amor y de triunfo, tendió los remedios que llevaba en la diestra, dió dos ó tres pasos tambaleantes y cayó, juntando su cabeza negra, su faz amoratada, con la dorada cabeza sin vida de su caballo.

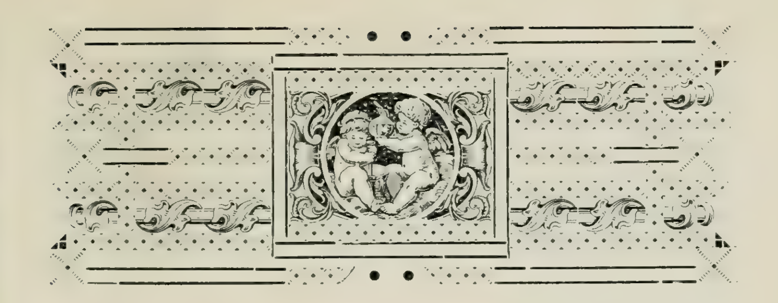
—¡Patroncito enfermo!—murmuró como si soñara.

JAVIER DE VIANA





AURELIO DEL HEBRÓN



Página suelta

El hombre contemporáneo es un hijo de la Paradoja.

El pensamiento acepta ya, no la armonía de los contrarios, como se dedujera de la filosofía Kantiana en sus continuadores hasta culminar en Hegel, sino la propia unidad de las oposiciones.

Los viejos antagonismos fundamentales de Bien y Mal, Dolor y Placer, Belleza y Fealdad, etc., han desaparecido.

En la conciencia del hombre actual se va formando, después del caos romántico que siguió á la muerte del cristianismo, el concepto de la identidad de los postulados, no sólo como una deducción del análisis científico, sino también, y sobre todo, por reacción del *espíritu práctico*, ó en mejores términos, del *sentido de la realidad*, sobre la dogmática teorización de las escuelas

históricas, contrapuestas á las necesidades morales de la época.

Los clásicos antagonismos, con toda su interminable serie de conflictos de lógica, tienden, pues, á representarse en nuestra conciencia bajo la forma geométrica del círculo; toda negación vuelve así á un punto de partida.

Hemos creado, sí, una lógica de la contradicción, una verdadera lógica de lo absurdo, si queréis.

Hijos de paradojas somos y padres de paradojas; por nuestra gestación procreativa se está elaborando ya en el vientre de las madres que no han nacido todavía.

Espectáculo magno éste, sé que haría pensar á un sabio antiguo que el fin del mundo se acercaba, pero que es en realidad el comienzo de un mundo nuevo...

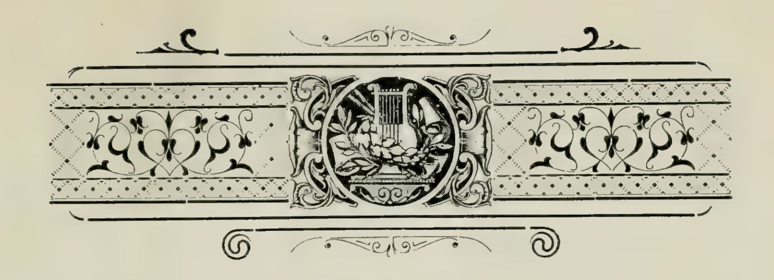
¡Gloria á ti, Leonardo da Vinci, que fuiste el único hombre que pudo, á través de cuatro siglos, ver la tragicomedia que los hombres de hoy representamos!

¿Por eso —¡oh Precursor!— han desfilado tantas generaciones pensativas frente á la indefinible sonrisa de tu Gioconda?

. . . .

Aurelio del HEBRÓN.





Primavera

Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños;
tú que repones y reverdeces las hojas secas;
tú que redimes de las escarchas de los otoños,
cuando del árbol penden, marchitas, las ramas huecas;

Tú, que devuelves y vigorizas las perfumadas
lumbres del iris, sobre los viejos cálices muertos,
y cuando asoman en el Oriente las alboradas
yergues las hojas de los pimpollos recién abiertos;

Tú, que serenas las aguas claras, como cristales,
de los arroyos, y las corrientes de las barrancas,
y luego tuerces las ramas duras en los sauzales
para que besen con más donaire las ondas blancas;

Y desparramas el rubio trigo junto al tejado
donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
y se lo ofreces á las torcazas seco y dorado
para que tejan el dulce nido de sus amores;

Tú, que en las tardes haces que crucen las rumorosas
brisas serenas junto á las dalias mustias y ajadas,
y desparramas tibio perfume sobre las rosas
para que duerman las mariposas tornasoladas;

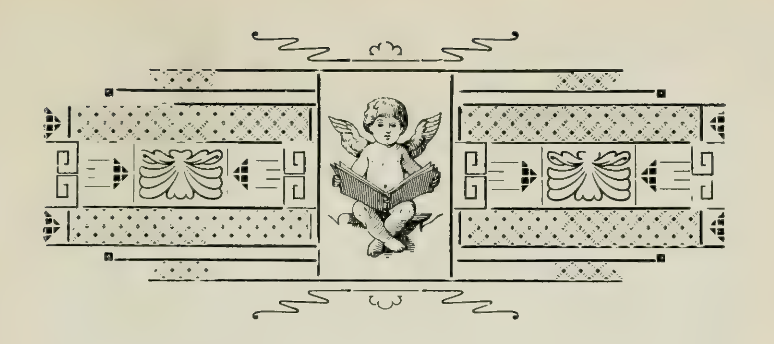
Y das efluvios para las auras crepusculares,
y mientras viertes el rico pomo de tus colores
llenas de savia las flores rojas de los corales,
donde aleteando beben su néctar los picaflores;

Tú, que coloras en las lucientes horas tempranas
los arco-iris, las nubes blancas y purpurinas,
cuando en el cielo resplandeciente de las mañanas
revolotean pardas bandadas de golondrinas;

Y con susurros de brisas, dulces como aleteos,
despiertas aves en las nocturnas horas calladas
para que suelten las melodías de sus gorjeos
entre el silencio de las florestas embalsamadas;

Tú, con la lumbre de tus alegres albores rojos,
con tus reflejos y la riqueza de tus colores,
no eres tan bella ni brillas tanto como los ojos
donde florece la primavera de mis amores!

María Eugenia VAZ FERREIRA.



Nevando

Aquí dentro, fuego; ahí fuera, nieve... Así eres tú, como dijo aquel poeta que te quiso.

Fuego como éste, calor de hogar, manso, no enervante como el del sol de estío, que ata el ingenio y detiene la fantasía, y entraña al par los movimientos del cuerpo y del pensamiento; fuego tranquilo del que no hay que temer que suba á incendio; fuego alimentado de excelsas materias, de troncos generosos que un día tuvieron flores, y cuando ya no las tienen, privados de alegrarnos con ellas los ojos, se dan en pasto á la llama para volver á ser útiles y prestarnos abrigo y consuelo...

Tal hubiera sido tu gran amor, estoy seguro. Primero, flores; luego, luz y calor...

¡Si la vieras esta noche, qué bonita, tú, á quien tanto gusta la nieve!

¡Si pudiera yo verla contigo, yo, á quien tanto gustas tú!

Ha caído de repente y durará un momento.

No es la nieve frecuente encanto de estos climas, como en el mundo son raras las muchachas como tú.

Aparece siempre á nuestros ojos como espectáculo nunca visto, y viene á herir toda nuestra fantasía con la intensidad y la fuerza de un pensamiento nuevo.

Así, á través de uno y otro dolor verdadero y de una y otra ficticia aventura, viene, blanca como la nieve, tu memoria, á llenar de poético y triste encanto el pensamiento. Baja sobre él mansamente, como bajan sobre el agostado jardín esos copos y le van formando esta blanca vestidura, que, con ser tan fría, parece que ha de abrigarle y protegerle.

Como es tan raro que nieve, hasta la luna, esta esquiva de quien apenas conservamos memoria, se ha dignado salir á verla.

Yo la he saludado con la misma alegría que á tí, cuando, pasado un luto, apareces en una fiesta, y pensando en tí me he puesto á contemplar el maravilloso espectáculo de sus reflejos sobre la nieve.

¡Qué luz tan melancólica, tan hermosa! ¡Qué musa! La nieve, que es triste, parece sonreir ante las caricias del astro, como se sonríe tu rostro pálido al sentir sobre sí la luz de unos ojos.

¡Si pudieras verlo, tú, á quien tanto gusta la nieve!

Durará un momento, pero la impresión de esta delicada belleza de la nieve vivirá aún largo rato en mis ojos, como en mi memoria la de tu hermosura,

con que me alumbro en las tinieblas y obscuridades de la vida.

A mí me gusta la nieve, porque te gusta á tí, y á tí te gusta porque es blanca.

Y repara que quizá no he dicho una simpleza.

Blancos son tus pensamientos, y tus sueños, y tu alma, y tu rostro, y blanco tiene que ser todo lo que te guste, y por ser blanco es por lo que tiene que gustarte, porque todo lo blanco es la pureza, lo inmaculado, no lo vulgar, y tú no puedes encontrar bello nada que no sea así.

En el jardín del mundo, del que sois vosotras las flores, — y nosotros pudiéramos ser los árboles, quién el fuerte roble, quién el laurel glorioso, quién, ¡ay! el ciprés tristísimo, — las hay de todos colores y aspectos. Prefiere uno los claveles porque son alegres; otros los encuentran vulgares y eligen la rosa de te, por lo triste, por lo aristocrática; hay quien escoge los pensamientos por lo que significan, y porque no se pagan de exteriores encantos.

Pues bien: en ese jardín, tú eres la rosa blanca, la que todos admiran aun sin atreverse á aspirar á ella, la que no se discute, la que no admite comparaciones ni rivalidades.

El blanco es la suma de todos los colores, de todas las bellezas de la vista, por lo tanto.

La pureza, que es blanca entre los matices del espíritu, es la suma de todas las virtudes, de todos los afectos tiernos y generosos...

Vistas á través de tu alma, la vida y la naturaleza humana se transfiguran y enbellecen; bajo ella ocultan sus asperezas la una, su flaqueza y su miseria la otra.

En lo cual eres todavía igual que la nieve, que cubre con una inmaculada alfombra el lodo y el sucio aspecto de la calle ó del camino.

Celestemente hermosa sois tú y la nieve.

Parecen estos copos pétalos de rosas blancas que alguien se entretiene en deshojar desde arriba...

Diríase que ibas tú á pasar por debajo.

Y eso parece tu rostro, no blanco, sino nevado.

Pálido, no por falta de color, sino por sobra de blancura... ¡Hermosas sois tú y la nieve!

¿Por qué va á ti mi pensamiento siempre que veo nevar? También es blanco el sol y no se te parece, sin embargo.

¿Será que son tristes la nieve y tu recuerdo?

Ello es que, de tal modo os asocio yo en mi mente, que no parece sino que eres tú la que nievas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

* * *

Un soldado que había perdido al juego todo su dinero, fué á ver á uno de sus camaradas con el fin de pedirle algo para desquitarse. Cuando llegó, lo encontró en la cama.

—¡Qué! ¿duermes? le dijo.

—No. ¿Qué se ofrece? contestó el otro.

—Quisiera que me prestases cuatro ó seis reales para ver de tomar la revancha.

—Ahora estoy durmiendo.



SEÑORITA HERMINIA SIERRA DE LOS SANTOS



Ollantay

Pálida y melancólica, cual viajera misteriosa del infinito, la Luna plena baña con su luz triste y lejana á la Tierra silente; duerme la ciudad, duerme el vasallo soñando con la obediencia y la sumisión: él no sabe del romper de las cadenas, no conoce los salmos benditos de la Libertad; duerme el Inca feliz con su poderío, soñando con la gloria de nuevas conquistas... y se suceden tristes y silenciosas las casas blancas é iguales de los habitantes de la ciudad, é interrumpiendo la monotonía melancólica se alza aquí y allá un palacio, amplio, bajo, blanco todo, triste en su sencillez, sin cúpulas ni cornisas, sin columnas ni capiteles, prolongándose en extensos jardines de plantas raras y exóticas, de flores policromas de misteriosos perfumes... En el centro de la ciudad, en la gran plaza de Cuzco,

severo y triste se alza el Coricancha, el templo del Sol; su aspecto exterior es semejante al de los otros palacios: de forma rectangular, construído con grandes piedras talladas, sin un adorno ni saliente que interrumpa la ligera inclinación de sus paredes hacia adentro; interiormente es sencillamente regio: innumerables tesoros han sido acumulados en él, incrustaciones de oro, plata y pedrerías en sus paredes, extrañas pinturas de colores muy vivos, y diseminadas por todo el recinto, estatuas pesadas, deformes; en el fondo del templo, el símbolo de la divinidad, una figura humana aureolada por infinitos rayos de oro y plata; detrás del altar, en un espacio semicircular y en ricos sarcófagos, las momias regias de los Incas y las Coyas; delante arde el fuego sagrado, maderas olorosas arrancadas de los bosques seculares que pueblan los campos del Sol se incineran en él constantemente: una sacerdotisa del Monasterio de Cuzco cuida de mantenerlo encendido.

Esa noche vela Ollantay, la virgen rubia de ojos azules como la Mama Oello de la tradición quichua, blonda como Tetís emergiendo de las ondas espumosas grácil y ligera como la niebla; tiene en su mirada lánguida el misterio de los lagos tranquilos; su andar es rítmico como el vaivén de las olas azules; su voz es suave como el murmullo de las hojas en la selva: es una flor exótica allí; fué traída de un pueblo del Norte, donde á su vez era extranjera también; su origen ella misma no lo conoce bien: algunos vagos recuerdos de su infancia es todo lo que sabe de su pasado; había vivido en un pueblo más lejano aún, habitado por hombres blancos como ella; luego recordaba los horrores

de una matanza, ella llevada cautiva á través de bosques sombríos, de terrenos pantanosos, sufriendo todas las inclemencias del clima tropical, resistiendo á los elementos que parecían conjurarse contra ella y la turba de asaltantes, hasta abrirse paso más allá de las montañas, para llegar á aquel pueblo salvaje donde había crecido mimada y querida por aquellos bárbaros que casi la endiosaban.

Un día traspasó las fronteras de aquel pueblo un poderoso ejército; raras y vistosas vestiduras cubrían á sus soldados, en cuyos pechos se ostentaban brillantes escudos de bronce y cuyas cabezas relucían al Sol cubiertas con pesados cascos de metal; flexibles arcos, espadas, traidores lazos de mallas, rodelas, eran sus armas ofensivas; aquel ejército venía en son de conquista: el derecho de gentes era para aquel invasor un mito y casi un deber violarlo.

Los invasores eran los más fuertes; vencieron, pero trataron con dulzura á los vencidos: los llevaron cautivos al vasto y poderoso Imperio de las cuatro regiones: Tavantisuyo, gobernado por la dinastía secular de los Incas.

Húascar, el presunto heredero del trono, había sido el vencedor; llevó los cautivos hasta la ciudad de Cuzco, capital del Imperio, depositó sus ídolos en el Coricancha, los instruyó en las leyes y en la religión del país, para que pasasen á ser vasallos del Inca y adeptos del Sol.

Ollantay fué cautiva también; su extraordinaria hermosura hizo que se la destinara al Monasterio de Cuzco, sólo accesible á las vírgenes de estirpe real, y allí está esa noche... En calidad de sacerdotisa y esposa del Sol vela en el templo solitario abierto hacia el

• • • • • •

Levante; los ruidos misteriosos de la noche van á perderse en los ángulos del templo y el chasquido de las aves nocturnas, al hender los aires, resuena lúgubre y triste... Siniestro es el resplandor rojizo de la hoguera; pavura de muerte infunden las momias en sus sarcófagos. La doncella no teme: temple de acero en alma de niña, no tiembla, medita, y una imagen surge del montón de sus recuerdos, nítida y querida cual ninguna, para enfocarse en un estado de conciencia que inhibe á todos los demás: la de Húascar, Húascar el invicto vencedor, apuesto y bello como un dios; cautiva, le había hablado un idioma armonioso y lleno de cadencias que ella no conocía entonces, y la había envuelto en la mirada de fuego de unos ojos apasionados é inquietos como las olas del mar Caribe; después no lo había visto más: sólo el Inca traspasaba el umbral del Monasterio; lo había sospechado en las fiestas de Raimi formando en el cortejo regio, pero la esposa del Sol no había levantado los ojos al encender el fuego sagrado, privilegio que se le concedía por su hermosura incomparable, y sin embargo se había sentido envuelta en la mirada de fuego de unos ojos apasionados é inquietos como las olas del mar Caribe...

. . . .

Con paso lento y temeroso, Húascar avanza; su silueta se retrata vagamente en la losa de los pisos; riquísimo manto color de púrpura le cae desde los hombros; un llanto de oro, del que arrancan plumas de aves misteriosas, ciñe su pálida y altiva frente, contribuyendo á dar más majestad, más realeza á su persona.

—¡Ollantay! ¡Ollantay! llama.

—¡Húascar! responde la virgen con terror. ¿A qué vienes? ¿No sabes que la muerte me espera si te amo?

—Húascar, el que ha ganado más batallas que veces ha pasado el Sol sobre este Templo, el que nunca fué vencido, él te defenderá!

—Huye, Húascar; déjame. ¡Si amarte es sacrilegio!

—Huyamos los dos; dentro de tres días se celebrarán los matrimonios en todo Tavantisuyo; en el último rincón del Imperio de mi padre, un señor de la parcialidad unirá nuestras manos y nuestros destinos; y luego huyamos más lejos á fundar un Imperio que sea el de la Igualdad, donde no sea sacrilegio amarnos, donde se levante también el Sol, que es la Vida, pero que no tenga aras, ni templos, ni sacerdotisas que expíen con la muerte el delito de amar; vámonos muy lejos, más allá del desierto, donde habita un pueblo libre que los ejércitos de muchos Incas no han podido someter: allí fundaremos nuestro Imperio, donde no habrá más nobleza que la que otorguen la virtud y el valor; allí no hay grandes bosques ni hermosos pájaros, pero hay altas montañas en cuyos picachos blancos anidan las aves de las alturas... Ése será nuestro Imperio: Imperio de Igualdad, de Libertad, de Amor...

. . . .

Se apagó el fuego sagrado y las tinieblas invadieron el Templo. ¡Se había roto el encanto religioso y surgía el encanto del Amor!

HERMINIA SIERRA DE LOS SANTOS.

Invierno de 1911.





Tarde gris

De « La Epopeya de la Vida »
(Libro próximo á aparecer.)

¿Has visto el alma de las tardes grises?
Mi espíritu es así; lo cubre un velo
de la niebla ibseniana. ¡Oh, los países
de bruma eterna y aplomado cielo!

—

La lluvia era de lágrimas brumales;
y aquesa estrofa de mi vida, innata,
languideció. Y había en los cristales
como una inmensa lámina de plata.

Arpegios de un laúd hondo y lejano
fingía el eco de tus frases quedas;
y tus decires ebrios de lo arcano,
y tus ojos de glaucios y resedas,

las voluptuosidades me decían
de ardorosas princesas orientales;
y tus labios... tus labios en que ardían
ansias de amor, me hablaban madrigales,

¡madrigales de miel! ¡Cómo tus besos
olas de fuego son, cuando palpita
tu corazón que sabe los excesos
de Salomé, de Safo y Afrodita!

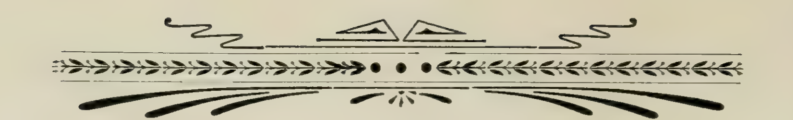
. . . .
. . . .

Cesó la lluvia, y alumbrando ideales,
como el disco de un sol que se levanta,
mi pensamiento profanó tus chales
y el boa que ceñía tu garganta;

y te miré desnuda, bajo el manto
de la tarde arrullada por la esquila;
y medité, palideciendo en tanto:
¡Oh, tu gracia desnuda, hace el encanto
de mi pagana, erótica pupila!

PÉREZ Y CURIS.





La dulce Marta espera...

La dulce Marta espera... Ya los tristes violines
preludian de su otoño la sonata doliente,
y aún la hermética rosa de su sexo á la riente
claridad del amor no ofrendó sus carmines.

Todas las tardes veo su faz muda y ferviente
detrás de los cristales, y experimento afines
angustias por su vida que esterilizan ruines
esclavitudes; ¡alma desolada y silente!

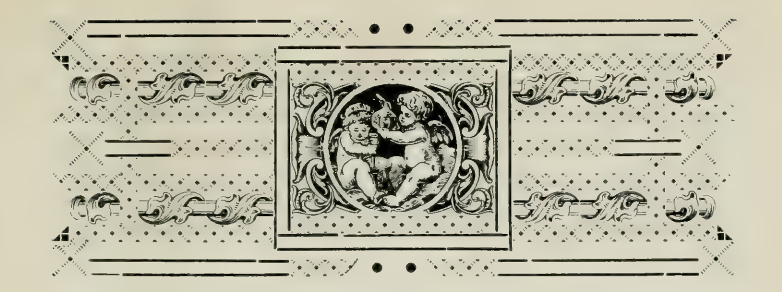
Detrás de los cristales la dulce Marta espera.
Lentamente la tarde cae sobre su quimera;
pasan los transeuntes distraídos y huraños...

Una calma infinita se adormece en la estancia.
Parece que la vida se pierde en la distancia.
La dulce Marta siente gemir sus treinta años.

AURELIO DEL HEBRÓN.



Doctor Dardo P. Regules



Párrafos de un discurso

(Pronunciado en la tumba de Artigas
el 23 de Septiembre de 1910.)

Señores:

Quiero salvar de vuestras previsiones la idea de que yo deba pronunciar un discurso. Después de las notas que acabáis de oir, no habría interés en hacerlo. Tengo sólo que deciros una frase de despedida, y á fe que cumpliría con mi deber si, reduciéndome á cuatro palabras, me decidiera, por la fórmula de protocolo: Queda clausurado el acto.

Sin embargo, desde esta altura se ven horizontes muy amplios. Ante vuestra vista ha pasado ya la vieja epopeya con su corona de hierro y su relieve de astro. Ya el viejo abuelo ha cruzado las cuchillas desiertas, y en la tertulia campesina se ha contado, con ingenuidad heroica, el esfuerzo de la nueva raza; ya las multitudes han rezado su primera oración de gloria en la mañana augural de las Piedras; ya se han sentido los

largos días de silencio y las penosas noches sin luna, en el campamento abandonado del Ayuí; y ya el gran abuelo se ha marchado solo, señalando el camino de los crepúsculos gloriosos, patriarca reinante de nuestra primer leyenda y víctima propiciatoria de nuestra primer derrota!

. . . .

Por eso, señores, hemos hecho bien en reunirnos todos alrededor de esta tumba, y ha sido una hermosa inspiración la del señor Inspector Nacional, al hacer desfilar los niños, traídos para suavizar, en esta hora de homenaje, el amargo simbolismo de los cipreses, pensando que en la rotación necesaria de las cosas, al lado de los sembradores, vencidos quizá por la rebeldía irreductible del surco, está la nueva vida, el nuevo rumbo, el nuevo ideal, publicando la primavera inextinguible de la raza!

. . . .

Nada habríamos hecho, señores, si al acercarnos á este sepulcro no hiciéramos sino poetizar elogiosamente la figura del Prócer, ni saldaríamos con esto la deuda de glorificación que tenemos contraída. El verdadero homenaje, señores, no es quizá el que traemos á este sepulcro, sino el que nos llevamos de él. Y pues tanta vida nueva se agrupa en su torno, pensemos que tan alto como el mérito de la epopeya, está el mérito del ejemplo histórico. Vamos á llevar de aquí una gran palabra de unión en la historia y en el ideal. Felices ó desgraciados, en el éxito ó en la derrota, que haya siempre genios comunes que nos identifiquen y nos vinculen por la virtud de los afectos cordiales. Y yo estoy seguro, señores, de que la semilla arrojada á tantas almas en primavera, ansiosas de lucha y románticas

de idealidad, ha de florecer mañana, cuando en el debate de los intereses en conflicto, se suavice la herida abierta por el choque, pensando que hay en todo vencido un ideal en derrota, y en toda mano que se tienda, la seguridad inquebrantable de salvar un hermano!

Pues bien, señores: llevemos esta enseñanza para reconocernos en la lucha y en el ideal. La palabra de fraternidad que hemos pronunciado juntos, evocará las pasadas leyendas y los futuros anhelos, si un día la expansión de las aspiraciones ó el conflicto de los intereses nos llega á hacer mirar cara á cara. Y al triunfar la hora de los abrazos cordiales, pensemos que por encima del minuto que pasa y del fervor ocasional que nos atrae, una doble fraternidad nos vincula: la fraternidad del pasado, que está en la raza; y la fraternidad del porvenir, que está en las estrellas!

DARDO P. REGULES.



La campana

(Poema)

Es como una buena viejecita
que me habla entre sueños,
contando muy suaves tristezas antiguas,
que dentro la iglesia las guarda el silencio.
Es la campana de la pequeña iglesia;
su voz llega á mi alma como caricia intensa.

Y es una vida que canta;
y es un cerebro que piensa;
y es un mundo que se duerme
mientras ella le conversa.
La escucho y pienso que la pobrecita,
desde su triste y antiguo campanario,
pronuncia un poema cual lento rosario,
con graves suspiros que en su garganta agita.
A veces, cuando habla, parece que reza;
sus beatíficas palabras son misterios
que á mi alma confiesa;
secretos que surgen del templo...
mientras que dentro las hermanas sueñan.

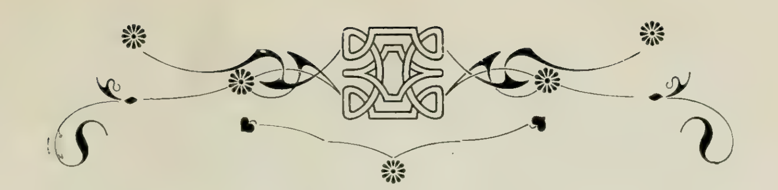
. . . .

Cuando su boca una palabra expresa,
yo me pregunto
y ella contesta;
yo soy preguntas
y ella respuestas...
Y es el conjunto de mis palabras,
que tras sus ecos se pierden, lentas.
Es la campana de la pequeña iglesia;
su voz llega á mi alma como caricia inmensa.
Y es una vida que canta;
y es un cerebro que piensa;
y es un mundo que se duerme...
y una anciana que conversa.

ANTONIO PÉREZ BARRADA.

Montevideo.

* * *



Los niños

Los niños son genios desconocidos.

ANATOLE FRANCE.

El encanto y la fascinación que hacen germinar en mi espíritu los niños de corta edad, es la delicia mayor de mi existencia. Una sola cosa en el mundo yo envidio: la paternidad. Cuando paso cerca de un buen padre que lleva á su hijo de la mano, una sonrisa que asoma á mis labios, denuncia todos mis sentimientos. Los niños, con esos ojitos móviles y á la vez misteriosos, llenan de alegría mi alma; y ese resplandor sería suficiente para hacerme amable y dulce la vida. Conozco de cerca, íntimamente, dos ó tres de ellos, vivaces y nerviosos, para quienes mi alma tiene un tesoro de inefables caricias. Esos niños poseen una atracción para mi ánimo tan poderosa é ingenua, que hay instantes, cuando los beso y los acaricio, en que olvido mis años, mis sinsabores, los cuales se esfuman al reflejo her-

moso de sus ojos tiernos. A veces, á solas con mis meditaciones, me pregunto entristecido: ¿por qué la dicha de experimentar las más hondas alegrías al contacto de la infancia, no es patrimonio de todos?... Me pregunto acongojado por qué el bien que hace á mí alma la niñez, no engarza con el mismo afecto todas las almas!

En mí pasa algo singular, cuando siento el corazón pletórico de ternuras, en presencia de tanta poesía é ingenuidad. En mí, produce una conmoción hondísima el beso de los labios tiernos de los niños; una alegría que recorre todas las fibras del corazón, sustrayendo asperezas.

Nunca he podido explicarme el influjo que en mi espíritu hace penetrar la niñez. Y más aún, si me refiero á algunos niños que he besado mil veces, porque éstos tienen el dominio de sus almas frágiles sobre mis intemperancias de hombre.

Yo comprendo por qué el espíritu de ese dulcísimo italiano que se llamó Edmundo D'Amicis, derramó su savia tierna y amantísima en la descripción de los caracteres incipientes. « Cuore » es la verdadera Biblia de la infancia, desde que ese libro de ternuras ha exprimido el alma de un niño, siempre lozana y diáfana, al perdurar, por los años, en el alma del adulto. No se podría escribir una sola línea sin confesar nuestra deuda al insigne literato.

Decía, hace un instante, que los niños son los diamantes más pulidos de las generaciones humanas. Esas almas transparentes cuando asoma la sonrisa y almas misteriosas en el lloro ó en un gesto desagradable, atraen y subyugan fuertemente. ¡Parece increíble que

almitas tan indescifrables gobiernen los corazones paternales, y lo que más maravilla es que, al encantar con sus alegrías, suavizan lo más áspero del fondo del ser! Los verdaderos espíritus que flotan en un ambiente de ternuras, son los de esos seres traviesos y nerviosos que se arraigan en el curso de toda la existencia. ¿Qué es la ternura del hombre sino rastros de la infancia? ¿Qué es la suavidad de un dolor moral, sino la ternura que guardamos de la niñez?...

Mi alma tiene cariños infinitos é indecibles por esas caritas que me conmueven; esos ojos bailoteantes que imprimen imágenes en mi retina y pureza en mi corazón; esos labios, ánforas de besos, que en el conjunto de todos los encantos del niño, me dominan y persuaden del mal. Los niños, ¡ah! tantas esperanzas, tantas dichas cifradas en esas cabecitas locas.

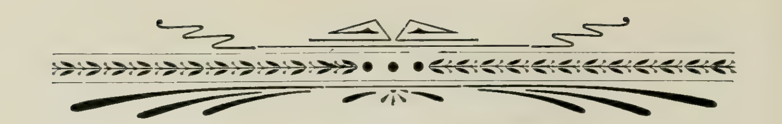
¡Ah! de la dicha de los padres que sienten como yo y como yo tienen estas ternuras para la niñez!

He dicho que mi única envidia en la existencia es al buen padre y, más todavía, al que sabe poner sobre los labios rojos besos de fuego. ¡Felices los que tienen para la infancia el humano respeto y la caricia tierna, porque ¡quién sabe de cuántas cabecitas enruladas, saldrán, mañana, espíritus augustos y almas para el bien, suntuosas!

¡Felices vosotros, niños de mis quereres, felices si tenéis la suerte de que os sepan educar para el Bien y la Belleza, los dos tesoros de este mundo!

¡Felices vosotros... y yo, al dejar en la página los besos de mis sentimientos distinguidos!

GERÓNIMO COLOMBO



Edad muerta

Caminante, ¿qué buscas en el huerto?
Sacude tus sandalias peregrinas
y prosigue... El jardín está desierto.
¿No ves el muro solariego en ruinas?

En las almenas de la torre, yerto
musgo senil arropan las neblinas,
y en el blasón de un abolengo muerto
enhebran su nidal las golondrinas.

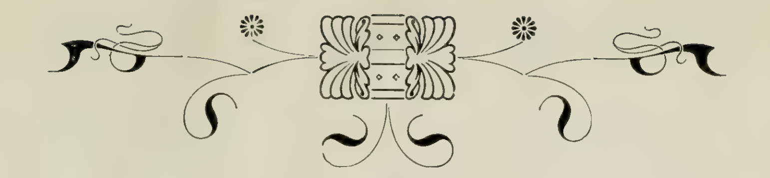
Caminante, ¿qué buscas en la senda?
Ya sólo queda mi empolvado escombro
como evocando la gentil contienda.

La antigua raza que pobló de asombro
la leyenda, se fué con la leyenda,
con su tizona y su armadura al hombro.

ISMAEL URDANETA.



Don Carlos María de Vallejo



Hidalga

Para el "Almanaque Ilustrado del Uruguay".

Para rimar mis versos castellanos,
yo me inspiro en los bardos provenzales,
y escudando mis fueros ideales,
no reclamo el elogio de villanos.

Yo no llamo á la chusma «mis hermanos»,
pues me lo impiden mis noblezas reales;
é igual que los troveros medioevales,
escribo madrigales cortesanos.

Yo tengo como biblia á Don Quijote;
desprecio al escritor follón y aleve,
y cual Don Luis de Góngora y Argote,

«he de seguir la senda de los raros;
que mendigar sufragios de la plebe
acarrea perjuicios harto caros.»

Retratos del solar

I

¿Veis esa ilustre dama, de tan fina cabeza,
que con ligeros bucles su palidez encanta,
la del collar de perlas grises en la garganta,
denunciando las líneas puras de su belleza;

en la que las pupilas azules, la tristeza
de haber amado mucho, con virtudes de santa,
reflejan en su llama, gesto altivo de Infanta,
y, por nuestros pecados, una plegaria reza?...

Pues, esa insigne y bella matrona de linaje,
á quien nobles señores rindieron vasallaje
(como era usanza antigua para el buen caballero),

cuya faz tiene el sello de la melancolía
y en su orgullo revela su blasón é hidalguía,
es mi Madre, ya muerta, y que tanto venero.



II

(Daguerrotipo de mi gran Bisabuelo.)

Tiene en su faz enjuta la altivez de una raza,
que allá en lejanas épocas de atrevidas conquistas
lanzaban á los mares las carabelas listas,
en pos de la aventura para ilustrar la Casa.

Fué de una estirpe heroica de marinos, no escasa
de ilustre mayorazgo con pulidos artistas,
que desde la empolvada libreria sus vistas,
en este suelo pródigo, diseñaron su traza.

De pie sobre la puente de la nao ligera,
revestido en la noble armadura severa
(fuerte rival de cruentos Corteses y Pizarros),

vino á estas costas indias, clavando en virgen tierra,
al son de la atambora, su estandarte de guerra,
de España, por el nombre de sus Reyes bizarros.



III

(Sor Esmeralda.)

Fué su vida un constante desengaño de amores,
que la faz le tornaron pensativa y doliente,
y sus manos muy blancas, melancólicamente,
se juntaban, acaso, como dos sinsabores.

Cual la Santa Teresa de Jesús sus dolores
comparaba en las horas devotas de su mente,
y ante la cruz de Cristo doblegaba la frente
como una pecadora, rendida en sus fervores.

Y en una tarde triste, cuando creció la angustia
de su alma atormentada, predestinada y mustia,
se refugió en un claustro para buscar consuelo...

Y así, Sor Esmeralda, pensativa y serena,
lleva en su faz marchita el sello de otra pena,
más honda y misteriosa, que da el amor del cielo.



El hidalgo pobre

Esclavo de su orgullo el noble hidalgo,
por ocultar su decadencia amarga,
sufre el dolor de su existencia larga,
acariciando el lomo de su galgo.

Posesionado de su ilustre cargo,
no ya á su brazo cúbrele la adarga,
porque á su pecho otro deber embarga,
en la intensa fatiga del letargo.

En el viejo solar de sus mayores
(sin dejar traslucir sus sinsabores),
se han cerrado las puertas blasonadas;

y manteniendo altivo su decoro,
quiere escudar el único tesoro
de sus grandezas nunca derrotadas.

(1) Del próximo libro "El alma de Don Quijote".



Los guantes

> Cayóse un escarpín de la derecha
> mano, que de la izquierda importa poco,
> á la señora Blanca, y amor loco
> á dos fidalgos disparó la flecha.
>
> (Lope de Vega.)

Aqueste suave par de guantes cremas,
estuche tibio de sus blancas manos,
son dos bellos heraldos cortesanos
que ensalman la tersura de sus yemas.

Fueron para mi amor tiernas zalemas,
á mi elogio sutil de besamanos,
cuando en nobles torneos castellanos
rimé en versos galantes sus poemas...

Su perfume de antiguas elegancias,
á mi espíritu inciensan de fragancias,
al animarlos con mis besos quedos

en el ardor de mis ensueños rosas,
como si el alma vaga de las cosas
se estremeciera entre sus finos dedos.



La falda «entravé» (1)

A Esteban Etchepare.

Renace con su estilo extravagante
la moda de un mejor tiempo pasado,
y el viejo figurín, ya deslustrado,
vuelve á avivar su tradición galante.

Buscó una mano en empolvado estante
su diseño de artístico tallado,
y con mimosa gracia aprisionado,
el borde de la falda fué insinuante.

Y rivaliza en parques de Versalles
la flexible elegancia de los talles,
en la opresión tiránica y coqueta

que rodea al vestido femenino,
al perfilarse con dibujo fino
la línea original de su silueta.

(1) Sonetos de Modistería.



Envío de unos claveles

Para adornar el blasón
de tu gentil elegancia
(supliendo lises de Francia),
te envía mi corazón:

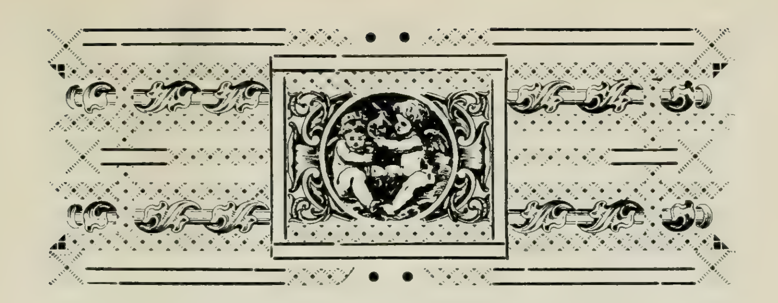
Claveles rojos que son
de la española arrogancia,
flores de suave fragancia,
en alas de mi canción.

Pues en los lances galantes,
de los antiguos amantes
(en que el maestro es Don Juan),

ante la esquiva mirada,
caben flores y no espada
para rendirla en su afán.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.





Fragmento

. . . .

Grande instrumento de reforma interior es el libro; pero no principalmente por su eficacia intelectual y el poder de convicción que atesore, sino por su intensidad en el sentimiento y en la imagen; no principalmente por lo que argumenta, sino por lo que conmueve; no principalmente por su luz, sino por su calor y su vida, y por lo que hay en él de voluntad subyugante y de la hechicería del corazón; no principalmente por la fuerza propia de la idea, sino por la virtud que la idea, pintada y animada, adquiere para tocar los resortes con que se despierta la emoción y se provoca el movimiento.

Acaso nunca hubo libro de abstracto y frío filósofo, que, sin interposición de otros libros, hiciera modifi-

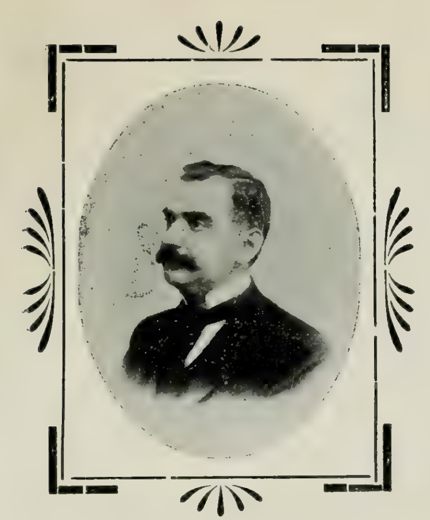
carse un alma humana; pero la doctrina se convierte en fervor y redención, ó en vértigo y locura, cuando el artista la suelta á los vientos de la vida; y artista llamo aquí á todo el que, con sus escritos, su prédica ó su ejemplo, viste de hermosura y claridad una idea.

Una doctrina nueva es como el verbo de un Dios, que, para revelarnos su ley, precisa tomar cuerpo en carne humana, y andar, vivo y tangible, entre nosotros, y hablarnos con parábolas, y hacernos llorar con su pasión. Esto es el libro del artista, cuando junta un designio ideal á su belleza: la vida y la pasión de una idea encarnada para revelársenos.

No hay concepto intelectual que, por sí solo, nos mueva á la práctica y la acción, ni que, sin el auxilio de la imagen, nos enamore. Cuando el místico siente necesidad de defender la idea de lo infinito y eterno, objeto de su amor, de la competencia de los bienes terrenos, reales y sensibles, ha menester prestar á aquel supremo, indeterminado bien, una forma imaginaria, un divino cuerpo, que humille y oscurezca la belleza de las cosas del mundo. Tal es la visión del extático; y el arte la reproduce, para cada idea, en cada uno de nosotros, encendiéndonos en la fe y el amor de un pensamiento que arranca de la obscuridad de la abstracción y levanta sobre el altar donde se le ofrenda la oración y el sacrificio.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ





Doctor Ruperto Pérez Martínez
✝ en París el 11 de Enero de 1910

El viaje eterno

(A la memoria de mi inolvidable amigo el doctor Ruperto Pérez Martínez.)

Después de dos años, de playas distantes
hoy vuelve el amigo al suelo natal;
y llega á la patria, cuando las fragantes
rosas de Noviembre visten el rosal;
viene casi junto con las golondrinas,
heraldos de vida, promesas de amor;
para mí las flores tienen más espinas
y no es su perfume bálsamo al dolor.

Regresa el viajero, pero no tranquilo
después de una gira de estudio y placer,
buscando, en su anhelo, el único asilo
que el alma, en la ausencia, suspira por ver;
vuelve de otros climas, pero no risueño
de cuerpo y de espíritu, queriendo vivir;
al mirar su féretro, me parece un sueño,
un sueño tan raro nacer y morir!...

El buque moderno que surca los mares,
portador de dichas en flotante hogar,
nos trajo un cadáver á los patrios lares
que en tierra piadosa viene á descansar.
¡Contraste que abisma!... Al ver ya despojos
sus fibras vitales, como una oración
de lágrimas dignas se eleva á mis ojos,
que mana la fuente de mi corazón.

¡Qué triste silencio preside á la muerte!
Ángel de la guarda, numen directriz,
su esposa abnegada lo acompaña fuerte
como en los abriles del tiempo feliz.
Y los compañeros que no le olvidaron
cuando las desgracias ni una tregua dan,
y sus sentimientos exteriorizaron
al irse el amigo, — también aquí están.

Amplía y generosa; como una bandera
de patrios colores sobre un ataúd;
paladín esbelto de otra primavera,
contemplo á la noble, viril juventud.
¡Que un hado propicio señale su marcha
entre el laberinto que dirige al bien,
desde hoy, que es un símbolo, hasta que la escarcha
del invierno humano le nieve en la sien!...

¡Pobre y buen amigo!... Su espíritu culto
rebelde fué al odio de bajo nivel
que en mares de fondo surge del tumulto
como ola rojiza manchando al bajel.
En páginas blancas se escribe su historia
sencilla, bruñida cual limpio crisol,
simpática y tierna como la memoria
del hogar distante, bajo extraño sol.

Caballero antiguo, romántico y sano,
de los que descubren á través de un tul
las falsas grandezas, que son humo vano,
mistificaciones cubiertas de azul,—
por boca de apóstol sembró la semilla
de santa concordia, con la buena fe
de los que repudian ídolos de arcilla
que la turba esclava, sin protesta, ve.

Él fué en la política lo que fué en la prensa,
tribuna del pueblo: un educador;
para el adversario no tuvo una ofensa
y en la franca herida no dejó dolor,
porque era su pluma, volcando la idea,
arma de combate en liza gentil;
no la tinta en sangre que, si centellea,
relámpagos brota que ciegan á mil.

Siendo un alma grande que no dejó rastros
de bajas injurias, ni en su copa hiel,
en el viaje eterno fué como los astros
de luz apacible, que huyen del tropel.
Y cuando se extinguen esas existencias
amables y justas, no hay oscuridad:
pueblan horizontes con sus transparencias,
como estrellas muertas en la inmensidad.

Evocar no puedo sin melancolías
su nombre querido, que enlazo á mi ayer,
porque me recuerdan los serenos días
de su otoño plácido, en su atardecer,
cuando su cerebro, selecto en cultura,
miró la soberbia y el torpe interés
como las montañas miran de la altura
todas las miserias que están á sus pies.

Hay seres que siguen paralelas sendas
sin darse, egoístas, la mano jamás.
Teñidos de cielo los ojos sin vendas
al dejar el triste pasado detrás,
fuimos en la marcha como dos viajeros
de idéntico modo de ser y pensar,
que toman, alegres, los mismos senderos
y unidos emprenden la vuelta al hogar.

Mi vida á la suya tan aproximada
estuvo en la etapa vecina á su fin,
que al crujir la rama del árbol, tronchada
por el rayo oculto, que asesina ruin,
yo sentí la herida por acción refleja,
sufrí de rechazo su golpe moral,
con las impresiones que al viandante deja
el choque lejano, para otro fatal!...

Hoy, ya no le damos nuestra bienvenida,
ni se abren, de nuevo, los brazos en cruz
para encadenarlos á un cuerpo con vida
que llevó en su cumbre diadema de luz.
Su vuelta emociona y enluta la fiesta
de la primavera, que es resurrección,
porque el ave ausente llega á la floresta
muerta en la garganta la dulce canción.

En recinto augusto mi labio lo nombra
para darle sólo transitorio adiós,
hasta que mi vida se apague en la sombra
y su alma y la mía se abracen las dos,
ya que por la ausencia no tuve el consuelo
de cerrar sus ojos en la yerta faz,
cuando de esta cárcel su espíritu al cielo
voló, suspirando por la eterna paz!

RICARDO SÁNCHEZ



LOS YERNOS.

—Voy á comprar ese sombrero.

- Qué, ¿no quieres verle la cara á tu mujer?

—No es para ella, es para su mamá.

UN CEPILLO.

La escena en un bazar.

—Déme un cepillo para la cabeza — dice un sujeto al dependiente.

—¿Es para usted?

—Sí, señor.

El dependiente, observando que el comprador es calvo, le entrega un cepillo de dientes.

LA COLABORACIÓN.

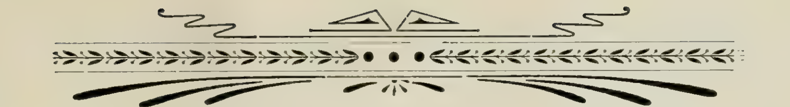
Se habla de la colaboración entre autores dramáticos.

—Es cosa que no me explico — dice un crítico.

—Pues es una cosa que tiene gran ventaja. Cuando dos poetas escriben una obra, si resulta mala, siempre es del otro.



Don S. Pintos Ríos



Un complot

Drama (Grand Guignol) en un acto y dos cuadros, original de S. Pintos Ríos

CUADRO SEGUNDO

ESCENA SEGUNDA

PEDRO Y JUAN

(Se siente golpear la puerta del foro)

PEDRO. *(Sorprendido.)* ¿Quién es...?

JUAN. Abre, Pedro, soy Juan...

PEDRO. *(Abriendo la puerta.)* ¿Qué noticias traes?...

JUAN. Nada de nuevo. *(Cierra la puerta.)* El programa de paseo no ha sido modificado. La comitiva pasará por la calle Real y doblará por la Mayor. En esa esquina está la casa deshabitada de que te hablé, de manera que el plan no puede fallar... ¿Ya tienes preparada la bomba?...

PEDRO. *(Con desaliento.)* Sí, ahí está, en ese cajón... *(Señala uno de la mesa.)*

JUAN. Te encuentro muy abatido, Pedro... ¿Te va faltando el valor?... Tú, que siempre has hecho gala de serenidad y sangre fría, ¿ahora te sientes débil ante el momento de la prueba?... ¡Vamos! Los hombres no deben ser así...

PEDRO. *(Sollozando.)* No, Juan, no es lo que tú supones lo que me destroza el alma y me hace llorar como un niño. Mi vida ha sido forjada en la lucha y en el sacrificio, y nunca mi pecho sintió desaliento frente al peligro ó la adversidad...

JUAN. Declaro, pues, que no sé lo que te pasa... Anoche, durante el sorteo, y sobre todo cuando te tocó la bolilla negra, notamos en tí gran turbación... Eso motivó aquellas palabras llenas de ironía que te dirigió el presidente...

PEDRO. Estaba un poco emocionado, nada más... ¡Los problemas del alma son muy complejos para comprenderlos tan fácilmente!... En la ruda lucha que mantengo, ¡sólo ha flaqueado el corazón!... Mi cabeza no ha perdido su serenidad habitual... Respeta, Juan, el dolor ajeno y nunca prejuzgues la máscara humana... ¡Tanto se puede matar llorando, como se puede morir riendo!...

JUAN. Será todo como piensa tu poética imaginación, pero eso no justifica tu decaimiento en esta hora suprema en la que, dándote cuenta de la gloriosa misión á tí confiada, debias estar lleno de brío y entusiasmo. Tus vacilaciones y debilidad en estos instantes, de ninguna manera me los explico, y... ¡ten paciencia!... ¡hasta me hacen dudar de la sinceridad de tu juramento!...

PEDRO. *(Con energía.)* ¡Oh, Juan! ¡Ve cómo hablas!... Sólo porque tengo mi conciencia tranquila y porque estoy seguro de que ignoras el verdadero motivo de mi dolor, es que te permito pronunciar esas palabras, que á hombre alguno le hubiera consentido sin arrancarle la lengua... A tí, tengo

motivos poderosos para disculparte... *(Suspirando tristemente.)* Sí, ¡grandes motivos!...

JUAN. ¡Hombre! Noto algo raro en tu lenguaje, y te pido por la gran amistad que siempre nos ha ligado, que me aclares el misterio que has dejado traslucir en tus palabras...

PEDRO. Sí, haces bien en exigírmelo. *(Imperiosamente.)* ¡Ahora es necesario!... Mi amor propio herido, mi honor puesto en duda y el peligro que debe correr mi vida, han hecho mi existencia insoportable, y ¡sólo la verdad, la horrible verdad, podrá poner fin á tanto sufrimiento, llevando la tranquilidad á mi espíritu!...

JUAN. Te escucho atónito... ¡Habla de una vez!...

PEDRO. Hace muchos años que llevo dentro del pecho un nudo más duro y más terrible que esa bomba que acabo de preparar... Circunstancias especiales del momento han obligado á estallar mi corazón... ¡Qué desgraciado soy!...

JUAN. Tranquilízate, Pedro; ten calma y cuéntame tus desdichas...

PEDRO. *(Más tranquilo.)* ¡Juan, tú sabes bien cuánto nos hemos querido siempre!... Desde niños, nuestra existencia se deslizó tranquila y risueña, entre el perfume y las flores de ese añejo jardín... *(Señalándolo.)*

JUAN. En estas horas de incertidumbre, ¡cuánto agrada el recuerdo de las dichas pasadas!...

PEDRO. Pero aquella felicidad que gozábamos, de pronto fué turbada, y una nube de infinita tristeza nubló la aurora venturosa de nuestra juventud...

JUAN. *(Tristemente.)* ¡Es cierto!... ¡La muerte de Julia!...

PEDRO. Tú eras el sostén de ella desde que murió tu

pobre madre, y, por lo tanto, Julia te profesaba un cariño y respeto inmensos, puesto que hacías el doble papel de hermano y padre cariñoso... *(Queda pensativo.)*

JUAN. Continúa, Pedro, que tengo el corazón oprimido sin saber por qué...

PEDRO. En aquel tiempo yo era feliz, porque las vanidades y miserias del mundo aun no habían herido mi corazón, lleno de entusiasmos juveniles... Después...

JUAN. ¿Pero á qué viene todo esto?... Declaro que cada vez te entiendo menos...

PEDRO. *(Vacilante.)* Juan, es doloroso... ¡muy doloroso!... pero... es necesario que te lo diga todo... ¡todo!...

JUAN. *(Nerviosamente.)* ¿Pero todo, qué? ¡Concluye de una vez!...

PEDRO. Julia no murió de pulmonía, como se dijo... Ella rogó antes de expirar, que te hicieran creer eso...

JUAN. *(Ansiosamente.)* Pero ¿qué misterio encierra todo esto?... ¿Qué motivos tuvo mi hermana para obrar de manera tan extraña?...

PEDRO. ¡Su excesiva delicadeza!... ¡Su mancillado honor!...

JUAN. *(Asombrado.)* ¡¡Su mancillado honor!! Pero... ¿qué dices? ¿Estás loco, ó quieres enloquecerme?...

PEDRO. Cálmate, Juan... Lo que digo no es más que una cruel verdad...

JUAN. ¿Entonces mi hermana quebrantó su virtud?... ¡¡Eso es imposible!!... ¡¡Eso no puede ser!!...

PEDRO. *(hincándose á los pies de Juan.)* ¡Sí, Juan, yo fuí su perdición!...

JUAN. *(Asombrado.)* ¡¡Tú!!... *(Furiosamente.)* ¡Ah! ¡Miserable!... ¡Infame! *(En el arrebato saca un*

puñal é intenta hundirlo en la espalda de Pedro, pero al verlo humillado se domina. Desesperadamente.) ¡Así, no puedo!... ¡No debo herir!... *(Arroja el puñal al suelo, y se sienta á llorar.)*

PEDRO. *(Levantándose emocionadísimo.)* Nunca te hubiera hecho, Juan, esta horrible revelación, pero la fatalidad me ha obligado á quebrantar mis propósitos, convirtiendo mi vida en un verdadero suplicio...

JUAN. *(Desesperado.)* ¡Esto es horrendo!... ¡desesperante!... ¡Es el derrumbe de mi felicidad!!...

PEDRO. ¡Pobre Juan!... ¡Cuánto siento el mal que te hago!... ¡Yo también sufro mucho!!... Pero no es el peligro que va á correr mi vida lo que hace vacilar mi corazón... ¡No!... Es algo más sublime... algo que vale más que yo... ¡mi anciana madre! y...

JUAN. Comprendo... ¡Tu sobrinita!...

PEDRO. ¡No, Juan!... Luisita no es mi sobrina... ¡Es mi hijita querida!... ¡Es hija de tu hermana Julia!...

JUAN. *(Asombrado.)* ¿Es posible?...

PEDRO. ¡Sí, Juan!... Nuestro amor juvenil, nuestra intensa pasión nos dió por fruto esa angelical criatura... Por ella, sólo por ella, he faltado á mi palabra de honor ante la memoria de Julia; pero el temor de que Luisita pueda quedar sin amparo si me llegan á matar, me ha obligado á revelarte este doloroso secreto, que siempre debí guardar en lo más profundo de mi alma!...

JUAN. ¡Ahora me lo explico todo!... ¡Pobre hermana mía!... ¿Por qué descuidaron su salud?...

PEDRO. ¡Ella quería ocultar á toda costa su infortunio y prefería mil veces morir á que tú sospecharas

siquiera la vergüenza que habíamos arrojado sobre tu nombre!...

JUAN. ¡Qué horrible es todo esto!...

PEDRO. Cuando sintió llegar la hora suprema, fué á casa de mi tía, quien se apiadó de ella y recogió á su hijita... Julia, haciendo un esfuerzo heroico, el mismo día del alumbramiento abandonó el lecho, sin oír los justos consejos de mi pobre tía... A las pocas horas de ser madre, la obstinación por que no te enteraras de su desgracia, la llevó á tu casa sin preocuparse para nada del gran peligro que corría su vida...

JUAN. *(Emocionado.)* ¡Nunca su delicadeza debió inducirla á tan lamentable extremo!... ¡Pobre hermana mía!...

PEDRO. ¡Aún me parece sentirla abrazada á mí, pidiéndome á gritos que no la dejara morir!... Con el rostro demacrado por la fiebre que la consumía y los ojos vidriosos fijos en mí, me suplicaba desesperadamente que guardara durante mi vida el secreto de nuestro amor... Mis lágrimas, al caer, se consumían sobre sus mejillas ardientes... ¡Qué atroz agonía!... ¡Murió con todo el conocimiento!... Sus últimas palabras fueron: «¡Cuidad á mi pobre hijita! ¡Muchos besos á Juan!...»

JUAN. *(Secándose las lágrimas.)* ¡Pobre Julia!... ¡Ni pude acompañarla en sus últimos momentos!... Ese día, mis obligaciones me habían separado cien kilómetros de su lecho... Nadie esperaba ese desenlace funesto. Cuando recibí la noticia, ¡no sé cómo no me enloquecí!...

PEDRO. ¡Oh! ¡cuánto sufrió la pobre por ocultar al mundo el fruto más sublime del amor... el hijo

concebido en un momento de pasión, de cariño verdadero, de arrebato amoroso, ¡espontáneo!, como es todo lo que emana de la sabia naturaleza!...

JUAN. Pero, ¡oh crueldad!... el castigo que ella misma se dió, no es suficiente para saldar su falta ante la perversa ley social, la que repudiará eternamente á la hija de su corazón, negándole la estima y consideración del mundo!...

PEDRO. ¡Y sin embargo, al hijo concebido por cálculo financiero, en medio de un bostezo, ó en un momento de imprevisión conyugal, si la unión de los padres lleva el timbre de la ley ó la bendición del sacerdote, le da derecho al aprecio y consideración de la sociedad!...

JUAN. ¡Es cierto! Pero quizá sea como justa compensación á que su vida ha de desarrollarse en un ambiente de frialdad, ajeno á toda caricia amorosa de los padres, mamando la leche de nodrizas alquiladas para no deformar el seno turgente de la madre coqueta, de quien sólo recibirá cariños estudiados y besos teatrales, á fin de llenar las fórmulas de madre afectuosa!...

PEDRO. ¿Por qué, entonces, para el hijo del amor honesto, fruto del sentimiento más puro que encierra el corazón humano, no hay atenuantes y se le condena á llevar toda su vida una mancha indeleble sobre su nombre?...

JUAN. No sé por qué será, Pedro; pero así es la sociedad... Jamás le perdonará á Luisita el delito cometido por su madre, si delito se le puede llamar al haber caído vencida, como tantas otras, en esa eterna lucha que el corazón de la mujer sostiene

por dominar los impulsos de la naturaleza ante el sentimiento de las preocupaciones sociales...

PEDRO. En eso es tan monstruosa la ley social, como aquella ley llamada divina, que condenó á todas las generaciones humanas á pagar el pecado cometido por Adán en el Paraíso terrenal!...

JUAN. ¡Pobre Julia!... ¡Los prejuicios é injusticias del mundo le ofuscaron la razón, y su criterio recto y sereno fué quebrantado lamentablemente!...

PEDRO. No era tan grande su falta para haberla pagado con la vida... ¡Qué inmensa crueldad!...

JUAN. ¡Pobre Luisita!... ¡Ahora comprendo la extraña simpatía que me inspiraba esa angelical criatura!... Al abrazarla, sentía latir mi corazón con violencia y una impresión inefable inundaba todo mi ser... ¡Oh! ¡qué cierto es lo de la voz de la sangre!...

PEDRO. Después de todo esto, comprenderás, Juan, la causa de mi dolor y aparente desaliento... Si me llegan á matar, ¿qué será de mi pobre hijita?... ¿Quién cuidará á mi pobre madre, anciana y ciega?... *(Solloza.)*

JUAN. *(Después de un momento de silencio, simula más tranquilidad. Se aproxima á Pedro y le apoya una mano sobre el hombro.)* Está bien, Pedro... ¡Paciencia!... Ahora olvidemos el pasado y volvamos al presente... Basta de sentimentalismos, que en estos momentos nos pueden perjudicar... Arreglemos bien estas cosas, que no hay mucho tiempo que perder... pero antes quiero que me traigas á Luisita... *(Queda pensativo.)*

. . . .

S. PINTOS RÍOS.



DON L. ENRIQUE ANDREOLI



Brochazos

BONANZAS

En mi libro de recuerdos, de memorias de la infancia,
Guardo un canto de una virgen que adoré en mi juventud,
De una virgen amorosa, que premiando mi constancia.
En un día de albo cielo, me ofreciera su virtud.

Sus estrofas son cadencias de sutiles melodías
Que al espíritu lo envuelven y lo elevan á regiones
Do el ambiente sahumado con las flores de alegrías,
Rememora los efluvios de pasadas expansiones.

Oh! esos días de la vida, primavera de bonanzas,
Cuántas veces mil quisiera con tus horas yo dormir,
Y admirar esas bellezas que nos dan las esperanzas
Que se agitan en los pechos, que deleitan el Sentir!

SEDUCTORA!

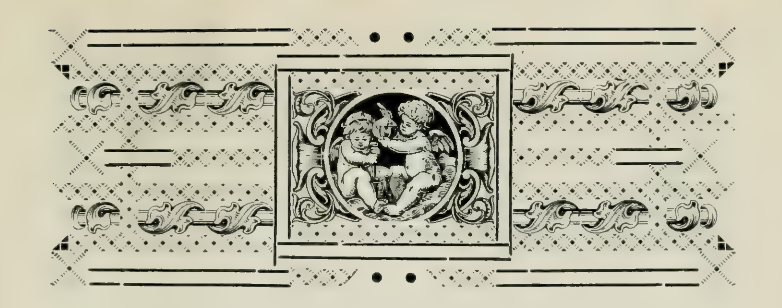
Cuando á tu casa voy á contemplarte,
De tu jardín entre las blancas flores,
Y mi alma apasionada quiere hablarte
De algún ideal que sueñan sus amores,
Encienden tus mejillas los colores
De la tierna inocencia encantadora,
Y haciendo más penosos mis dolores,
Me muestras tus desprecios... Seductora!

Y así, con tus enojos y desdenes,
Que prestan mayor gracia á tu alma bella,
Así te adoro más... No sé qué tienes,
Que así eres más hermosa, mi doncella;
Y siempre desoyendo mi querella
Te afanas en privarme de tus risas,
En las cuales mi mente ve una estrella
Brillando en cielo azul, en frescas brisas!

Mas yo sé, mi mujer, que amor inmenso
Bulle en tu pecho con ardor constante,
Y que me adoras con cariño intenso,
Y que á solas me llamas dulce amante;
Pues tus labios con fiebre delirante,
Al partir de tu cielo derrotado,
En medio de una luz desesperante,
Me dicen: — Oh, perdón, ven á mi lado!

L. ENRIQUE ANDREOLI.





La escudilla de plata

Es una historia tan breve y tan sencilla, que cabe en el alvéolo del vaso donde bebe un niño. Una historia tan tierna y tan bella como la infancia misma. Tan llena de emoción como toda una vida.

No es, por cierto, la única que puede guardarse en esos enormes y repletos archivos de dolor que se llaman Montes de Piedad, y que en todos los países donde se sustenta esa institución guardan muchos pequeños y grandes dramas.

El caso ha ocurrido en París. Y en aquel Monte de Piedad, que es como un panteón donde tienen cobijo las amarguras y miserias de la ciudad - luz, ha habido un poema lleno de suave melancolía, capaz de perfumar con su aroma las asperezas del expediente y los tremendos prosaísmos de los libros de caja.

Ese poema breve y tierno ha durado más de medio siglo. Trátase de una papeleta de empeño, renovada puntualmente año tras año desde 1857. ¡Oh, las cosas que han ocurrido en Francia y en el mundo desde entonces!

La prenda era una breve escudilla de plata, que tenía grabadas las iniciales de su dueño. Su dueño era un niño, hijo único, que murió hacia la fecha supradicha. Y un día en que la perra Miseria mordía con sus dientes agudos á aquellos padres, macerados por un infortunio sin igual, los desdichados acudieron á lo único que podía valer algo en su hogar. Aquel cuenco de plata, en el que hubieron de fundir sus ahorros para que el niño tuviera un vaso y un juguete.

Y el recuerdo, el tesoro, la escudilla breve, donde se posaron los labios del niño bien amado, fué á parar al osario de las prendas queridas. Si el corazón fuera objeto empeñable, aquellos padres hubieran dejado los suyos sobre el mostrador del Monte de Piedad antes que el vaso de plata con las iniciales del niño.

Y un año y otro año, con la misma constancia y con el mismo amor con que acudían á cubrir de flores la tumba de su hijo, llegábanse puntualmente á renovar la papeleta del recuerdo querido. Los empleados conocían á aquella pareja que ponía sobre sus amores el culto al pobre infante muerto, y ya les esperaban como á viejos amigos. En Francia y en el mundo la Historia proseguía su marcha y pasaban grandes cosas trascendentales. Y pasó del todo el segundo Imperio y cayó el trono, vino el año terrible, París se vió sitiado, el incendio de la Comuna ponía un halo gigantesco sobre la gran ciudad, hubo mor-

tandades tremendas, surgió una nueva República. Francia, en las ciencias, y en las artes, y en la industria, daba ejemplos al universo, renovándose fecunda. Y aquellos padres seguían yendo un año y otro año á impedir que la prenda tan amada saliera á venta pública para ir á manos de cualquiera.

Los empleados de la casa asistían al proceso de la edad del matrimonio ejemplar. Vieron cómo tornábanse grises sus cabellos, y luego volvíanse de plata, como el vaso del niño.

Un año, ya fué la madre sola. Como siempre la vieron enlutada, sus atavíos de viuda no la diferenciaban de su aspecto de los otros años. Y la buena vieja siguió yendo sola un año y otro año...

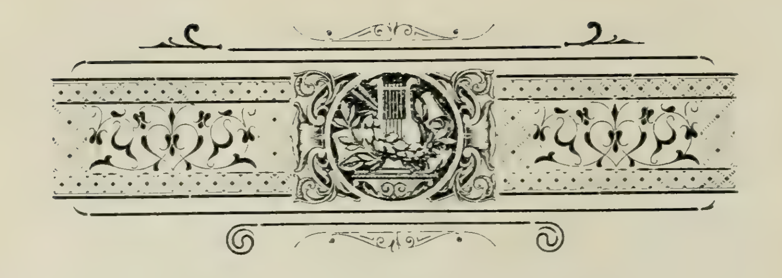
Hasta que llegó uno en que no fué.

El Monte de Piedad justificó su nombre no consintiendo que el vasito de plata fuera sacado á lote. Informóse de la suerte que pudo haber corrido aquella madre, y que sólo podía ser la que se sospechaba. De no haber muerto ella también, no hubiera faltado á su ceremonia anual. Aquello que en su vida era ya como un rito sagrado é inquebrantable.

La voluntad de los viejos será cumplida y la escudilla de plata cuidadosamente conservada. Esta noble historia no podía tener sino un epílogo digno de ella. Y una dama que conocía el bellísimo caso, la marquesa de Guerry, ha dado recientemente al Monte de Piedad de París la cantidad de cien mil francos para desempeñar los empeños de los pobres...

A veces, sobre el muladar de la vida florecen unas suaves, frescas y fragantes rosas.

PEDRO DE RÉPIDE



En la brecha

¡Ah! desgraciado, si el dolor te abate;
si el cansancio tus miembros entumece,
haz como el árbol seco: ¡reverdece!
y como el germen enterrado: ¡late!

Resurge, alienta, grita, anda, combate,
vibra, ondula, retruena, resplandece.
Haz como el río con la lluvia: ¡crece!
y como el mar contra la roca: ¡bate!

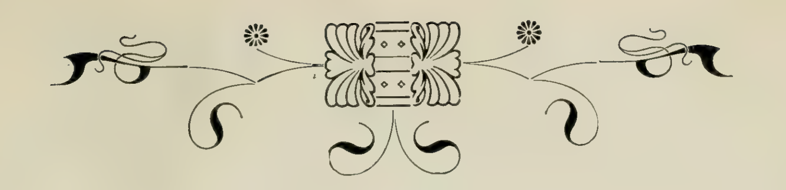
De la tormenta al iracundo empuje
no has de balar como el cordero, triste,
sino rugir como la fiera ruge.

¡Levántate! ¡Revuélvete! ¡Resiste!
Haz como el toro acorralado: ¡muge!
ó como el toro que no muge: ¡embiste!

JOSÉ DE DIEGO



Don José Viaña



Epílogo

Alcoba desvencijada,
sin pan, abrigo ni luz;
una joven desdichada
que solloza acongojada
bajo el peso de su cruz.

En su regazo dormita
el hijo de su querer;
oprime su cabecita,
y desvariando medita
en las venturas de ayer.

Surge en su agitada mente
el recuerdo abrumador,
de aquel minuto sonriente
en que á su alma inocente
llegó cantando el amor.

Y mientras la tarde en calma
comienza á languidecer,
como solitaria palma
se va doblando su alma
á fuerza de padecer.

En tanto la noche avanza
distendiendo su capuz
como una triste añoranza,
va muriendo su esperanza
tal como muere la luz.

Y al pensar con desventura
que ya la dicha pasó,
le parece, en su locura,
ver la gallarda figura
del hombre que la engañó!

Abatida la cabeza,
mira al niño dormitar;
y así, con ruda fijeza,
va pensando en la tristeza
de su negro despertar...

Gime en la iglesia cercana,
con melancólico son,
el tañer de la campana,
que llora como una hermana
de su enfermo corazón.

Y en la penumbra doliente
de la estancia á media luz,
meciendo al niño inocente,
solloza calladamente
bajo el peso de su cruz.

JOSÉ VIAÑA.



NUESTROS COLABORADORES



DON ISMAEL URDANETA



Su imagen

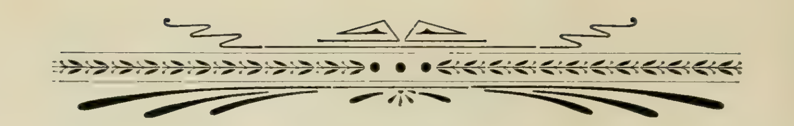
Surge del fondo obscuro del retrato,
cual una flor, su gracia femenina,
y en los ojos ingenuos se adivina
todo el cordial hechizo de su trato.

Juzgo que en la indolencia y el recato
de su actitud hay algo de felina:
tal vez esa elegancia muelle y fina
que guarda en toda posición el gato.

Áurea joya en el seno, dos botones
purpúreos, y una cinta en la cintura,
y en la diestra su libro de oraciones.

Así, con indolencia en el recato,
la morena y romántica hermosura
surge del fondo obscuro del retrato.

ISMAEL URDANETA.



El año y la poética

El año es un cuarteto
de wagnerianos sones,
un cuarteto ingenioso
en que los versos son las estaciones.

Primavera: en el cáliz de las flores,
del rocío las gotas de cristal
cual perfumadas lágrimas titilan.
Eso es la primavera, un madrigal.

Verano: canta el río y la cigarra,
los arroyos y fuentes; el sol quema.
Oro, espigas, amor, luz y colores.
El verano es poema.

Otoño: de los árboles las hojas
se desprenden con lúgubre poesía,
como de un corazón las ilusiones.
Otoño es un responso, una elegía.

Invierno: albo sudario cubre el monte,
sigue el lobo las huellas del pastor.
Invierno es un macabro
epitafio en la tumba del amor.

JUAN GUARDIOLA.

REGISTRO DE FAMILIAS

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
LUNES		
Arocena Matilde A. de...........	Piedras, 163	
Artagaveytia, Julia U de........	25 de Mayo, 181	
Acevedo, Manuela A de.........	Treinta y Tres, 194	
Avegno, Señorita de.............	18 de Julio, 188	1 2 y 3
Blanco, Luisa A de..............	25 de Mayo, 295	
Barreira, Luisa V. de............	Mercedes, 94	2 y 4
Barabino, Carmen B. de	Cuareim, 167	
Bastos, Laura Carreras de.......	Buenos Aires, 121	
Bofill, Rita Pons de...............	Mercedes, 130	1 y 2
Bonilla, Amalia Muñoz de........	18 de Julio, 185	2 y 4
Butler, Ana Balparda de.........	San José, 33	1 y 3
Crispo, Mercedes A de	Andes, 145	
Cardoso, Sofía S. D de	Sarandí, 112	2 y 3
Castellanos, Eloísa M. de........	Uruguay, 33	
Cibils Larravide, María P de .	Cerrito, 179	
Cerrutti, Ema Berro de	Colonia, 192	
Crosa, Dolores B. de.............	Yí, 97	2 3 y 4
Crosa, Margarita	Reducto, 24	
Díaz Ramírez, Rafaela O. de....	Agraciada, 920	
Echevarría, Margarita C. de.....	Juan C. Gómez, 86	
Etcheverry, Esther Vidal de....	Mercedes, 98 A	1 y 3
Eastman, Elisa A de.............	Convención, 93	
Forteza, Manuela R. L. de......	Colón, 187	1
Fernández García, Dionisia C. de	Sarandí, 239	
Ferrer, Atanasia Z de	25 de Mayo, 97	2 y 4
Garbiso, Juana.....................	Soriano, 26	1 y 3
Gómez Dolores F. de............	Buenos Aires, 137	1 y 2
Garabelli, Ema M. de	Soriano, 140	1 y 3
Gavazzo, Filomena A. de........	Piedras, 125	1 y 2
Guerra, Matilde T. de...........	B. Mitre	2 y 4
Garzón, Celia G. de..............	Piedras, 77	2 y 4
Herrera, Manuela Q. de..........	Colón, 196	
Howard, Bernarda A. de........	Sarandí, 118	
Hamilton, Ludovina C. de.......	Mercedes, 191	1 y 3
Jefferies, Flora S. de	Colón 50	
Kennedy, Madame................	25 de Mayo, 445 A	1
Langdon, Paula S de............	Buenos Aires, 126	
Lanza, Teresa P. de..............	Daimán 211	2 y 4

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO

LUNES

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
Larravide, Señoritas de..........	Venezuela, 32	
Lessa, Enriqueta S. de..	B. Mitre, 50	
Larriera, Carolina C. U. de.....	San José, 240	
Llovet, Carmen Deagustini de...	San José, 251	2 3 y 4
Morales, Adela....................	Misiones, 111	
Masanés, Laura Z. de............	Canelones, 193	
Piñeyro, Elvira P. de............	Cerrito. 179	
Penco, Valentina I. de...........	Buenos Aires, 75	
Pereyra, Elina.....................	Cerrito. 179	
Petit, Celia Z. de................	Liniers, 180	
Payssé, Josefa Reyes Lerena de	18 de Julio, 577	1 2 y 3
Pastor, Matilde Salvañach de....	Médanos, 169	2 y 3
Puig, Clara Urtubey de..........	Colonia, 18 A	3 y 4
Paullier, María Luisa C. de......	Agraciada 687	2 y 4
Peixoto, Sofía Margarita C. de..	Av. Rondeau. 171	2 y 4
Penco, Valentina Illa de	25 de Mayo, 272	2 y 4
Pereira Pintos, Emilia G. de....	Zabala. 67	1 y 3
Reyes Reissig, Sara R. de.......	18 de Julio, 546	1
Regalía, Julia F. de	Cerrito, 185	
Rousse, Ana María R. de.........	Isla de Flores. 411	
Rubio, Señoritas de..............	18 de Julio. 233	
Rodríguez Larreta, Matilde A. de	Piedras, 190	1 y 3
Requena, Angélica V. de........	Juan C. Gómez, 199	
Ramírez, María M. de............	Rincón, 68	2 3 y 4
Roosen Matilde R. de............	25 de Mayo, 211	De noche, los 15
Ramírez, Adelaida G M. de	Plaza Zabala, 45	1 2 y 3
Ros, Aurora Jones de	Maldonado, 213	
Ros, María Mhyrra Rossatti de	Uruguay, 226	1 y 3
Rincón, Señoritas de	Colonia, 194	
Reborali, María Marini de........	Río Negro, 121	1 y 2
Shaw, Flora W de...............	Colón, 50	1 y 4
Shaw, Marta P. B. de............	Sarandí, 171	
Schelotto, Magdalena S. de......	Colonia, 245	1 y 3
Stewart, Elmira Birabén de	Agraciada	1 y 3
Tebot, Mercedes Maeso de	Daimán 198	3 y 4
Torres Cabrera, Señoritas de....	Av. de la Paz, 140	2
Wilson, Justa M. de..............	Cerrito, 61	
Zufriategui, María E.S. Martín de	Arapey, 62	

MARTES

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
Arteaga, Pilar de Herrera de ..	Buenos Aires, 72	
Algorta, Encarnación R de F. de	Rondeau, 35	
Areta, Angela L. de	Carapé, 80	
Ayala, Filomena M. de..........	Piedras, 119	1 y 2
Braga, Josefa S. de..............	Río Negro, 262	
Butler, Valentina B. de.........	Sarandí, 153	
Berro, Juana García de.	Ituzaingó, 227	
Blengio, Angélica Prando de....	Santa Lucía, 24	1 y 3
Blixén, María C R. de	Rincón, 68	2 3 y 4
Bustamante, Orfilia G de........	Ciudadela, 123	
Balparda, Celina Blanco de.	Larrañaga, 100	1 y 3
Barreiro, Juana Passano de......	Salto, 101	1 y 3
Beisso, Leila Fleurquin de.	Colonia, 200	1 2 y 3
Beherens, María Legrand de....	Av. Buschental s/n	
Castro, Isabel C. de	Camino Castro, 265	
Castells, Adela Y. de	Agraciada, 807	1 y 2
Castro, Paulina B. de............	Maldonado, 408	1 y 3
Correa, Leonor Cachón de.	Uruguay, 179	2 y último
Conde, Teresa Salvagno de......	Ituzaingó, 121	

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
MARTES		
Del Castillo, María Elena P.	Av de la Paz, 267	1 y 2
Del Cerro, Ciriaca Martínez de.	18 de Julio, 83	1 y 3
Echenique, Elisa A de	Rondeau, 212	
Espalter, Juana M. de	San José, 67	
Gómez, Elena Gavazzo de	25 de Agosto, 75	1 y 3
Gómez Cibils, María Josefina	25 de Agosto, 75	
García Acevedo, María C. de	Zabala, 175	
Giuffra, Rosa M de	Colón, 101	1 y 3
Howard, Eufemia T. de.	P. Golorón 3.er piso	1 y 2
Jaureguiberry, Amelia Lawry de	Capurro, 93	
Lasala, Consuelo A. de.	Mercedes, 107	1 y 3
Larriera, Elisa Velazco de.	25 de Mayo, 89	
Lemos, María Hordeñana de	Juan C. Gómez, 182	
Ministro Alemán.	Piedras, 354	1
Mackinnon, María J. Artagaveytia de	Agraciada, 910	
Morquio, Josefa M. de	18 de Julio, 311	
Moratorio, Josefa Lerena de	Wáshington, 83	3 y 4
Martinelli, Teresa G. de	Canelones, 87	
Montero Paullier, Fela G. de	Plaza Libertad	1 y 3
Mendoza, Justa María F. de	Canelones, 337	2 3 y 4
Mendoza, Isabel Etchevarne de.	Soriano, 222 A	2 y 4
Nicolich, Señoritas de	Juan C. Gómez, 36	
Perey, Josefina Alvarez de	Zabala, 115	
Pérez Gomar, Zelmira P. de	Buenos Aires, 93 A	
Pena, Manuela D. de	P. Indepdencia, 25	
Pareja, Elena Calamet de	Rincón, 228	1 y 3
Posadas, Carmen B de	Rincón, 36	1 y 3
Roldós, María S. de	Río Negro, 170	2 3 y 4
Rodríguez, María H. de	Mercedes, 424	
Rodríguez, Emilia C. de	Yaguarón. 369	1 2 y 3
Rubio, Lola Balparda de	18 de Julio, 173	
Saavedra. Isabel B. de	Sarandí. 149	
Storm, Carolina I. de	Andes, 312	1 y 3
Supervielle, Amalia Saavedra de	25 de Mayo, 234	
Sanguinetti, Teresa G. L de	Florida, 112	
Soria, María Luisa G. de	Carapé, 80	
Serratosa, Señoritas de	25 de Mayo, 498	1 2 y 3
Segarra, Aurelia Ramos de	Cerrito, 337	
Sosa Díaz, María E E. de	25 de Mayo, 184	2 y 3
Urta, Señoritas de	25 de Mayo, 425	3 y 4
Villegas, Magdalena V. de	Uruguay, 102	
Viana, Carmen G. de	Río Negro, 170	2 y 4
Viana, María Urtubey de	Yí, 168	1 y 2
Vigil, Irene Martins de	Maldonado, 313	2 y 3
Wanrell, María Carballido de	Zabala, 224	1 y 3
MIÉRCOLES		
Artagaveytia, Laura M de	Zabala, 75	
Arocena, Elina C. de	Piedras, 153	
Araucho, Enriqueta E. de	Juan C. Gómez	
Algorta Guerra, Orfilia P de	Canelones, 216 A	2 y 4
Algorta, Rosa Camusso de	Av. Rondeau, 283	
Alvarez, Dionisia C. de	Plaza Zabala	
Aguirre, Rosa A. de	Camino de Millán	
Arteaga, María E. de	Andes, 114	
Ayala, Casilda Rodríguez de	Sarandí, 88	
Azarola, Elisa Gil de	Colonia, 519	1 y 3
Barbot, Mercedes T. de	Andes, 181	

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO

MIÉRCOLES

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
Bouvet, Julia Duplessís de	Cerrito, 141	
Brown, Herminia F. de..........	18 de Julio, 37	1 y 3
Bonasso, Angela M de.	Convención, 225	1 y 3
Burmester, Amalia N. de........	Agraciada, 821	
Blixén, María Claret de	25 de Mayo, 442	1 2 y 3
Bosch, Dolores del Marco de....	Mercedes, 103 B	
Bermúdez, Francisca.............	Daymán, 176 A	
Carril, Marta Costa de...........	25 de Mayo, 426	2 y 4
Costa, Ana Benzano de..........	Agraciada, 436 B	2 y 4
Cabrera, Berta del Castillo de..	25 de Mayo, 443 A	1 2 y 3
Costa, Enriqueta L. de	Canelones, 57	
Castellanos, Rita B. de..........	Río Negro, 257	
Carvalho Lerena, Pascuala A de	Buenos Aires, 71	1 2 y 3
Camp, Isabel S de	Colonia, 187	
Castells, Laura C de............	Cerrito, 117	
Calamet, Isabel A. de............	Rincón, 228	2 y 4
Costa, Clara B. de...............	Canelones, 106	
Canfield, Paula C. de............	Agraciada, 907	1 y 3
Castro, Fany J. de...............	Nubel, 15	1 y 3
Cibils, Señoritas de..............	25 de Agosto, 167	4
De-María, Bernardina M. de	Sarandí, 176	2 y 4
Etcheverrito, Odila Martins de..	Avenida de la Paz	2 y 4
Fynn, Valentina B. de	Colón, 186	2 y 4
Fonseca, Amalia M. de..........	18 de Julio, 209	1 2 y 3
Fontela, Filomena Ortega de....	Mercedes, 105	1 3 y 4
Ferreiro, María Serrato de	Andes, 290	1 y 3
González, Matilde Danrée de....	Sierra, 123 A	2 y 4
Gurméndez, Luisa M. de........	Ituzaingó, 127	2 y 4
Gómez, Folle, Eloísa H. de	Buenos Aires, 145	
Garçao, Ana G de	Mercedes, 415	
García Zúñiga....................	Colonia, 307	
Hoffmann, Rosa P de...........	Buenos Aires, 139	
Heguy, Elena L. de.	Zabala, 47	2 3 y 4
Herrera, Margarita U. de........	18 de Julio, 157	
Hordeñana, Elvira A. de........	Sarandí, 186	1 2 y 3
Howard, Carolina F. de.........	Pocitos	
Lafone, Señoritas de	25 de Mayo, 105	
Lanza, Rosa P. de................	Yí, 170	
Lussich, Laura Márquez de.	Agraciada, 648	
Lacueva Stirling, I Castro de .	18 de Julio, 546	1 y 3
Mascarenhas, Eulalia B. de	Cámaras, 34	
Moratorio, Carolina R. de	Canelones, 55	
Mailhos, Elisa Queirolo de......	Av. Rondeau, 194	
Medina, Marquesa de............	25 de Mayo, 283	
Minelli María G. de	Río Negro, 144	
Morales, Mercedes B. de........	25 de Mayo	
Maza, Palmira S. de	Uruguay, 315	1 y 4
Mitre, Lola Solari de............	San José, 138 A	2 y 4
Narvaja, Ernestina M. de	Juan C. Gómez, 179	1 y 3
Olariaga, Ramona B de...	Yaguarón, 286	
Ordeñana, Elvira Abella de	Sarandí, 186	1 2 y 3
Pacheco, Adelina G. de.........	Buenos Aires, 101	
Platero, Matilde Escardó de.....	Zabala, 165	2 y 4
Peixoto, Herminia S. de	P. Indep'dencia, 61	1 3 y 4
Piera, Ema M. de................	Sarandí, 166	1 y 2
Pratt, Berta de M de	Sarandí, 176	
Pacheco, Sixta B de............	Treinta y Tres, 207	
Quintela, María L C de	18 de Julio, 287	
Rodríguez, Dolores Ramos S. de	Juncal, 97	
Rodríguez, Petrona Luengo de..	Cerro, 86	

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO

MIÉRCOLES

Rowland	San José, 337	3
Salterain, Manuela de H. de	Canelones, 269	
Sánchez, Socorro M. de	Arapey, 98	
Serrato, Josefina P. de	Misiones, 156	
Shaw, Ema P. de	Rincón, 131 A	
Sosa Díaz, María P. de	25 de Mayo, 426	1 y 3
Solari, Señorita Orfilia B	Colonia, 156	1 y 2
Shaw, María C. H. de	Paysandú, 89	
Storace, María Z. de	Río Negro, 116 A	
Storace, Blanca P. de	Zabala, 115	
Seré Corina Rucker de	Agraciada, 681	
Seré María E. C. de	J. C. Gómez, 82	
Supervielle, Señora de	25 de Mayo, 234	
Susviela, Elvira F. de	Reconquista, 117	3 y 4
Señoritas de Segundo	Cerrito, 185	2 y 4
Sáez, Luisa S. de	Soriano, 103	1 y 3
Sienra, Adela A de	Wáshington, 87	1 y 3
Taranco, Elisa Z. de	25 de Mayo, 216	1 y 2
Vidal, Carolina	Buenos Aires, 64	
Vidal, Esther A. de	18 de Julio, 506	
Varela, Celia Acevedo de	Cerrito, 240	
Vilaró, María T. Rubio de	Rincón, 272	
Williman, Carmen M. de	P. Indep'dencia, 58	1 y 3
Wilson, María Angélica P. de	Colonia, 168 A	2 y 4
Zorrilla, Carmen Rachetti de	Daymán, 241	

JUEVES

Artagaveytia María A. de	Ituzaingó, 107	
Alonso Criado, Adolfina M. de	Cámaras, 107	
Alvarez, Celia M. de	San José, 21	1 y 3
Blanco Sienra, Elisa W. de	Pocitos	2 y 4
Behrens, Ernestina H. de	Alzáibar, 22	
Beisso, Desideria P. de	Colonia, 198	
Buxareo Ludovina R. de	Canelones, 375	
Braga, Clara A. de	Cam. Millán, 616	2 3 y 4
Buxareo Oribe, María A. de	25 de Mayo, 447	
Bosch, Teresa Santos de	18 de Julio, 72	1 y 2
Berro, Paz G. de	Yaguarón, 323	
Camusso, M. Buela de Rodriguez	Río Negro, 47	1 y 3
Correa, Josefa M. de	Juan C. Gómez, 78	
Christophersen, Margarita U de	Prado	
Caravia, Señoritas de	18 de Julio, 736	
Castellanos, Elena L. de	25 de Mayo, 488	2 y 4
Carve, Señoritas de	Colón, 173	
Calamet, Irma Martínez de	Rincón, 228	1 y 3
Cendoya, Lucía M. de	Andes, 120 A	
Diehl, Antonia P. de	Treinta y Tres, 88	
Davie, María A. J de	Gil, 26	
Ellauri, Sara Sáez de	25 de Mayo, 430	1 y 3
Furest, Ana Muñoz de	Vilardebó, 92	2 y 4
Fernández y Medina Rosa C. de	Treinta y Tres, 244	2 y 4
Fager, Adelina B	Convención, 251	2 y 4
García Acevedo, Rosina A. de	P. Castellanos, 78	1 y 3
Garcia Lagos Faustina Gómez de	25 de Mayo, 201	
Gomensoro, Celia A. de	Piedras, 131	
García Lagos, Ema Capurro de	Florida, 177	
Gurméndez, Señoritas de	Av. de la Paz, 203	
García, Rosario M. de	25 de Mayo, 338	
García Lagos, Amelia Ramírez de	Florida, 112	1 y 2

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO

JUEVES

González, Manuela C. de.........	Cerrito, 236	
Grove, Rosario C. de............	J. Benito Blanco, 6	2 y 4
Hamilton, Matilde...............	Misiones. 219	
Harley, María Z. de	Colón, 43	1 y 3
Iglesias, Elvira C. de..........	Colón, 153	
Lamond, Leonor M. de	18 de Julio. 912	1 y 3
Lisboa, Madame.................	Cerrito, 305	3
Llamas, Juana B. de............	Sarandí, 129	
Lussich, Angela P. de..........	Agraciada, 842	1 y 3
Labandera, Sofía Correa de	Uruguay, 273	2 y 4
Montaldo, Fermina B. de........	Agraciada, 382	
Montero, Adriana B de.........	Cerro, 99	1 y 3
Marshall, Señoritas de..........	Brandzen, 123	
Martinelli, Sofía G. C. de........	C. Suárez, 305	1 y 3
Mérola, Leonidas G. de..........	18 de Julio, 232 (2° p)	último jueves
Martínez, Dolores B. de	Soriano, 146	
Maeso, Teresa de Latorre de.....	Arapey, 178	
Mañé Ina Z Acevedo de	Agraciada, 177	
Nery, María E. Platero de......	Sarandí, 125	1 y 3
Etcheverry, Señora de	Colonia, 242	
Olarte, Adela O. de.............	Arapey, 168	
Puyol, Josefina I. de............	Plaza Libertad, 12	1 y 3
Pereda, Señoritas de............	Sarandí, 123	
Puig, Rafaela A. de.............	Misiones, 115	2 3 y 4
Puig, Sara P. de.................	Misiones, 115	
Pareja, Clementina A. de........	25 de Mayo, 338	
Portillo, Valentina D. de........	Paysandú, 184	
Piñeyro, Ana C. de..............	Convención, 221	1 y 3
Passano, Teresa C. de	Andes, 172	1 y 3
Rücker, María Luisa R. de	Zabala, 42	
Romeu, Concepción M. de........	Plaza Libertad, 31	2 y 4
Rayneri, Reina H. de............	Cerrito, 202 A	1 2 y 3
Rodríguez, Juana C. de..........	Sarandí, 88	
Rubio, Dolores Balparda de	18 de Julio, 173	1 y 3
Scremini, María R. A. de........	Rincón, 240	2
Secco, Ilia Faustina G. G. de....	25 de Mayo, 201	
Suárez, Sofía B. de..............	Maldonado, 593	
Spangemberg, Jeny F. de........	Canelones, 129	
Storace, Señoritas de	Agraciada, 717	1 y 3
Saavedra, Elia R. de	Cerrito, 35 A	1 y 2
Sienra, Margarita Castellanos de	Agraciada, 684	2 y 4
Seré, Francisca M. de...........	Cerrito, 323	1 y 3
Tálice, Herminia R. de..........	Defensa, 42	
Vidal, Clementina S. D. de	Cerrito, 175	
Vidal, Ana P. de	Rincón, 199	
Wilson, Laura C. de............	Piedras, 204 A	
Winterhalter, Valentina C. de..	Sarandí, 170	

VIERNES

Anavitarte, María F. Reyes de	Misiones, 84 B	1
Arocena, Mercedes F. de........	Sarandí, 106	
Avegno, Sara V. de.	18 de Julio, 139	
Avegno de Avila, Irene Ilia de.	Colonia, 150	1 y 3
Alvarez, Alcira Muñoz de........	C Nacionales, 66	1 y 3
Alzola, Jesús A. de	Colonia, 134	2 y 4
Bordaberry, Elena Hamilton de	Agraciada, 638	1 y 3
Brito Foresti, Herminia M. de	Arapey, 100	
Benvenuto, Iocanie H. de........	Cerrito, 202 A	1 y 2
Basáñez, Lola Díaz de..........	Cerrito y Solís	2 y 4

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
VIERNES		
Balparda, Elena A. de	Convención, 192	2 y 3
Blanco, Luisa A de	25 de Mayo, 295	
Brito del Pino, Juana S. de	Cerrito, 307	
Bordaberry, Isabel E de	Agraciada, 638	
Berro, Lina Mayer de	San José, 146 A	2 3 y 4
Casaravilla, Felicinda L. de	Buenos Aires, 93 A	
Castro, Amalia Blixén de	Buenos Aires, 171	1 y 3
Cordero, Adela L. de	A de la Paz, 190	
Campistegui, Aurelia M. de	18 de Julio, 200	
Capurro, Elina C. de	Solís, 34	
Cardoso, Ana S. de	A de la Paz, 210	1 y 3
Canaveris, Paz C. de	A. de la Paz, 212	2 y 4
Casaravilla, Señora de	Sarandí, 295	
Castellanos, Señora de	Cerrito, 88	
Calo, Aurora Berro de	Palacio Golouróns	1 y 2
Castel, María Elena C. de	Florida, 77	2 y 4
Castell Caraff, Mercedes C. de	Agraciada, 890	
Durán, Carmen R. de	8 de Octubre, 333	2 y 3
Díaz, Pilar A. de	Plaza Zabala, 35	
Escalada, Clara Pons de	Rincón, 31	2 3 y 4
Escudero, Mercedes C. de	Camino Suárez, 80	1 y 3
Figari, María C. de	Misiones, 55	
Fernández, Matilde C. de	18 de Julio. 261	
Guerra, Margarita S. de	Mercedes, 121	último viernes
Gómez Folle, María C de	Treinta y Tres, 119	
García Santos, Julia de	Soriano, 213	2 y 4
Garzón, Antonia	Mercedes, 98	
Garzón, Josefa Piñero de	Mercedes, 93	
Giuffra, Justa S. de	Rincón, 262	1 y 3
Hoffman, Pilar de A. de	Rincón, 19	
Hore, Celina G. de	Canelones, 254	1 y 3
Hamilton, Laura I. de	Buenos Aires, 116	
Howard, Carolina Fuller de	Laureles—Pocitos	2 y 4
Isola, Adela P. de	Av. Canelones, 29	1 y 2
Illa, Bernardina L de	Rincón, 140	
Irureta Goyena, Isabel B de	18 de Julio	2 y 4
Langdon, Concepción U. de	25 de Mayo, 160	
Llovet, Elena B. de	Paysandú, 289 A	
Llambías de Olivar, Laura M de	Agraciada, 775	3 y 4
Martínez, Carmen P. de	Wáshington, 107	2
Melián, Lafinur Elisa C. de	Buenos Aires, 120	
Melián Lafinur, Señoritas de	Buenos Aires, 120	
Muñoz, Elena A. de	Wáshington, 59	
Martínez Josefina L. de	Ciudadela, 90	2 3 y
Müller, Virginia S de	Durazno, 301	
Michaelson, Juana S de	Sarandí, 131	2 y 4
Morales, Natalia C. de	Av. de la Paz, 210	1 y 3
Martínez, María A. Villegas de	Agraciada, 253	1 y 3
Madaleno, Señoritas de	Rincón, 162 A	
Mac Coll, Adela Zaballa	8 de Octubre, 73	
Montaldo, María Luisa F. de	Soriano, 140	1 y 3
Puig, Josefina Larravide de	Cerro Largo, 297	
Pérez, Amelia Z de	8 de Octubre, 73	
Pérez, Julia S. de	Cerrito, 325 A	2 3 y 4
Pittaluga, Mercedes V. de	Rincón, 175	
Pareja, Florinda Martinelli de	Andes, 274	1 y 3
Paysé, Irene N. de	Av de la Paz, 252	1 y 3
Pérez, Manuela R de	Uruguay	1 y 3
Preve, Clementina P de	Soriano	3 y 4
Platero, Ema Fynn de	25 de Mayo 441	3
Rey, Elisa O. de	25 de Mayo, 148	

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO

VIERNES

Ramírez, Ema Nebel de.......	25 de Mayo, 445 A	
Ramírez, Micaela Gelly y O. de	25 de Mayo, 445 A	
Rodríguez, Sofía C. de	8 de Octubre, 269	
Roosen, Isabel T. de..............	Sarandí, 147	1 y 3
Ramasso, Elena M. de	J. C. Gómez, 151	1 y 3
Rosell, Dolores P. de	25 de Mayo, 379	
Ruete, Eugenia Legrand de.	Sarandí, 160	
Eequena, García Juana Q. de...	Daymán, 268	
Rücker, Eulalia U. de............	Ituzaingó, 100	2 3 y 4
Ruiz, María N. de	P. Indepdencia, 21	2 y 4
Rodríguez, Isabel Reyes de......	Agraciada 695 A	1 y 3
Requena Lenzi, familia de	Daimán, 262	4
Regules, Sarah F	18 de Julio 193	2 y 4
Salvañach, Josefa P. de.	Palacio Jackson	1 y 2
Sienra, Carolina Z. de	Zabala, 161	
Sardá, Julia A. de	Buenos Aires, 149	
Sosa Díaz, Enriqueta M. de.....	Cerrito, 175	
Sánchez, Carolina B. de	Treinta y Tres, 266	
Sosa Díaz, Socorro M. de.......	Colón, 6	
Sóñora, Esther Salvañach de....	Ibicuy, 224	1 y 3
Tezanos, María Inés T. de.......	Wáshington, 107	1 2 y 3
Terra, Sara M. de................	Sarandí, 224	
Tajes, Celia Galán de	Yí, 285	
Uriarte, Margarita M. C. H. de.	Cerrito, 81	
Victorica, María D. R. de........	Agraciada, 920	1 y 3
Victorica, Leonor C. de.	Bacacay, 27	1 y 3
Villegas, Plácida Suárez de	Maldonado, 324	
Winterhalter, Zulema C. de	Colonia, 244	1 y 3

SÁBADO

Areta, Herminia..................	Cerrito, 173	
Artagaveytia, Laura M. de......	Río Negro, 229	
Alvarez, Delfina Aguiar de......	Ituzaingó, 59	1
Benzano, Leonor M de	Convención, 268 A	2 y 3
Bayley, Ema Stewart de	Capurro, 56	
Bonilla María Gómez de	Yí, 105	1 2 y 3
Berro, Susana Gallego de........	Ramón Masini, 20	
Bauzá, María S de	Buenos Aires, 147 A	
Cash, Josefina Stirling de	Maldonado, 23[illegible]	
Cabezudo, Carmen P. de........	Colón, 174	
Crosta, Luisa D. de..............	18 de Julio, 920	2 3 y 4
Escalada, Clara P. de	Buenos Aires, 239	1 y 2
Freitas, María P. Pintos de.	Colón, 162	1 y 3
García Rodríguez, Señoritas de.	Sarandí, 102	
Garrau, María Elena Ungo de .	Florida, 112	
Heber Jackson, Blanca G. de.. .	Cam. Larrañaga	2 y 4
Illa, Joaquina C. de..............	Buenos Aires, 75	
Illa, María M. de.................	Wáshington, 83	
Irarrazabal, Esther J. de........	25 de Agosto, 81	4
Lacalle, Celestina A. de	Cerrito, 173	
Lussich, María C. de............	Canelones, 252	
Mullín, María M de.............	Agraciada, 836	1 y [illegible]
Malherbes, María C. de..........	Durazno, 339	
Montero Paullier, Teresa R. de..	Santa Lucía, 33	1 y 3
Martínez, Julia Law de	18 de Julio, 531	1 y 3
Moratorio, Josefina Lerena de...	Wáshington, 83	
Martínez Lamas, Señoritas de .	Buenos Aires, 52	2 y 4

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO

SÁBADO

Navia Cibils, Señoritas de	25 de Mayo, 492	1 y 3
Otero, Consuelo Cardozo de	Vázquez, 164	3 y 4
Piera, Ana T. de	Zabala, 133	
Pérez, Señoritas de............ ..	Brandzen, 64	
Pereira, Alcira B. de............	Maldonado 292	
Piera, Ana V. S. de	Treinta y Tres, 451	
Péndola de Montero. Señora Isabel	Canelones, 318	
Pastori, Señoritas de............	Rincón	2 y 4
Ponce de León, Sofía J. de......	Juan Benito Blanco	1 y 2
Pena, María A. Gómez Cibils de	18 de Julio 827A	2 y 4
Quincke. Clara H de.............	Buenos Aires, 93A	2 y 4
Rey O'Shanahan, María A. de ..	Río Negro, 272	2 y 4
Ricaldoni, María Morelli de.	Buenos Aires	1 y 3
Reyes, Josefa Lerena de	Rivera, 329	
Reyes Cadenas, Señoritas de....	25 de Mayo, 421	
Roubaud, Elisa Martinez de	Av. de la Paz, 348	1 y 3
Reyes Cadenas, Matilde O. de...	25 de Mayo. 421	
Rodríguez Amelia R. M. de	Arapey, 195	
Shaw. María Z de	Plaza Zabala, 39	
Sànchez, María M. Solari de.....	Colonia, 156 A	2 y 4
Scoseria. Sara S. de.............	Maldonado, 163	1 y 2
Santayana. Enriqueta García de.	18 de Julio, 326	2 y 3
Sosa Díaz. Sara Castellanos de.	Florida, 88	1 y 3
Suárez, Mercedes Abella de	Florida 99 (2.º piso)	
Sabbia, María Oribe de..........	Artigas, 14	
Scoseria. Sarah Silva de.........	Maldonado, 263	
Villamajó, María S. de...........	Uruguay, 6	2 3 y 4
Vaeza Ocampo, Panchita B. de.	Florida, 116	1 2 y 3

DOMINGO

Falcone, Señoritas de............	Millán, 860	1
Moreno, Madame	L. Arg.. P. Molino	2 y 3
Hughes, María García Lagos de	Agraciada, 876	
Hughes, Blanca G. de............	Agraciada, 876	
Zumarán, María Arocena de.....	Camino Castro, 220	
Ungo, Margarita G de...........	Juncal, 153	1 y 3

SIN DIA FIJO

Alciaturi, Manuela F. de.........	Daymán. 75	
Bastos, Isabel Díaz de	Agraciada, 854	
Barbagelata, Matilde B. de	Buenos Aires, 238	20 y 30 del mes
Bermúdez, Francisca Ofelia.....	Daymán, 176	
Beisso, Elisa Fleurquin de......	Colonia, 200	
Bachini, Elisa C. de	Constituyente, 9	
Cabral, María Gurméndez de....	Uruguay, 243	1 y 15 del mes
Carve Urioste, Luisa G. de	Colón, 172	1 10 y 25 del mes
Cash, Josefina Stirling de........	Maldonado. 239	11 y 21 del mes
Castro, María A. Martinelli de .	Soriano, 89	
Cranwell. Ventura M. de.........	Pocitos	
Chucarro. Señoritas de..........	Soriano, 172 B	
Castro, Cipriana H. de...........	Buenos Aires, 229	8 y 18 del mes
Calo, Aurora Berro de		6 y 29 del mes
Díaz, Gregoria A. de............	18 de Julio	5 y 25 del mes
Etchenique, Señora Artagaveytia	25 de Mayo, 150	

SIN DIA FIJO

NOMBRES	DOMICILIO	DÍA DE RECIBO
Ellauri, Sara Sáez de............	25 de Mayo, 430	
Gallinal, Elena Heber de........	Daymán, 291	
García Lagos, M. del Pilar H. de	Pocitos	25 del mes
Guani, Lucinda Martíns de......	Zabala, 78	8 y 28 del mes
Guerra, Ernestina Birabén de...	Uruguay 30	5 y 19 del mes
Ibarra, Ana I. de................	Rincón, 170	
Ilarraz, María M. de...	Colonia, 104	
Lerena, Paulina Acevedo de.....	25 de Mayo	1 y 15 del mes
Maeso, Josefina L. de............	Colonia, 287	4 14 y 24 del mes
Mac Coll, Agustina P. de........	Palacio Jackson	
Muñoz y Maines, María Oribe de	Solís, 85	9 y 29 del mes
Muñoz, Zoraida Casterás de......	San José, 259	6 y 7 del mes
Muñoz, Alcira Caravia de........	2.ª Rivera, 125	
Pereda. Señoritas de.		1 y 15 del mes
Piria, Emilia F. de....	Tta y Tres, 216 A	
Pereyra, Josefina Penino de	Arapey, 79	9 y 22 del mes
Rogberg, Elena B de............	San José, 35	15 y 30 del mes
Rosell y Ríus, Dolores P de....	25 de Mayo, 379	
Segundo, Josefa Rodríguez de ..	25 de Mayo, 282 A	
Soca, Luisa Blanco de	San José, 23	
Shaw María C. Howard de......	Wáshington, 118	5 y 20 del mes
Scoseria, Adelaida C. de.........	Isla de Flores, 419	10 y 26 del mes

ÍNDICE

Págs.

ÍNDICE DE LOS GRABADOS



Hace ¡medio siglo! que se usa la gran

Pomada del Globo

y siempre con buen éxito para los granos, manchas y pecas de la cara y contra las erupciones cutáneas en general. — — —

Para las indigestiones, diarreas y empacho de las criaturas, hay el

Jarabe del Globo

aprobado el 11 de Julio de 1873, por el H. Consejo Nacional de Higiene: casi medio siglo de buenas curas y millares de niños salvados de muerte segura; son su mejor recomendación. — — —

Leer el gran libro para las familias «DE TODO — — UN POCO».



LA FARMACIA Y DROGUERÍA DEL GLOBO

de MANETTI y Cía.

FUNDADA EN 1862, SE MUDÓ EN LA

Avenida 18 DE JULIO, 144

MONTEVIDEO



